

LA MUJER
EN EL
MATRIMONIO

BREVES REFLEXIONES

ESCRITAS

PARA UN ÁLBUM DE BODA

POR EL INGENIERO DE MINAS

SANTIAGO RAMIREZ



MÉXICO

IMPRESO POR FRANCISCO DIAZ DE LEON

1886



INOLVIDABLE MADRE MIA:

El excepcional amor y la inagotable ternura con que toda tu vida me adoraste, y la mia sin cesar embelleciste, hicieron que tu corazón maternal diera algún valor á estas líneas, dictadas por mi cariño y escritas por mí inexperiencia, cuando el más joven de tus hijos se preparaba á dar el paso grave, delicado, trascendental y solemne, que decide el porvenir del hombre en esta vida y en la otra.

Tus expresivos y brillantes ojos, humedecidos por las lágrimas que tu exquisita sensibilidad los llenó toda tu vida, más de una vez se vieron en la necesidad

VI

de interrumpir la lectura de mis pobres conceptos; y creyendo ver en ellos un reflejo de los elevadísimos sentimientos en que estaba templada tu alma, me instaste á que les diera publicidad por medio de la imprenta.

Con frecuencia insististe en este pensamiento, que por última vez me comunicaste, cuando ya Dios habia adornado tu inmaculada frente con la corona de tu martirio, que llena de preciosísimas joyas estás hoy luciendo en la mansion de los bienaventurados.

Multitud de consideraciones, entre las que—lo recuerdo con sentimiento y lo confieso con amargura—no dejó de tomar parte mi falta de voluntad, hicieron que no vieras realizado tu deseo.

Una voz para mi tiernamente querida, la voz de la esposa, cuyas inflexiones y cadencias tienen cierta analogía con las cadencias y las inflexiones de la voz de la Madre, haciendo suyo este tu deseo, me ha hecho recordarlo; y á pesar de la resolucion meditada de conservar inédito mi imperfecto manuscrito, ántes de ir á hacerte compañía, voy á darte gusto.

No me arredra que el excepticismo, que por desgracia es el núcleo de los sentimientos modernos, sa-

VII

lude con una carcajada de burla mis ideas previamente santificadas por las lágrimas de tus sentimientos: pues el libro que forman sus páginas, no está escrito para la ilustración del siglo, sino para los corazones sencillos que comienzan á abrirse á las emociones del amor, y que ablandados y aún derretidos por sus arrebatadores efluvios, son dulcemente accesibles á las impresiones de la virtud.

Recibe, Madre de mi vida, este pequeñísimo homenaje del inextinguible amor con que en parte correspondí el inmenso tuyo, que ayer, con la sonrisa de la felicidad en los labios, pude poner en tus manos queridas, ávidas de darme tus eficaces bendiciones; y que hoy, con la amargura del dolor en el alma, deposito como una mustia siempreviva en tu solitario sepulcro, ávido de recibir la lluvia de mi corazón con que á todas horas lo empapo.

Si la lectura de estas páginas dejare alguna impresión saludable en el ánimo de las jóvenes para quienes las imprimo, me apresuro á pedirles una plegaria, Madre mía, que acreciente la gloria que por la misericordia divina conquistaste, con tu abnegación de mujer, con tus sacrificios de Madre, con tu pureza

VIII

de ángel, con tus tormentos de mártir, con tu vida de justo y con tu muerte de santa.

Recibe una vez más, Madre querida, el lacerado corazón de tu huérfano hijo, que ni un instante cesó de adorarte en la vida, y que de hoy para luego, ni un instante cesará de llorar á tu memoria.

Setiembre de 1886.

SANTIAGO RAMIREZ.

IX



CARTA-INTRODUCCION.



Diciembre 31 de 1872.

QUERIDA HERMANA:

Hace algunos meses que tengo fijos los ojos del pensamiento, en un día en que tú tienes sin duda fijos los ojos del corazón: en un día que se te presenta bajo una perspectiva tan encantadora, que tu imaginación envuelve con un velo de rosa, y que tu alma ardiente te hace considerarlo, y con justicia, como el principio y el complemento de tu felicidad.

En el día en que apoyándote en la mano del hombre querido que te ha brindado su amor, te le vas á entregar á los altares, uniéndote á él por el más solemne de los juramentos; en el día en que vas á recibir de él su honor, su porvenir y su nombre como un depósito sagrado; en el día en que á tu vez vas á entregarle tu corazón, tu alma y tu vida; en el día en que vas á hacer el sacrificio de todas tus afecciones y de todas tus libertades; en el día en que vas á ser la piedra angular del edificio de la sociedad, que es la familia; en el día

X

en que te vas á presentar ante el mundo como el testimonio vivo de que por la excelencia del Sacramento, el Cristianismo ha reivindicado la dignidad de la mujer, devolviéndole sus derechos; en el día, en fin, en que te vas á ligar á tus deberes con un lazo tan íntimo, tan seguro y tan fuerte, que solamente puede romperlo la mano de Dios.....

Bien conoces, hermana querida, que para esperar ese día tan solemne, es necesario prepararse con serias reflexiones y trabajar sin descanso para mantener vivo el fuego de la lámpara, como las vírgenes de la Escritura que esperaban la llegada del Esposo; es indispensable examinar maduramente los sentimientos del corazón y los deberes de la conciencia, y tomar todas las precauciones que la prudencia aconseja para dar un paso que conduce á la felicidad ó á la desgracia, á la vida ó á la muerte, y despues del cual no es posible retroceder.

El sincero cariño que te profeso, el entrañable y casi paternal amor que tengo al hombre feliz que va á tener la dicha de recibirte por esposa, y el ardiente deseo que me anima por tu felicidad, me impelen á ayudarte á hacer los preparativos, me obligan á consagrarte algunas reflexiones, me sostienen en la resolucion de trazar estas líneas que te suplico aceptes con tu genial indulgencia: y cuando ya mi pluma no se agite, y cuando ya mi mano no se mueva, y cuando el soplo de la muerte haya apagado mi frágil existencia, y cuando la calma del sepulcro haya devuelto la tranquilidad á mi espíritu, mira en ellas la expresion sincera del cariño que á tí me ha ligado en la vida y que sólo podrá arrancar de mi corazón la mano de la muerte.

Tu amante hermano,

SANTIAGO RAMIREZ.



LA MISION DE LA MUJER

TODO lo que existe en la vasta extension del universo, dentro de los límites en que la Omnipotente Creacion encerró sus magníficos y maravillosos portentos, tiene ímpuesto en el orden augusto de la naturaleza, una mision más ó ménos elevada, pero siempre en relacion con la superioridad de cada uno de los objetos que constituyen aquella.

El astro rey en cuyo torno giran con sorprendente regularidad todos los mundos que pueblan el espacio: la plateada luna que derama en nuestro fatigado espíritu esos rauda-

les de melancólica poesía, que nos hace alcanzar el sentimiento del infinito en que el alma se extasia, y de una vida feliz en cuyos goces el alma se complace: la blanca nubecilla que flota en el espacio sobre un inmenso lago de zafir: los misteriosos vapores que cubren el horizonte con su manto de tempestad para fertilizar la tierra con sus corrientes, ó que con una dulce timidez vienen á depositar sus gotas en el fecundo seno de las flores: el delicioso perfume que éstas exhalan al abrir su purísimo nectario al influjo de los primaverales amores: la alfombra de esmeralda que cubre nuestros campos, recreando nuestra vista fatigada por la reflexion de los ardientes rayos solares: el fluido vivificante que incesantemente nos rodea para conservarnos la respiracion y la vida: la fiera que hace estremecer con sus aullidos la selva, y el ave que hace palpar con sus tiernos cantos el bosque, todo tiene deberes que cumplir, necesidades que satisfacer, y una misión que llenar. . . .

Encima de todos los objetos criados se encuentra el hombre; al lado, y tal vez encima de esta magestuosa figura de lo bello y de lo noble

MISION DE LA MUJER.

3

se encuentra la mujer! Y el hombre y la mujer, no sólo no forman una excepcion de la ley general ántes citada; en ellos, al contrario, se encuentra de lleno, en sus espléndidas aplicaciones; y el hombre, y la mujer, tienen deberes, tienen necesidades, tienen una mision. Y en el hombre, los deberes son importantes, las necesidades son imperiosas, la mision es noble: y en la mujer, los deberes son sagrados, las necesidades son irresistibles, la mision es sublime! Por eso le concedió el Omnipotente los atractivos de la diosa, el alma del ángel, los encantos del amor, el corazon de la mujer! Por eso su figura se desprende del cuadro de la creacion para colocarse en primer término; por eso la razon y el sentimiento, elevándola al rango de semidios, le consagran un culto universal y solemne: por eso en fin, la sublime historia de la humanidad nos presenta una mujer en los apacibles bosques del Paraíso presidiendo la formacion del linaje humano, y otra mujer en las sangrientas rocas del Calvario consumando la Redencion del Mundo!

Eva y María son las dos figuras más prominentes que se contemplan en el cuadro in-

menso de los acontecimientos humanos: Eva labrando la desgracia de sus descendientes; María restituyéndoles la felicidad: Eva haciendo nacer el pecado; María sustrayéndose á su influencia: Eva tendiendo su mano al enemigo de su raza para recoger el veneno; María hollándolo con su planta para hacer eficaz el antidoto: Eva precipitándonos al abismo de la muerte; María abriéndonos de par en par las puertas de la vida. . . .

Pero cuál es, entretanto, la misión de la mujer?

La razón se extravía al considerarla, la imaginación no alcanza á comprenderla, el corazón es pequeño para sentirla, y la pluma se detiene bajo el peso de las ideas que se precipitan para desarrollarla.

La misión de la mujer es muy grande, pues comienza en su cuna y no termina en su sepulcro, sino que la sigue ejerciendo en la eternidad! Es muy pura, pues desprende los sentimientos de la materia para sublimarlos; es muy noble, pues el alma constituye su objeto; es muy tierna porque se marca siempre con lágrimas.

MISION DE LA MUJER.

5

La mision de la mujer tiene diversas faces; y aunque éstas en su forma son tantas, en su esencia es una sola: embellecer, dulcificar y aún sostener la peregrinacion del hombre sobre la tierra.

Esto parece una mera paradoja cuando se considera al hombre como del sexo fuerte y á la mujer como del sexo débil, y es á todas luces un contrasentido suponer á la fuerza sostenida por la debilidad; al valor alentado por la timidez; al arrojo impulsado por la sensibilidad, al hombre, en fin, apoyado en la mujer.

Pero si se recuerda que hubo una Judith que dió la muerte á Holofernes, una Débora que proporcionó la victoria á Barac, una Jael que quitó la vida á Sísara, una María, en fin, que dió á luz al Redentor del mundo, el absurdo desaparece, y la benéfica mision de la mujer se presenta cubierta de esa aureola que nunca hemos podido ver, como no hemos podido ver nunca la aureola del sol, porque sus destellos nos deslumbran.

Hemos dicho que la mision de la mujer se presenta bajo muy diversas faces; y en efecto, á cada uno de los diversos períodos de la vida

del hombre, corresponde uno de los diversos estados de la vida de la mujer.

El hombre viene al mundo dotado de una existencia que tiene por origen la nada, como un tipo de la miseria humana, ó como la miseria humana misma, personificada en una criatura digna de ser su personificación: sin luz en su inteligencia, sin fuerza en sus músculos, sin ideas en su mente, sin palabra en sus labios, sin mirada en su pupila, es el verdadero paso entre la nada y la vida; y el suave aliento de la brisa que pasa, es bastante para apagar aquella chispa de una existencia que comienza Pero ahí está la mujer en todo el esplendor de su magnificencia! Ahí está la mujer en cuyo seno se ha formado aquel sér cuya vida se encuentra expuesta á tantas vicisitudes! Ahí está la mujer rodeando con su ternura excepcional aquella cuna, que cada instante del tiempo que con su característica inflexibilidad va pasando, amenaza convertir en un sepulcro! Ahí está en fin la Madre sublimada por su amor hasta la divinidad, desempeñando sobre aquel rudimento de hombre la benéfica, la interesante, la nobilísima misión de la mujer!

MISION DE LA MUJER.

7

Y esa mujer, esa heroína, esa Madre, que quizá se ha dejado despedazar serena por salvar el fruto de sus entrañas, lo vivifica con su calor, lo nutre en su seno, lo alimenta con su sangre, lo hermosea con sus caricias, lo embellece con sus besos, lo purifica con sus lágrimas, lo enseña á orar con su ejemplo, lo hace feliz con su contacto, y lo presenta interesante, simpático, sublime á la vista de todos, designándolo con esta divina palabra que encierra un poema de amor, de abnegacion, de felicidad y de ternura: *¡mi hijo!*

Los que se atrevan á negar la influencia que la mujer está llamada á ejercer sobre el hombre, que se representen en su imaginacion el cuadro de una Madre al lado de su hijo! Los que tengan la imaginacion tan manchada que no puedan encontrar en ella los colores á propósito para bosquejar este cuadro, que los busquen en sus recuerdos y traigan á su memoria los primeros dias de su existencia! Los que despues de evocar estos recuerdos no borren con lágrimas su blasfemia, ni escriban con sangre su retractacion. esos no tienen voz en la materia. esos no son

hombres. esos son monstruos. . . . porque no tienen corazón!

A pesar de todo lo que digan, siempre estará comprobada de la manera más irrecusable, la influencia benéfica, tierna y poderosa que ejerce la Madre sobre el niño!

Un paso más, y el niño se ha hecho joven. Su corazón, preparado por la ternura maternal, se impresiona de todo lo tierno, de todo lo dulce, de todo lo que es capaz de excitar el sentimiento, y ya no palpita únicamente por las causas fisiológicas que conservan su movimiento: otras causas multiplican sus latidos. en su carácter hay un fondo de amargura, en su semblante se dibuja la huella de la aficción: sus labios no se mueven para pronunciar una palabra, y sólo se abren para dar salida á ese aire impregnado de amargura que se llama suspiro. Huye de la compañía de sus amigos que con tanta ansiedad solicitaba en sus juegos infantiles. la tristeza ha reemplazado en su corazón á la alegría, el insomnio le arrebató los dulces consuelos del sueño, y sus ilusiones brotan entre las zarzas espinosas de la desesperación. Su frente la
mente

preocupa una idea, su corazón lo domina un sentimiento, su alma se recrea con una imagen adorada, y su vida se encuentra subyugada por el amor de una mujer!

Su angustia de amante se sobrepone á su resistencia de hombre; y no pudiendo el espíritu contener tanta amargura, asalta la materia, se rebosa por todas partes, hace salir de madre las fuentes del sentimiento, y brota de sus ojos una lágrima! . . . Y esta lágrima de fuego abrasa los ojos, y quema el corazón, y consume la vida, hasta que llega la mujer querida y devora esa lágrima con sus labios, y seca aquellos ojos con sus besos, y alienta el corazón con su ternura, y llena de felicidad, con su amor, una existencia próxima á extinguirse!

Y aquellos dos corazones, que se han puesto en contacto por uno de los más dulces sentimientos, se comprenden y se unen; y aquellas dos voluntades, movidas por el resorte vigoroso de la simpatía, vuelan al pié de los altares; y aquellas dos almas fundidas en una por la acción de un amor sublime, se elevan hasta el trono de Dios por la dignidad del Sa-

cramento, y allí reciben de su propia mano el sello de santificación con que se presentan después en la vida, excitando el respeto y las consideraciones del mundo.

Los que nieguen la influencia decisiva que sobre el hombre ejerce la mujer, que se remonten al origen de su vida; y si éste reconoce otro que el amor espiritual de sus autores, éstos son unos abyectos, su nacimiento ha sido la degradación encarnada, y su vida es el testimonio vivo del crimen.

La materia del Sacramento augusto, á cuya consumación debemos la existencia los cristianos, viene á poner fuera de duda la influencia mágica, prodigiosa y decisiva que ejerce la novia sobre el jóven!

El estado de crisis, de pasión, de emociones y de felicidad que marca este momento de la vida del hombre, dura mucho?

No lo sabemos: deberíamos dejar la respuesta á los casados, pero no nos atrevemos por temor de encontrarla falsificada: bajo este aspecto, los poetas nos merecen más confianza: no los poetas vulgarmente enamorados como lo son ó pretenden serlo todos; los poe-

MISION DE LA MUJER.

11

tas, sí, verdaderamente filósofos, como suelen serlo solamente algunos.

Véamos cómo se expresa sobre este asunto el inmortal Schiller.

Asienta bien sobre el cabello hermoso
De la vírgen modesta,
La corona nupcial que la engalana,
Cuando con golpe y són estrepitoso
Convoca la campana
De alegre boda á la brillante fiesta;
Mas día tan feliz y placentero
Del Abril de la vida es el postrero:
Que al devolver los cónyuges al ara
Velo y venda sutiles,
Con ellos de su frente se separa
La ilusion de los goces juveniles.
Rinde al cariño la pasion tributo.....
Marchitase la flor, madura el fruto.....

El inspirado poeta á quien hemos consultado, nos da un desengaño, pero tiene la prevision de acompañarlo con una esperanza. Qué importa en efecto, que la flor, ya marchita por el fuego de la pasion que se acerca á ofrecer un tributo al cariño, no nos narcotice con su perfume, si el sazonado fruto nos ha de alimentar con su sustancia?.....

Ya el jóven está hecho hombre! Ya sus ilusiones de amante desaparecieron ante sus afectos de esposo! Ya las frivolidades de la juventud quedaron sepultadas bajo sus deberes de Padre!

Como el hombre en todas partes ha de tener necesidad de sostener la lucha de la vida, el Padre entra con nuevo vigor á la vida de la lucha: ya no trabaja para sí; ya sus intereses dejaron de pertenecerle; ya tiene que profundizar la fuente de sus recursos; ya necesita acrecentar el límite de sus posesiones.

Y en este trabajo penoso, asiduo, incesante, cuántas fatigas, cuántos reveses, cuántos sinsabores, cuántos tropiezos, cuántos desengaños!.....

Se entra al torbellino de los negocios con la buena fe, y se tropieza á cada paso con la intriga; se tiende la mano de la lealtad, y se toca la mano de la felonía; se desparraman por todas partes beneficios, y por todas partes se recogen ingratitudes..... y en esta lucha desigual y terrible, el carácter se agria, el corazón se endurece, los buenos sentimientos se embotan y la virtud corre el riesgo de perdersel

MISION DE LA MUJER.

13

Estas impresiones sin duda inspiraron al autor de estos renglones aquella queja que dejó escapar en un momento de desesperacion, en la que pintando su espíritu dominado por el desaliento, exclamó:

De amarga decepcion el pecho lleno
Entre dolores mi existencia exhalo....
Sucumbo á los efectos del veneno:
Yo sin duda nací para ser bueno,
Pero los hombres me volvieron malo....

En tan congojosa y al parecer desesperada situacion, el hombre no es aún desgraciado: el mundo le brinda decepciones; la mujer le presenta fidelidad: el mundo le llena de dolores; la mujer multiplica maravillosamente los consuelos: el mundo le devuelve ingratitudes; la mujer le abre los tesoros inagotables de su amor: el mundo lo hiere con su indiferencia; la mujer cicatriza estas heridas con su ternura: el mundo le tiende lazos para precipitarlo á su ruina; la mujer le ofrece su seno para que recline su cabeza: el mundo lo insulta; la mujer lo halaga: el mundo lo rechaza; la mujer lo atrae: el mundo despierta en él sus feroces instintos con que entra á su casa;

la mujer calma su indignacion con la presencia de sus virtudes: el mundo le hace prorrumpir en gritos de ira; la mujer los acalla con la apacibilidad de su semblante, con la sonrisa dulce de su ternura, con un suspiro escapado de su pecho, ó con una lágrima desprendida de sus ojos: el mundo lo humilla; la mujer lo engrandece: el mundo, en fin, lo condena; la mujer lo salva.

Que echen una ojeada al interior de un buen matrimonio, y saldrán de su error los que se atreven á negar la influencia que en las situaciones penosas de la vida ejerce la esposa sobre el hombre.

Un paso más, y el hombre es ya un anciano!

Aquella mujer que lo concibió en sus entrañas, que le dió la vida pisando los umbrales de la muerte, que rodeó su cuna de desvelos, de cuidados, de abnegacion y de ternura, que le alimentó con la sangre de sus venas, que grabó en su corazon los preceptos que le ayudaron á hacer su peregrinacion por la vida. ... voló á la mansion de los justos, ceñida con la corona de la Maternidad!

Aquella jóven que fué el objeto de sus ilu-

siones juveniles, á la que consagró su corazon de amante, que realizó sus más dulces esperanzas, que le tendió la mano de esposa al pié de los altares, que le acompañó en todos los trastornos y tempestades de su vida, se despidió de él para siempre; y bajo la custodia del ángel que guarda los sepulcros, está durmiendo el sueño de la muerte!

Qué lazos de union lo ligan ya á la vida? Qué ilusion puede halagar su alma abatida por tantas vicisitudes? Qué sentimiento puede hacer latir su corazon, marchito por tan grandes pesares? Qué puede hacer sonreír á un viejo que oscila á las orillas del sepulcro?

Ah! ese anciano abatido por la triple carga del sufrimiento, de la desgracia y de los años, es feliz, tiene ilusiones, tiene esperanzas, tiene corazon, tiene amor, tiene porvenir, tiene. . . . lo dirémos de una vez: tiene una hija!

Y esta hija concentra en su solo sér el amor puro, sobrehumano y divino con que adoró á su Madre; la pasion fogosa, vehemente y excepcional con que puso su corazon á los piés de su amada; la ternura, la confianza y el amor

que llevó en dote á su esposa y le entregó entre sus más solemnes juramentos al pié de los altares!

Esta hija es el recuerdo vivo de la felicidad de su pasado; es el báculo que le sirve de apoyo en su congojoso presente; es el áncora en que funda su esperanza para su porvenir de ultratumba.

Esta hija alivia las penalidades de su vejez, embellece con su cariño su existencia, le tenderá la mano para dar los últimos pasos sobre la tierra en la vida, y no lo abandonará sino hasta que penetre á la mansion de la muerte.

Esta hija rodeará su cabecera con los auxilios del cristiano, recogerá su último aliento cuando el postrer destello de la vida se haya apagado; cerrará sus párpados cuando sus ojos se hallen sin mirada, regará su sepulcro con la lluvia del corazon, y con el continuo sufragio de su dolor, de sus plegarias y de sus virtudes, le llevará la buena nueva de que le ha conseguido el perdon, pagando con la vida eterna la deuda que tenia contraida con el autor de su vida mortal.

Que den acceso en su corazon á estas re-

flexiones los que no quieren confesar la influencia que en los últimos días de la vida ejerce la hija sobre el anciano!

Si hay algun axioma práctico que esté al alcance de todos, porque todos lo han visto confirmado en sí mismos, es la influencia que la mujer ejerce sobre el hombre: y esta influencia es tan antigua como el género humano. Dígalo si no la historia que nos representa al primero de los hombres saboreando una manzana, que en mala hora se llevó á los labios, cediendo á la influencia de la primera de las mujeres.

El hombre, por su naturaleza, es arrogante y orgulloso: su arrogancia y su orgullo hacen de él la columna firmísima en que se apoyan todos los disturbios de la vida. Plantea una cuestion, emite una idea, desarrolla un pensamiento; y basta que se inicie un ataque contra este pensamiento, contra esa idea, contra aquella cuestion, para que él se apreste á la más encarnizada defensa. Puede su contrario batirle en brecha con la razon, puede fundar sus ataques en poderosos argumentos, puede reforzar éstos con hechos innegables, puede

apurar los recursos de la lógica, puede, en fin, retarlo al terreno de las armas. . . . y todo es en vano: ni la fuerza de la razón lo convence, ni el vigor de los argumentos lo persuade, ni la exactitud de los hechos lo impresiona, ni la inflexibilidad de la lógica lo doblega, ni la perspectiva de las armas lo espanta.

Y aquel coloso que á todo se sobrepone, que todo lo subyuga, que todo lo vence, se ve caer vencido al brillo de una mirada, al movimiento de una sonrisa, á la acción de un suspiro, si la mirada brota de los ojos de una mujer, si la sonrisa juega en los labios de una mujer, si el suspiro nace en el pecho apasionado de una mujer.

Las predicaciones de San Ambrosio se habrían estrellado en el corazón de bronce de Agustín, si este corazón no se hubiera preliminarmente ablandado por las continuas lágrimas de Mónica.

Entre las páginas sagradas se registra un hecho que tuvo lugar en el tiempo de la mansión de Jesucristo sobre la tierra, que viene á ser la prueba más convincente de la influencia que ejerce la mujer sobre el hombre, á la

vez que pone en relieve la naturaleza de la noble mision que tiene que llenar á su lado.

Fatigado Jesus en su camino, y acosado por la sed que es consecuencia forzosa de la fatiga, se sentó en el brocal del pozo de Siquem, perteneciente al pueblo de Samaria, cuyos habitantes eran enemigos irreconciliables de los Nazarenos.

Acercóse al pozo una mujer, provista de un odre, y en el momento en que sacaba el agua de aquel pozo, Jesucristo le pidió de beber. Aquella mujer, que aunque pecadora era mujer, no pudo resistir á los atractivos de la gracia; y sintiendo vibrar todo su sér á la mágica palabra del Nazareno, en quien reconoció desde luego á un gran profeta, pues sabia la parte secreta de su vida criminal, aceptó gustosa el agua que Jesus le ofrecia; y subyugada por los efectos de la gracia, creyó lo que estaba mirando: y en un arrebatado causado por las emociones que estaba sintiendo, declaró haber visto al hijo de Dios. El resultado de esta declaracion, que brotaba de unos labios desprestigiados por el crimen, fué que muchos cre-

yeron en Jesucristo, únicamente por la palabra de la mujer.

Efecto sublime, magnífico y grandioso de la palabra de la mujer! Mision augusta, divina y regeneradora de la mujer!

Con razon el hombre le tributa un culto que raya en idolatría! Con razon le rinde un homenaje de alabanzas que pulveriza todas sus diatribas! Con razon es considerada como la obra maestra de la naturaleza! Con razon la mano de Dios depositó el gérmen fecundísimo de la Redencion del mundo en el vientre de una mujer! . . .

Mas para llenar una mision tan noble, tan elevada, tan regeneradora y tan sublime, la mujer debe prepararse: en sí misma tiene los elementos necesarios para hacer estos preparativos, y sólo le resta explotarlos convenientemente: debe comenzar por penetrarse de su mision para llenarla; debe reunir todos los elementos de estudio que tiene á su alcance para conocerla; debe enriquecer su corazon con el tesoro de las virtudes, para cumplirla.

Si su mision es dulcificar las amarguras que marcan la vida del hombre, debe ser toda dul-

MISION DE LA MUJER.

21

zura; si consiste en guiarlo por la senda del bien, debe ser toda bondad; si le ha de curar las heridas abiertas por el dolor, debe ser toda consuelo; si ha de acompañarlo en el infortunio, debe ser toda resignacion; si ha de obligarlo á guardarle la fe prometida en los altares, y jurada en presencia de Dios, debe ser toda pureza; si ha de arrancar de su alma los vicios que deja en ella el abandono, debe ser toda virtud; si ha de sofocar las pasiones que se desarrollan en el espíritu humano, debe ser toda amor; si ha de salvarlo del naufragio que le amenaza en el incierto golfo de la vida, debe retenerle siempre en el puerto!

Hermosa criatura que tiene tan hermosos deberes! Hermoso sér que puede reunir tantas perfecciones! Hermoso tipo de dulzura, de consuelo, de resignacion, de pureza, de bondad, de virtud y de amor!

Dichosa la mujer que adorne su corazon con tan magníficas galas! Dichoso el hombre á quien toque en suerte tan completa felicidad! Dichosa Madre que revestida con tales prendas se dispone á formar el corazon de sus hijos! Dichoso el autor de estas líneas, á quien

cupo la felicidad suprema de nacer de una Madre que las reúne todas en su mayor grado de esplendor!

La mujer que llena dignamente su mision en la vida, tiene asegurada su eterna felicidad: el hombre que vive á la sombra de esta mujer, ya sea Madre, hija ó Esposa, no puede ser desgraciado, á pesar de todas las desgracias que le sobrevengan.





EL SENTIMIENTO RELIGIOSO.

— 32 —

HAY en el corazón de la mujer un sentimiento que puede considerarse como el núcleo en cuyo derredor se encuentran agrupados todos los demás: un sentimiento que se halla en ella tan profundamente arraigado, que constituye, por decirlo así, la esencia de su carácter: un sentimiento que hace en el orden de sus sentimientos, el mismo interesante papel que hace el cerebro en el orden de sus sensaciones: un sentimiento que viene á ser el móvil de todas sus acciones en la vida, y el áncora de la salvación que espera encontrar en los abismos de la muerte!

Este sentimiento es el germen de la vida que desde ántes de su concepcion se halla depositado en el seno de su Madre.

Este sentimiento es el velo protector que en los primeros años de su infancia cubre su blanda y delicada cuna.

Este sentimiento le hace, cuando niña, juntar sus manecitas tiernas delante de una imagen de nuestro culto, y mover sus balbucientes labios para repetir la plegaria que una voz dulce ha hecho vibrar en sus oidos infantiles, y un eficaz ejemplo ha trasmitido hasta el fondo de su corazon impresionable.

Este sentimiento constituye en ella, cuando jóven, la más estimada de sus gracias, el más irresistible de sus atractivos, el más seductor de sus encantos.

Este sentimiento es el realce que aumenta el valor de sus perfecciones físicas, y la aureola de luz que alumbra sus perfecciones morales.

Este sentimiento es la diadema con que, cuando hija, ciñe su alabastrina frente, halagando el orgullo de sus padres; la columna en que, cuando esposa, se apoya para sostener en su deber al compañero inseparable de su

vida; el panal con que, cuando Madre, endulza la leche de sus pechos, al derramarla entre torrentes de ternura, en los sedientos labios del hijo de sus entrañas.

Este sentimiento hermosea la corona de nieve que los años colocan al rededor de su cabeza, cuando ha desempeñado la mision que le fué encomendada.

Este sentimiento es la antorcha que, alumbrando su cadáver, hace ver á su alma desde la tenebrosa sima del sepulcro, la refulgente y deliciosa cima de la eterna felicidad.

Este sentimiento superior, dulce, tierno, sobrehumano, divino, es... ¡el sentimiento religioso!

Por este sentimiento trueca su debilidad de mujer en una fortaleza de heroína, que la sostiene sin doblgarse, resistiendo el choque furioso de las más horribles tempestades; por él guarda siempre en el fondo de su corazon un depósito inagotable de consuelo, con que cura las heridas que abre el dolor en los séres queridos que la rodean; por él se hace superior á las penalidades de la vida, aceptando sobre sí toda la carga de penas con que Dios purifica su

hogar; por él infunde nuevo aliento á su esposo, abatido por los golpes de la desgracia, inoculando en su espíritu la idea de su pronto remedio, dirigiéndole con acento de amor y de fe cristiana, esta consoladora palabra: espera; por él trasforma cada sufrimiento que la agobia, en un merecimiento que la eleva; por él forma y encamina en el sendero de la virtud, los tiernos corazones de sus hijos; por él desvia del sendero del vicio el pervertido corazón del hombre que ama; por él, en fin, llena incesantemente su benéfica misión sobre el mundo!

Nada hay más interesante, más poético ni más conmovedor, que una mujer en cuyo pecho se ha exaltado este natural y bello sentimiento: su corazón late con violencia, apresurándose á elaborar ese llanto que pone en los ojos para refrescar el alma; su pensamiento se fija en los misterios augustos de la Religión adorable, sintiendo brotar la idea consoladora de una vida feliz, que no se conquista sino con sacrificios y dolores; su semblante se cubre con ese velo encantador y divino de la dulce resignación cristiana; sus manos se juntan en

actitud suplicante, como diciendo con la fe del creyente á El que tiene en su mano los consuelos: «*Padre mio, si es posible pase de mí este cáliz,*» su frente se inclina como restringiendo esta petición arrancada por el sufrimiento, expresando con un silencio mudo pero elocuente esta sublime restricción: «*no se haga mi voluntad sino la tuya,*» sus labios que no pueden articular una palabra, porque siente mucho para que acierte á decir algo, se fijan en una imagen adorada, imprimiendo en ella un ósculo de amor, con que indica aceptar la tribulación que la agobia, con la dulce resignación del creyente, con la apacible serenidad del justo, con la sublime conformidad del mártir!

Habéis observado las diferentes faces que presenta el corazón de una mujer, en los momentos aciagos en que la muerte le arrebatara una persona querida? Ah! si lo habéis observado, y desgraciadamente también lo habéis sentido.

Una aflicción desesperante cuando la enfermedad la ha postrado en el lecho del dolor, en los momentos en que daba los últimos pa-

sos sobre la tierra: una esperanza grande en el médico; una fe ciega en las medicinas; una angustia siempre creciente que excede á esta fe y á esa esperanza; un dolor que no por ser muy grande, considerado de una manera absoluta, deja de ser muy pequeño con relación á lo que puede ser todavía....

La enfermedad se sobrepone á las medicinas; el mal se burla de los remedios; la ciencia agota inútilmente las fuentes de sus recursos; los médicos anuncian el resultado, y la muerte se presenta en perspectiva, acompañada de todos sus horrores.....

La hija, la esposa ó la Madre que presiente todo el rigor de su orfandad, de su viudez ó de su abandono, siente un dolor infinitamente más intenso, pero infinitamente más dulce, porque en vez de estar alimentado por un sentimiento carnal, está sostenido por el sentimiento religioso.

Su amor está en el alma que no muere con la materia; su fe está en Dios que murió para redimir al mundo; su esperanza está en el cielo, cuyas puertas se abrirán, á los efectos omnipotentes del Sacramento, á la accion in-

finita de la misericordia, á los recursos irresistibles de la gracia!

Ya no piensa en la vida del cuerpo, absorbe todo el pensamiento la salvacion del alma; á la cabecera del moribundo no se encuentra el médico sino el sacerdote; las medicinas están reemplazadas por los Sacramentos; los cuidados materiales por las indulgencias; los alimentos, por el pan de los ángeles, que es la provision que hace el alma para emprender su viaje.

No se trata de conservar aquella vida tan preciosa, sino de ayudarla á penetrar en los abismos de la muerte; y aquel dolor multiplicado hasta el infinito por tantas circunstancias amargas, se mezcla con un consuelo inexplicable, cuando el ministro del santuario repasa con voz sonora uno por uno *« todos y cada uno de los misterios de nuestra santa Fe; »* cuando se abren todos los labios para ratificarse en las creencias profesadas en el Santo Bautismo; cuando todas las rodillas se doblan ante la presencia que se oculta entre las maravillas del misterio; cuando todas las frentes se inclinan para adorar la majestad del Sacramento; cuando todos los corazones

se conmueven al impulso de tan excepcionales sentimientos; cuando todos los labios se abren para repetir estas palabras del Sacerdote, que envuelven el más ardiente deseo y la más hermosa plegaria: «*El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma y la conduzca á la vida eterna;*» cuando se cierran unos ojos que no han de volver á ver la luz de la vida; cuando se encienden esos cirios cuyos destellos van á reflejar sobre la helada frente del cadáver.

En medio de este triunfo de la muerte, de este exceso de dolor, de esta conspiración de emociones, de este manantial de sufrimientos, la mujer vive, porque la alienta el sentimiento religioso!

El sentimiento religioso pone en el corazón humano el gérmen de la virtud, y la virtud es el móvil de todas las acciones de la mujer; es la fuente de todos sus atractivos, el principio de todos sus encantos, la joya más rica de cuantas adornan su corona, el cetro con que domina en la Creación, la fuerza que sostiene el prestigio de su poder, el milagro que hace de ella el objeto de nuestro culto.

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO.

31

Pongamos el germen de la virtud en el corazón de la mujer, y la veremos sublimarse hasta confundirse con los ángeles; quitémosle esta fuerza ascensional que tanto la eleva, y la veremos degradarse hasta no ser más que una ridícula imitación del hombre, del que solamente tiene un ligero parecido.

La mujer desprovista de virtud, personifica la degradación de la especie humana, y viene á ser el escarnio de su sexo.

La mujer virtuosa es un tabernáculo que encierra el honor, la confianza, el cariño y las virtudes que recomiendan al hombre; la mujer que no lo es, constituye la crápula en que aquel encierra todos sus vicios: la primera es la reina del mundo; la segunda es la esclava de la humanidad: aquella es la obra maestra de la naturaleza; ésta constituye el más deforme y monstruoso de sus abortos: la una es respetada por el hombre de honor; la otra es escarnecida por el malvado: aquella atrae con sus encantos; ésta repele con sus vicios.

Si no hubiera virtud en el corazón de la mujer, no habría sociedad, porque estando siem-

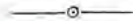
pre rotos los lazos de la familia, faltaria la piedra angular del edificio.

No debemos olvidarlo: la virtud es la vida de la mujer, y el germen de la virtud es el sentimiento religioso.





EL AMOR Y LA VIRTUD.



LA sublime misión que la mujer está llamada á desempeñar en el mundo, no puede llenarla sino amando; es pues el amor el móvil principal de sus benéficos instintos.

El verdadero amor, en sus diferentes manifestaciones, excita al cumplimiento del deber, y en el cumplimiento del deber está, como en su propio asiento, la virtud.

Resulta pues, que cuando en el corazón de la mujer se encuentran el amor y la virtud, entre las manos de la mujer se encuentran los elementos necesarios para llenar su misión en la vida.

En efecto, el amor es el lazo misterioso que une á la mujer con su amado; la virtud es el lazo divino que une á la criatura con su Creador: el amor despierta en la mujer el deseo de agradar al hombre; la virtud exalta en ella el deseo de hacerse agradable á Dios: el amor le ministra los medios para no apartarse de las leyes humanas; la virtud le multiplica los recursos para guardar los preceptos divinos: el amor hace de ella una esposa fiel; la virtud hace de ella una mujer buena: el amor hace difícil que se manche con la infidelidad; la virtud hace imposible que se degrade con el adulterio: el amor le da á conocer sus deberes; la virtud le impone la prescripción de respetarlos: el amor concentra en éstos la norma de su conducta; la virtud forma con ellos el ídolo de su corazón: el amor conserva la tranquilidad en el Matrimonio; la virtud atrae sobre él las bendiciones del cielo: el amor embellece la vida con las manifestaciones de su ternura; la virtud perpetúa la felicidad por la gracia del Sacramento: el amor hace del hogar un paraíso; la virtud planta y cultiva en él el árbol de la vida: el amor saca del fondo de

su corazón el juramento que pone en sus labios; la virtud le concede la facultad de cumplirlo: el amor constituye el elixir de su vida; la virtud el talisman de su felicidad: el amor cultiva en su alma el germen de la virtud; la virtud alimenta en su alma la llama del amor: y el amor y la virtud, unidos en el más dulce y estrecho consorcio, se favorecen recíprocamente, consolidan la paz del Matrimonio, sostienen la calma del espíritu, hacen la felicidad de la vida y aseguran la eterna felicidad.

Si fuera posible que el amor existiera sin la virtud, este sentimiento tan dulce, tan tierno, tan delicado y tan sublime, que es el origen de nuestra vida y la base de nuestra felicidad, sería por el contrario una sensación tosca, grosera é innoble, que marcaría con el oprobio nuestra existencia y sería la causa de todas nuestras desgracias.

La mujer que amando no sienta en el fondo de su alma un ardiente deseo de ser buena, no busque sus consuelos en el seno de la Religión, no admire en su amado las virtudes del alma, no lo excite á ser virtuoso y bueno: esta mujer no ama; la agitacion interior que la

perturba, no es el sentimiento que la eleva; es, por el contrario una pasión vergonzosa que la envilece y la humilla; no merece las consideraciones de la sociedad, ni el cariño de un hombre honrado; no puede ser buena esposa ni buena Madre: es un monstruo que se oculta bajo la forma de mujer, un sér que no tiene misión en la vida, una degradación de la humanidad, un aborto de la naturaleza!

Se ha dicho que la virtud está en el cumplimiento de los deberes, y es un axioma que para cumplirlos es necesario conocerlos.

Y puede la mujer por sí sola alcanzar este conocimiento? puede con sus propios recursos normar su conducta, con su propio criterio calificar sus acciones?

Para evitar el mal, puede adquirir de él un conocimiento incompatible con su sexo, con su pureza, con sus virtudes y con su recato?

De la contestación negativa que resuelve todas estas cuestiones, se desprende la necesidad de esas confidencias íntimas y benéficas que el alma tiene con Jesucristo, personificado por el Sacerdote.

En esas confidencias que constituyen la

confesion, que nuestro affligido espíritu tiene entre sus desahogos, que nuestro atribulado corazon cuenta entre sus necesidades, que nuestra adorable Religion enumera entre sus preceptos, y que Jesucristo quiso elevar al rango de Sacramento, el hombre tiene la garantía del más inviolable sigilo, y el alma tiene la seguridad de encontrar un médico que cure sus enfermedades, un consejero que le señale sus deberes, un amigo que le ayude á cumplirlos, un guía que le acompañe en su camino, un Ministro de Dios que le perdone sus pecados!

La mision de la mujer es ademas una carga bastante pesada para que por sí sola pueda sostenerla sobre sus hombros. Ella tiene que dulcificar y embellecer la vida de su Esposo; ella tiene que formar el corazon de sus hijos; ella tiene que labrar las delicias del hogar; ella tiene que sostener la paz del Matrimonio! El confesor le indica los medios de cumplir tan nobles y sagrados deberes.

Su condicion de mujer le hará caer en faltas, pequeñas al principio, pero que sostenidas en el corazon, lo corrompen y lo predisponen

para repetir las; el confesor le ayuda á lavarlas; su palabra evangélica y su uncion cristiana le excitan las lágrimas para lograrlo, sus consejos le proporcionan los recursos para prevenirlas.

Su miseria humana le obliga á sostener una lucha pertinaz, constante y peligrosa: el confesor le da las armas para salir siempre triunfante.

El Matrimonio es un Sacramento de vivos, y para lograr sus efectos es indispensable el estado de gracia: la confesion es la única que puede conservar este estado.

El orgullo es la tea de la discordia, que enciende la perturbacion en el hogar: la confesion sofoca este orgullo por una noble, digna y elevada humillacion; y apagando esa terrible tea, hace imposible tan peligroso incendio.

El amor hace nacer el deseo de una union indestructible: la confesion abre la puerta de esa union, y viene á constituir una condicion indispensable para realizarla.

La mujer, que con su cariño ha dominado al hombre que la ama, lo obliga á ser bueno con su ejemplo; y la confesion que ayuda á la

mujer á llenar su mision en el mundo, en el hombre le hace conocer, respetar y cumplir sus deberes, no le deja desviarse ni un ápice de ellos, ni manchar el cariño de su esposa; lo retiene al lado de ésta, lo aleja de la infidelidad, en la que cae sin este dulce freno, y lo llena de felicidad y de ventura!

La necesidad de la confesion se hace sentir en el mundo, desde que hubo en él un culpable.

En efecto, si nos remontamos al origen del género humano, encontramos al primer hombre infringiendo el precepto de su Criador, manchando su conciencia con un pecado y ocultándose despues en lo más escondido del Paraíso, para sustraerse, insensato, á las miradas omnipotentes de la Divinidad ofendida.

Dios, para cuya penetracion nada hay oculto, vió la miseria del hombre, valuó su crimen, midió su desgracia, y su Justicia suprema decretó el castigo. Su voz, terrible como el huracan y robusta como el trueno, se hizo escuchar en el corazon del infeliz pecador, que abrumado bajo el enorme peso de su fatal desobediencia, no se atrevió á levantar los ojos.

Adan, dónde estás?—Tuve vergüenza, Señor, porque estaba desnudo; tuve miedo, Señor, porque te escuchaba ofendido; y me alejé, porque no pude contener mi temor; y me escondí, porque no pude reprimir mi vergüenza!

Quién te hizo conocer ¡oh desgraciado! que te hallabas desnudo? quién te hizo sospechar ¡oh miserable! que yo estaba ofendido? dónde está ¡oh pecador! el fundamento de tu vergüenza y de tu miedo?

Para qué son estas preguntas?

Podía Dios ignorar adónde se encontraba Adan, quién le había hecho conocer su desnudez, y cuál era la causa de su vergüenza y de su miedo?

No! Mas si su Justicia había decretado el castigo, su Misericordia había resuelto el perdón! Quiso echarle al hombre en cara su falta, quiso hacerle sentir el peso de su crimen, quiso ponerlo frente á frente con su ingratitude, quiso mostrarle los resultados de su desobediencia, quiso excitar en su pecho el dolor, quiso poner en sus ojos las lágrimas, quiso hacer brotar de sus labios la revelacion de su

pecado, quiso infundir en sus intenciones el propósito de no repetirlo, quiso proporcionarle los medios de expiarlo, quiso en fin, levantar, sobre la base de su arrepentimiento, el fanal luminoso del perdón!

Y Adán, trémulo, vacilante, afligido, doliente y resignado, exclama: Señor, yo te he ofendido; Señor, yo he pecado; Señor, yo he comido de este fruto, que tu poderosa autoridad me había prohibido. Todo lo merezco, Señor, de tu Justicia. . . . pero también todo lo espero de tu Misericordia.

Hé aquí la primera confesión que la criatura hace á su Criador, que la nada hace al Omnipotente, que el mortal hace al Eterno: hé aquí la primera palabra que arranca del corazón y pone en los labios el arrepentimiento: hé aquí la primera declaración que ha salido de una conciencia turbada!

Los sagrados libros contienen infinidad de pasajes que manifiestan la necesidad de la confesión y la influencia que ésta ejerce sobre nuestra felicidad: de cada uno de ellos se desprenden las más consoladoras reflexiones.

El venerable Tobías, sintiendo latir su co-

razon de Padre, al mismo tiempo que exaltarse sus afectos de hijo de Dios, se arroja de rodillas en la tierra, se postra en el polvo hasta tocarlo con su frente, y en su poética y tierna invocacion exclama: «Vos nos castigais por nuestros pecados y nos salvais por vuestra misericordia.»

El Eclesiástico dice: «Aborrece el Altísimo á los pecadores y hace misericordia á los penitentes.»

Todos los males que nos afligen en la vida, son consecuencia del aborrecimiento divino que atrae sobre nosotros el pecado: arrojémosnos en brazos de la penitencia para conseguir los bienes con que se manifiesta la misericordia.

El Evangelio asegura que hay en el cielo un gozo inefable cuando un pecador se convierte. ¿Y será racional suponer que el cielo se extasia de gozo, y sufre los horrores de la tribulacion el pecador que lo ha causado por la penitencia?

Oigamos cómo, sobre este asunto, se expresa el Vizconde de Walsh:

«Correspondia al Dios legislador de los cris-

tianos hacer un Sacramento de lo que es indispensable para la salvacion del hombre; y es cosa admirable y digna de eterna gratitud, el que este Sacramento de penitencia, que asegura, cuando está recibido con las condiciones prescritas, nuestra felicidad en la otra vida, comienza á proporcionárnosla en ésta»

«El jóven encuentra en el confesonario un preservativo contra el torrente formidable de las pasiones»

«A esta escuela de sabiduría deben los esposos la confianza mutua que hace la dicha de las uniones cristianas. Allí hay para ellos una garantía santa, una prenda de fidelidad, un principio de armonía y de paz, una fuente de verdadera felicidad conyugal.

La confesion, asegurando el cielo al penitente sincero, le hace tambien eminentes servicios acá abajo. Ella es la que, en el pueblo sobre todo, prevé esos desarreglos funestos que en un dia de disipacion y de orgía absorben el fruto de una semana de trabajo, y lanzan así en las familias la ruina, la miseria, el crimen y el suicidio»

«En los días tranquilos, cuando el orden

reina en las familias y en los Estados, la garantía más grande de la moralidad en la sociedad, es la confesion: el señor ó la señora de la casa que entran en ella despues de haber obtenido de Jesucristo la absolucion de sus pecados, llevan bajo su techo una paz de conciencia que se esparce alrededor de ellos; su corazon está abierto; han recobrado la inocencia con sus confesiones, y se siente en la familia como un perfume celestial».

«Cuando el cielo está amenazando, cuando el trueno retumba, cuando la tierra se conmueve, cuando las revoluciones amenazan, rompen y destrozan, los confesonarios son el mejor lugar de refugio, porque en ellos es donde tomamos más conformidad con la voluntad de Dios, y más resignacion para la adversidad que Él nos envia.»

No hay necesidad de multiplicar las citas, para apoyar una verdad que los cristianos tenemos grabada en el fondo del corazon, y que la mujer ve comprobada en todos los actos de su vida.

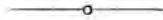
Es un castigo para la mujer que ama ver á su amado luchando con las enfermedades á

las orillas del sepulcro; verlo abatido por el rigor de las persecuciones, de la calumnia ó de la miseria; sentir que su cariño le va faltando y que la infidelidad va marcando su conducta. . . . En este estado anhela la salvacion; la salvacion no puede esperarla sino de la misericordia; la misericordia no se puede ejercer sino sobre el arrepentimiento de las faltas, y es preciso confesarlas para arrepentirse bien de ellas.

Si la confesion constituye una garantía de fidelidad, un elemento de reposo, un faro de salvacion en la vida, un manantial de ventura, una fuente de consuelo, la mujer debe rodear su existencia y la de su esposo de esta garantía, este elemento, este faro, este manantial y esta fuente, excitándolo á él á que haga otro tanto: debe acercarse con frecuencia á este adorable Sacramento que, derramando en su espíritu la gracia, le ayuda á cumplir sus deberes, conserva en su corazon el sentimiento religioso, sostiene en él el amor de la virtud y lo mantiene siempre bello, siempre delicado, siempre interesante, pues lo aduna siempre con la virtud del amor.



EL MATRIMONIO.



SI es verdad que la mujer comienza en la cuna á ejercer su mision sobre la tierra, es innegable que en el Matrimonio esta mision tiene un aspecto enteramente nuevo, y segun el cual sus consecuencias afectan el alma hasta despues de la muerte; resultando de aquí que el Matrimonio es la cuna de la inmortalidad.

El Matrimonio es el acto más delicado, más importante, más solemne, más grave, más trascendental en la vida de la mujer; es el acto que marca la línea de division entre dos épocas

esencialmente distintas; es el sello que viene á marcar en el libro del destino, su felicidad ó su desgracia; es la puerta que da entrada á su porvenir y que se cierra tras sí para siempre; es la seguridad que realiza sus ensueños de felicidad ó el desengaño que disipa sus esperanzas de ventura.

El Matrimonio es el principio de la humanidad, es la base de la familia, es la piedra angular en que descansa la sociedad, es la historia del amor . . . y la vida de la mujer.

«Las naciones, dice el ilustrado Vizconde de Walsh, han tenido sus días de efervescencia y de aberraciones contra el Matrimonio; pero éste era el indicio infalible de una profunda corrupcion: el alma, en ellas, parecia extinguirse, el corazon cesaba de latir, y las naciones que han visto en su seno desarrollarse este contagio, no han sido naciones sino simulacro de pueblos.»

«En efecto, agrega, *no puede existir nacion sin sociedad, sociedad sin familia, ni familia sin Matrimonio.*» . . .

Y sin embargo, cuán pocos saben lo que es el Matrimonio! cuán pocos comprenden toda

la sublime significacion de esta dulce y bellísima palabra!

Esa union invisible de dos almas que las confunde hasta formar de ellas una sola: esa fuerza ascencional que las eleva hasta ponerlas en contacto con Dios: esa bondad del Omnipotente que imprime á este enlace el sello de santificacion que sólo puede salir de las divinas manos del Eterno: ese raudal de gracia que en ellas se derrama para proporcionarles la tranquilidad más perfecta en el tiempo y la dicha más completa en la Eternidad: esa confianza con que el hombre deposita su honra, que es lo que tiene de más valor, bajo la custodia de una mujer, que es lo que tiene de más querido: esa abnegacion con que la mujer se entrega al hombre dejando por él «á su Padre y á su Madre:» esa firmeza con que ambos pronuncian el juramento de eterno amor y eterna fidelidad, que recoge el mismo Jesucristo: ese homenaje de respeto y de veneracion que el mundo rinde á los Esposos felices cuya mano no ha temblado al firmar juramento tan solemne: esa personificacion augusta del hombre con Jesucristo y de la mujer con la

Iglesia: esa exaltación incomprensible en virtud de la cual la más tierna de las afecciones se eleva hasta la altura del más augusto de los Sacramentos: esa majestad con que el caracterizado Ministro del altar invoca en favor de los cónyuges, al Dios de Abraham, al Dios de Isaac, al Dios de Jacob: esa maternal solicitud con que la Iglesia inculca á los desposados sus deberes, en medio de la gravedad de sus tiernas y sencillas ceremonias: esa poética plegaria que el Sacerdote eleva al Eterno, apoyada en la sublimidad del Sacramento, en la donación que se ha dignado hacer al dar la mujer al hombre, en la bendición que ha derramado sobre la unión conyugal, sustrayéndole á la pena del pecado original y á la sentencia del diluvio: ese conjunto de concesiones, de maravillas, de sublimidad y de gracias hé aquí el Matrimonio!

No puede la pluma que ha tenido la dicha de tocar este asunto, resistirse al deseo de transcribir íntegra esa divina plegaria en que el Ministro de los altares, ora con acento tierno y suplicante cual corresponde á su pequeñez, ora con voz majestuosa é imponente cual cor-

responde á su mision, llama sobre los afortunados Esposos todas las bendiciones de los santos patriarcas.

«¡Oh Señor, que por este augusto Sacramento habeis santificado la union conyugal, haciendo de ella el simbolo de la union de Jesucristo con la Iglesia! ¡Oh Dios, que habeis dado la mujer al hombre y que habeis embellecido esta union con una bendicion que no han podido arrebatár ni la pena del pecado original ni la sentencia del diluvio! ¡Oh Dios, Señor de los corazones, que por vuestra Providencia sabeis y gobernais todo: vos unis, y nadie puede separar; vos bendecís, y nadie puede hacer daño! Os conjuramos que unais íntimamente los corazones de estos esposos y les inspireis un sincero amor; y como vos sois el verdadero, el solo Todopoderoso, haced que no sean más que uno en vos!... Mirad con bondad á esta esposa, que ántes de ser de su marido quiere verse rodeada de vuestra santa proteccion: que esté siempre en ella el yugo de la caridad y de la paz: que ella se despose con Jesucristo casta y fiel, y siga el ejemplo de las santas mujeres.

Sea para su Esposo, amable como Raquel,

sábía como Rebeca. Sea su vida para él larga y llena de felicidad, como la vida de Sara.

«El autor de toda prevaricación no reivindicue nada en sus obras.

Permanezca sumisa á la fe y á los divinos preceptos.

*Ligada estrechamente á su esposo, huya todo contacto impuro, y fortalezca su debilidad con la fuerza de la disciplina cristiana. Sea respetable por su modestia, venerable por su pudor, profundamente instruida, en nuestra *nuestra* celestial doctrina.*

Fecunda, inocente y estimada, alcance el reposo de los bienaventurados en la eterna patria.

Que los dos juntos vean á los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y lleguen así á una feliz vejez.»

Puede haber algo más poético, más dulce, más interesante, más conmovedor, más tierno, más sublime que esta magnífica plegaria?

Podía la Iglesia demostrar mejor su maternal solicitud por sus hijos que humildemente cumplen con su ley, que pidiendo para ella las gracias sin cuento que Dios concedió á Sara, á Rebeca y á Raquel, y para él la que

Dios derramó sobre sus escogidos Abraham, Isaac y Jacob?

Puede haber felicidad mayor que la que asegura á un buen matrimonio, la eficacia irresistible del Sacramento?

Tiene el pensamiento bastante capacidad para comprenderla, el corazón bastantes fibras para sentirla, el alma bastante poder para deseársela?.....

La unión del hombre y la mujer comienza desde el principio del mundo: pero estaba reservado al sublime Redentor del género humano elevar esta unión hasta el rango de Sacramento, marcarla con el sello de la augusta Trinidad, derramar sobre ella las bendiciones sin límite de su espléndida munificencia!

Semejante Sacramento que el corazón puede adorar, pero que la inteligencia no alcanza á comprender, sólo pudo haber tenido su origen en Aquel que, santificando las aguas del Jordán por las manos de su Precursor, instituyó el Bautismo, que hace nacer el alma á la vida sobrenatural; que instituyó la Confirmación, que, aumentando la gracia del Bautismo, comunica al alma nuevo vigor para no aban-

donar el buen camino; que instituyó la Penitencia, como testimonio perpetuo de su misericordia; que resolviendo en un exceso de amor, permanecer con el hombre hasta el último día de los tiempos, instituyó la Eucaristía, dándonos su carne como alimento y su sangre como bebida; que instituyó la Extremaunción que unge el alma para presentarla á su Criador limpia y purificada; que instituyó el Orden, que forma Ministros para conceder sus gracias, y que como complemento de este conjunto de bienes, instituyó el Matrimonio.

Institucion divina que el Soberano autor del Universo inició el día memorable, en que, despues de criar al hombre á su imágen y semejanza, crió á la mujer como la inseparable compañera del hombre, y estableció la union de entrambos como el principio fundamental de la gran familia humana que, del mismo modo que todo el universo brotó del caos, al Omnipotente *Fiat* de Dios, debia brotar del amor de aquellos dos séres, á la accion maravillosa de las palabras sublimes que brotaron de los mismos augustos labios: «Creced y multiplicaos.»

EL MATRIMONIO.

55

Institucion maravillosa que hace depender la vida, del Matrimonio, como lo prueba el mismo Jesucristo, cuando ántes de tomar la vestidura de hombre en el vientre de la Virgen que tenia elegida para Madre, dispuso que esta mujer, sin menoscabar el tesoro de su virginidad, cuyo homenaje Dios habia aceptado, se uniera en matrimonio á un hombre, cuya cooperacion no era necesaria para que el Hijo de Dios efectuase su nacimiento milagroso!

Institucion noble que Jesucristo sancionó con su presencia en Canaan y manifestó ser de su agrado, cuando por no enturbiar la alegría de los esposos felices que celebraban sus bodas, tornó el agua en vino, á ruegos de su Madre que estaba presente!

La Religion cristiana se nos presenta augusta y sublime, cuando se hace sentir en nuestro espíritu imponiendo preceptos; pero se nos muestra en alto grado dulce y consoladora, cuando se hace sentir en nuestro corazon otorgando concesiones; y ninguna concesion puede ser tan grande, tan valiosa, tan magnífica y tan deseada, como la que santi-

fica nuestro amor, realiza nuestras ilusiones, corona con un éxito feliz nuestras esperanzas, nos une á la persona querida por el más estrecho de los lazos, santifica esta union haciendo de ella un Sacramento, y enaltece nuestro sér, depositando en su seno el gérmen de nuestra vida!

Pero todas las uniones son susceptibles de elevarse á tan grande altura?

La triste y dolorosa experiencia de todos los dias, nos da una contestacion tan desconsoladora como exacta.

En los matrimonios —que no deberiamos llamar así, por no profanar esta palabra— que se determinan y se consuman sin otro guía que la pasion ó la conveniencia, en que no interviene la reflexion, en que el alma no se prepara, en que no se invocan los auxilios de la gracia ni las bendiciones del cielo, en que sólo se ve el contrato y se pierde de vista el Sacramento, en que sujetándose á una fórmula, se pronuncian juramentos para no cumplirlos, y siguiendo una costumbre, se tocan los altares para profanarlos, en esas uniones monstruosas, que ligan á dos seres á quienes más

valdria no haber nacido, está el complemento de las desdichas humanas, y se anticipa la eterna condenacion.

Aunque en un asunto de tanta importancia y tan sujeto á circunstancias tan variadas, no es posible asentar reglas generales, pueden sin embargo hacerse ciertas indicaciones, adaptables á todos los casos y de aplicacion universal.

El Matrimonio es una union; esta union solamente se puede sostener por la simpatía, y la simpatía es la mutua reciprocidad de afectaciones, de pensamientos y de deseos.

El primer trabajo de los que se aman y se corresponden, el primer uso que debe hacerse de la intimidad de las *relaciones*, es estudiar el corazon propio, estudiar el corazon ajeno y comparar entre sí estos dos corazones.

Las virtudes y las cualidades no basta que sean absolutas; deben ser relativas.

Una mujer muy mística, pronto fastidiará á un hombre aunque no sea disipado; éste buscará la sociedad de su mujer, anhelará sus caricias, deseará gozar á su lado de algunos espectáculos lícitos, sentirá la necesidad de

consultarle sus proyectos de felicidad, y le será harto cruel, al buscarla en su casa, no encontrarla por hallarse en la iglesia; al llamarla á su mesa, recibir una repulsa porque está rezando; al acercarse á su lecho, encontrarlo vacío, porque ella se halla en oracion.

Esta mujer, en vez de inspirar á su esposo gusto por la virtud, le inspirará al contrario horror por ella; en vez de atraerlo al hogar con su ternura, lo mantendrá léjos de él por su indiferencia; en vez de conservarlo en el camino de su deber, lo empujará al abismo de la disipacion, donde irá á buscar los goces que su esposa le niega.

Una mujer despreocupada — con perdon del sexo, ésta no es mujer y no debería figurar entre nuestras reflexiones — afecta á frecuentar los salones, á brillar en la sociedad, á lucir en el mundo, comenzará por contrariar á su marido circunspecto y grave; infundirá en su espíritu la sospecha, encenderá en su corazon el vértigo de los celos, y pondrá, en fin, en sus manos, el cetro de su autoridad convertido en la más odiosa tiranía.

Una mujer excesivamente económica—por

poco escribe la pluma mezquina—es una perpetua contradicción de un hombre franco; su carácter se manifestará en su casa, en su mesa, en su persona, en sus hijos; y en todos estos elementos de felicidad del Matrimonio, verá el hombre el testimonio de su desgracia.

Una mujer, por el contrario, derrochadora, esterilizará los sacrificios de un hombre trabajador, y arrebatará de su casa la abundancia y aún la medianía, reemplazándola por la escasez y aún la miseria.

Una mujer altiva, tendrá la paz del Matrimonio en equilibrio inestable: esta inestabilidad producirá la caída del edificio, y el edificio, al derrumbarse, deja contuso al hombre y hace perecer á la mujer.

En una union semejante, la mujer tiene en su mano la perdicion del hombre: si éste es pacífico, lo degrada hasta el ridículo; si es iracundo, lo exaspera hasta la tiranía; si sucumbe, hace de él una víctima; si resiste, hace de él un verdugo, y en todos casos, hace de él un criminal.

Una mujer tolerante, deja caer al hombre por su abandono; una mujer exigente, hace

caer al hombre por sus impertinencias; por falta de acción y por exceso de velocidad, se interrumpe el equilibrio, y la consecuencia forzosa de esta interrupción, es una caída que puede causar la muerte.

Una mujer muy festiva, parece insensible á los pesares de su esposo; una mujer muy seria, parece indiferente á sus alegrías.

Una mujer que lea estos renglones, exclamará con indignación: ¡Oh cuán exigente es el hombre! Y el hombre que los ha trazado, exclamará con sinceridad: ¡Oh qué verdad tan clara ha salido de los labios de esta mujer!

Y la mujer que tal oiga, después de decir con desden: ¡qué cinismo! meditará un poco y dirá: ésta es nuestra misión: satisfacer las exigencias del hombre; y esta misión es noble, cuando se encierra en los límites de lo bueno y de lo justo; y por otra parte, es una pequeña correspondencia con que la mujer paga el empeño que tiene el hombre en satisfacer las exigencias de la mujer. . . .

Pero nada de esto se vé antes de entrar al Matrimonio; pero también es cierto que nada puede verse, porque la perspectiva deslumbra,

EL MATRIMONIO.

61

la pasión ciega y las ilusiones desvanecen; es muy necesario buscar una pantalla para esa luz; una medicina para esta ceguera; un confortante para este vértigo.

El inmortal autor de *La Campana*, que ya se ha citado, en su filosófica y sublime canción consigna este prudentísimo consejo:

Mire quien votos perdurables hace,
Si con su corazón cuadra el que elige;
Que la grata ilusión momentos dura,
Y el pesar del error eterno aflige.

Ay! cuántas ilusiones hemos visto disipadas en un momento! cuántos errores llenar de pesares dos existencias!

De esta meditación tan esencial, ó de la falta de ella, puede resultar un Matrimonio bueno ó malo, y la diferencia entre uno y otro la establece con toda precisión Petit Senn en esta preciosa máxima: « Para conjurar la borrasca de las pasiones, el casarse con una mujer buena es un puerto en la tempestad; pero un matrimonio desacertado es una tempestad en el puerto.»

La mayor parte de los hombres se enamo-

ran por impresion, sin apercibirse de que no está interesado el sentimiento; encuentran cautivados sus sentidos, sin que se encuentre interesada su alma; y se fijan exclusivamente en la hermosura del rostro, sin echar de ménos las bondades del corazón. Estos desgraciados se lanzan á un matrimonio funesto, pues no saben que «de una mujer hermosa puede sentirse hastío, pero de una mujer buena jamás se siente el cansancio.»

El respetable autor de este principio, agrega con igual exactitud este otro: «Al lado de una mujer buena las penas del hombre se reducen á la mitad, y los placeres se duplican.»

Ya que hemos tenido la fortuna de evocar en nuestros recuerdos al ilustre escritor D. Severo Catalina, oigámosle al hablar del Matrimonio.

«Casarse — dice — para un hombre y una mujer de talento, es dar la mitad de su alma y tomar la otra mitad: si ambas mitades se adaptan exactamente, hé ahí el paraíso; si no se adaptan, si de dos existencias que eran ántes completas, vienen á resultar dos incompletas, hé ahí el infierno. Medid muy bien, vo-

EL MATRIMONIO.

63

sotros los enamorados, las proporciones del alma que entregais y las del alma que se os entrega. Ese es todo el secreto.

El sí que se pronuncia en los altares lleva su eco misterioso hasta el confin de los cielos. Dios lo escucha.

Aquel sí encierra todo un himno, ó toda una elegía: todo un tesoro de ternura y de felicidad, ó un mar insondable de llanto y de aflicciones.

Aquel sí es una sentencia de vida ó muerte para el corazon, y quizá para el espíritu.

Meditad mucho en esa palabra tan corta de pronunciarse y tan larga de sentirse; de solas dos letras consta, y es capaz de llenar todo el libro de la vida; en menos de un segundo se profiere, y dura por toda la eternidad.»

En el Matrimonio se encuentra, en efecto, la felicidad ó la desgracia: para alcanzar la primera y huir de la segunda, es indispensable prepararse por el estudio, ataviarse con la virtud, armarse con los deberes, ayudarse con los consejos de un director ilustrado y prudente, y sobre todo, no perder de vista que los bienes están en las manos de Dios, y que

solamente de su bondad debemos esperarlos, porque solamente de su poder podemos recibirlos.

No olvide el hombre que «los bienes de fortuna son herencia de los padres; pero la buena mujer es un don especial de Dios.» No olvide la mujer que ella «se debe toda entera á la felicidad de un solo hombre.»

Guarde siempre en su alma estas magnificas sentencias de Salomon: «La mujer virtuosa, corona es de su marido; mas la mala, como carcoma de sus huesos.»¹ «La mujer prudente, edifica su casa; mas la necia con sus manos la derriba.»² «La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor.»³

1 Cap. 12.—V. 4.

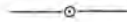
2 Cap. 14.—V. 1.

3 Cap. 15.—V. 1.





LOS CELOS.



CASI todos los escritores que han tratado la importante cuestión del Matrimonio, están de acuerdo en el principio que hemos sentado en el capítulo precedente; y convienen en que detrás de su encantadora perspectiva, se encuentra la felicidad ó la desgracia; y es evidente que el hombre, y por consiguiente la mujer, en el matrimonio tiene que ser feliz ó desgraciado: no hay un medio en esta terrible disyuncion.

La felicidad del Matrimonio es la felicidad de la vida; esto es, una felicidad rodeada de amarguras, de contrariedades, de dolor y de penas, que recuerdan sin cesar al hombre que

transita por un valle de lágrimas, y que la completa felicidad sólo puede encontrarla en el Cielo.

En el seno del Matrimonio encuentra la mujer las enfermedades de su esposo, que la llenan de amargura; el mal giro que suelen tomar sus negocios, lo cual contraría sus proyectos; la muerte del hijo adorado, que abre en su vida un manantial fecundo de dolores; pero en medio de todo ésto se encuentra el amor, está la virtud, preside el sentimiento religioso, consuela la dulce resignacion cristiana y se conserva la tranquilidad de la conciencia.

La mujer buena, llora, y suplica, y sufre, y espera; y Dios vé las lágrimas, y atiende las súplicas, y acepta los sufrimientos, y realiza las esperanzas de la mujer buena.

La mujer virtuosa, no retrocede ante un sacrificio que á la vez que destroza su alma, acrisola su virtud; y Dios premia el sacrificio de la mujer virtuosa.

La mujer prudente, conoce la mision que está llamada á desempeñar en el Matrimonio, y por decirlo así, hace abstraccion de sus penas para mitigar las de su esposo; y Dios der-

rama sus bendiciones sobre la cabeza de la mujer prudente.

Y en la paternal solicitud con que Dios vé las lágrimas, y atiende las súplicas, y acepta los sufrimientos, y realiza las esperanzas, y premia la virtud, y bendice la abnegacion de la mujer buena, virtuosa y prudente, se encuentra la felicidad del Matrimonio!

La desgracia del Matrimonio sólo es comparable á la desgracia del infierno: para pintarla, seria necesario ir á ese lugar de desdichas eternas á tomar los colores. A esta situacion puede llegarse por dos caminos opuestos: ó por exceso de amor ó por falta de cariño.

Mas el amor sólo producirá este funesto resultado, cuando esté acompañado de la indiscrecion y de la imprudencia.

La mujer que ama, cumple exactamente la prescripcion divina: Deja Padre, y Madre, y todo por seguir á su marido; en él está su corazon, su porvenir, su felicidad, su consuelo y cuanto puede hacerle grata la vida; sus ocupaciones le disgustan, sus visitas le enfadan, su ausencia le contraría y su tardanza le infunde sospechas.

En este estado, si la mujer no es bastante virtuosa, si no es bastante discreta, si no está penetrada de su mision, si no se ha preparado para cumplirla, si no tiene un consejero que la dirija, si no se ha rodeado de las precauciones señaladas ántes. . . . entónces, ¡ay! la desgracia del Matrimonio es la terrible espada de Damocles, penetrante y filosa, que está colgando sobre su cabeza. El corazon de la mujer es accesible á todas las impresiones que están relacionadas con el amor, y desgraciada la mujer que dé acceso en el suyo á la pasion de los celos!

Si la mujer es buena, discreta y virtuosa, sospecha y calla, observa y calla, sufre y calla, implora y calla, espera y calla. Aparenta una tranquilidad que á la vez que llena de complacencia á su esposo, le infunde el temor saludable de alterarla, obligándole á abandonar sus desvarios: trabajo, en lo general, poco costoso, porque una pasion indigna nunca domina un corazon honrado.

Derrama en el hogar todos los atractivos de sus gracias, todas las gracias de sus encantos, todos los encantos de su solicitud, toda

la solicitud de su ternura, toda la ternura con que pretende encadenar al suyo el corazón que se le escapa.

Reune sus esfuerzos para hacerse á su esposo más amable y más querida; centuplica las manifestaciones de su amor, de su discreción y de su ternura, y le hace dulce la permanencia á su lado, pues sabe muy bien que mientras más cerca está el hombre de sus deberes, se halla más lejos de sus faltas; mientras más grato encuentra el amor que la Iglesia le impone con sus preceptos, más odioso le parece el que la Iglesia le niega con sus prohibiciones; mientras más vivamente siente la tranquilidad que asegura en su corazón la virtud, más horror le inspiran las congojas que lo despedazan en la senda del crimen; mientras más tierna encuentra á su Esposa, más le repugna la idea de ofenderla. Y la mujer logra al fin con su prudencia, con su discreción y su virtud, retener al hombre, de una manera insensible, en el círculo de su hogar, de sus afectos lícitos y de sus deberes.

La mujer vulgar que no reflexiona, que no cree, que no espera, y podíamos agregar, que

no ama, se deja arrastrar por la pasión de los celos; por esa pasión cuya chispa, no encontrando en el corazón que ha invadido ninguna virtud que la sofoque, pronto se convierte en un incendio; toma pávulo en la curiosidad, la altivez, el orgullo y las pasiones innobles, consume los buenos instintos, derriba la reserva que se apoyaba en una base que ha sido carbonizada por el fuego; ella misma es presa de los sacudimientos más irregulares, y el humo que de esta destrucción se levanta, forma una densa nube que cubre su vista; y los feroces instintos que se exaltan en su corazón, hacen de ella una furia terrible, porque se agita encima de todas las consideraciones, á la vez que ridícula, porque está por el cuello atada á la cadena de su impotencia.

Comienza por elevar sus sospechas á la altura de hechos consumados; pregunta al hombre lo que éste le ocultará si la estima, y le descubrirá sin embozo si la desprecia, haciéndole la más humillante revelación de su odio; toma en su mano débil y convulsa la caña rota de su derecho ultrajado como cetro de burlas; impone prohibiciones á quien no tiene dere-

cho de mandar, y cuando por lo mismo no puede hacerse obedecer; lo aleja con sus impertinencias de su lado, de su hogar, de sus afectaciones, de sus deberes, y lo empuja, con sus exigencias, al abismo sin fondo de su perdición, de sus afectos reprobados y del crimen.

Ella á su vez, arrebatada por un vértigo que no la deja reflexionar, y dominada por una pasión que no le permite contener sus arrebatos, resuelve vengarse por el mismo medio: rasga el velo del pudor, huella los juramentos que hizo en los altares, tala el terreno en que la Iglesia sembró sus bendiciones y sus promesas, desploma el edificio de su felicidad, profana el santuario de sus más sagradas obligaciones, mancha y deja perder en el fango del oprobio el nombre y la honra que recibió en depósito, y se precipita, como Saffo, en el Léucade del crimen. . . .

Si pasado este siniestro doméstico vuelve la reflexion, el hombre busca á su Esposa para recobrar su bienestar; pero ¡ay! que no encuentra en ella más que una mujer degradada y envilecida: busca la ternura que para él elaboraba su casto seno, y encuentra éste su-

cio, profanado y corrompido; apela al corazón que dejó latiendo al impulso de un amor puro y sublime, pero está ya gangrenado por un amor nefando y criminal; se empeña en salvar su honra que le es tan necesaria en la vida, y el nombre que heredó de sus Padres, y ambas cosas yacen por el lodo como plantas en putrefacción que han sido arrancadas de sus invernáculos; sus sentimientos de Padre se apresuran á salvarle de la ruina en que se encuentra como Esposo, y busca con avidez á sus hijos; pero al estrecharlos contra su corazón, le asalta la duda de si en efecto le pertenecen, y en vez de tomar la medicina apura el veneno.

La mujer á su vez, acosada por los remordimientos, sueña con el perdón y se arroja á los piés de su Esposo; pero éste, viendo en ella el instrumento de su deshonor, la rechaza con indignación y la escupe con el desprecio; y aquella, viendo en éste la causa de su mal, y en su conducta la más marcada injusticia, sintiendo sofocado su noble impulso, se levanta con nueva osadía, le corresponde con una carcajada de escarnio, le fulmina la amenaza de seguir

deshonrándolo, y arroja un puñado de cieno sobre la envilecida frente que la sociedad ha marcado con el ridículo y la burla, con el deshonor y la afrenta.

Estos males, cuya causa principal está en los celos, son muy fáciles de evitar cuando aún no se presentan; pero una vez llegados á esta altura, son irremediables.

A los desgraciados que han llegado á ser víctimas de ellos, más les valdria, como al apóstol traidor, no haber nacido; pero ya que tuvieron la desdicha de venir al mundo, no les queda otro medio de descanso que la muerte, ni otra esperanza de consuelo que consumir su vida entre las lágrimas de fuego que ponga en sus ojos la expiacion, para llorar su error funesto.

Rechazados por la Sociedad ultrajada, sólo puede abrirles sus puertas la Misericordia Divina, en cuya inmensidad caben cómodamente los criminales y los desgraciados.





EL HOGAR.



DESPUES que la mujer se levanta del altar donde ha realizado sus más ardientes ilusiones, donde ha visto cumplidas sus más lisonjeras esperanzas, donde ha satisfecho sus más vehementes deseos, donde ha escuchado las más severas máximas, donde se ha ligado por los más solemnes juramentos, queda revestida con los magníficos atavíos de la gracia del cielo, y es saludada con el respeto del mundo; es felicitada por las consideraciones de la sociedad; se entrega á la plácida alegría que su familia le proporciona; oye los votos que todos hacen por

su completa ventura, y su corazón se conmueve á la acción de las infinitas emociones que se suceden sin cesar en la cortísima duración del festín de la boda.

Estrecha mil manos, contesta mil saludos, recibe mil parabienes, llena sus labios de frases de gratitud. . . . después se separa de su familia. En el vaso de su felicidad, cae una gota de amargura.

Se separa de sus Padres y de sus hermanos; se aleja de esos seres queridos que la han acompañado durante su vida; y dejando detrás de sí todas sus afecciones, se apoya en el brazo de su esposo y sigue sus pasos. Sus ojos físicos buscan en su derredor á las personas á quienes siempre ha visto á su lado, y los ojos de su consideración se las representa inconsolables, llorando por ella. . . .

Por la primera vez va á abrigarse bajo otro techo que el paterno. La transición no puede ser más fuerte: solamente el amor es capaz de dulcificarla.

Ayer llevaba el nombre de sus Padres; hoy lo ha cambiado por el de su esposo: ayer su Religión y sus deberes la alejaban de este hom-

bre con sus prohibiciones; hoy sus deberes y su Religión, la acercan á él por sus preceptos: ayer la sociedad habria lanzado sobre esta union tan íntima, el anatema de su reprobacion; hoy le tributa el homenaje de su respeto: ayer era la hija de la familia; hoy es la reina del Hogar.....

Con el paso vacilante por la fatiga, y los ojos nublados por la emocion, penetra por primera vez á este santuario.

Como la primera mujer, al salir de las manos de Dios á la vida, en el Paraíso, ella se encuentra comenzando una vida nueva, dominada por las mismas emociones: aquella delante de un hombre, desnuda de todo ropaje; ésta delante de un hombre, desnuda de toda ficcion: aquella encontró en su derredor todo lo que era necesario á su vida; ésta encuentra en torno de sí todo lo que puede contribuir á su comodidad: aquella tenia un precepto supremo que cumplir; ésta tiene una mision sagrada que llenar: aquella tenia en expectativa, como recompensa, la inmortalidad; ésta tiene la tranquilidad del espíritu como recompensa: aquella iba á ser la Madre

del género humano; ésta va á ser la Madre de una familia: aquella hizo infeliz á la humanidad por no haber obedecido un precepto; ésta hará la desgracia de sus hijos si no llena sus deberes. . . .

Pero la parte más delicada de su mision ha comenzado. Ay de la mujer que no sepa cumplirla!

Para los primeros dias del matrimonio, no es posible fijar reglas generales: los ratos que dejan libres los quehaceres del esposo y el cumplimiento de sus deberes sociales, los llena la felicidad que rebosa de aquellos dos corazones que se pertenecen, y aquellas dos almas que han ascendido hasta el trono de Dios, entre el humo del incienso y los himnos dulcísimos del santuario, se extasian en los más puros trasportes, y el amor, que es la base de tanta felicidad, hace del hogar un Paraíso.

Pero nuestras humildes indicaciones no son para estos días de entusiasmo febril que desgraciadamente pasa pronto; están encaminados á arrojar una chispa de luz en el resto de la existencia.

Está dicho ya: la mujer es la reina del ho-

EL HOGAR.

79

gar: su primer cuidado debe ser entronizar en él la felicidad, y la felicidad para su esposo, que á toda costa debe procurar aunque tenga que poner algo de la suya propia.

El hogar debe ser el punto en que la mujer ejerza su poder, y en que el hombre encuentre descanso en su fatiga, consuelo en sus dolores, alivio en sus males, aliento en su marcha, esperanza en su adversidad, alegría en su tristeza, paz en su vida; y este conjunto de bienes, que no puede ménos que hacerle grato el lugar en que los encuentra, no pueden ser preparados, sostenidos, y por decirlo así, aclimatados, sino por la mano de la mujer, guiada por su virtud, inspirada por su amor, ayudada por su discrecion y satisfecha por el cumplimiento de su deber.

La mujer casada debe tener presente que no se pertenece á sí misma: pertenece á su esposo, pertenece á sus hijos, pertenece á su familia, pertenece á su hogar.

Como su mision es tan elevada, se debe despojar de todo lo frívolo; como ha de estar siempre ante la vista de su esposo, ha de alejar de sí todo lo vano; como ha de ser el mo-

delo de sus hijos, se ha de rodear de todo lo que es digno de imitarse.

La mujer frívola y vana, si es soltera, inspira indiferencia; si es casada, inspira desprecio: en el primer caso, se hace desgraciada á sí misma; en el segundo, labra la desgracia de toda una familia: la primera es susceptible de correccion; la segunda es incorregible.

La mujer que consume en su tocador y en su persona los productos de sus rentas, es una *mujer*; la que consagra al lujo el producto de los afanes de su esposo, es una criminal: no conoce, insensata, las alternativas á que todo está sujeto en la vida; no sabe, ignorante, que si hoy se rodea de lo superfluo, se expone á carecer mañana de lo indispensable.

Ya lo hemos dicho en otro lugar: La base de la abundancia en una familia, la determinan un hombre trabajador y una mujer económica. Es, pues, la economía una de las principales cualidades de una mujer, y tan necesaria, que sin ella no es posible que gobierne con acierto su casa.

Montaigne ha dicho: «según lo que me ha enseñado la experiencia, requiero en una mu-

jer casada, sobre toda otra virtud, la virtud económica; ésta es su principal cualidad, y que se debe buscar ante todo como la única cosa que sirve para salvar de la ruina nuestras casas.»

Y no se debe confundir la economía con la miseria: en una casa en que hay economía, aunque no posea bienes de fortuna, se ve reinar el aseo, por todas partes luce la limpieza, el orden preside todos los actos de la vida doméstica; aunque los manjares sean pobres, son sanos, abundantes y bien condimentados; jamás falta nada de lo necesario, y se cuenta siempre con un sobrante; por el contrario, donde no existe la economía, todo estará marcado por la mano del despilfarro: objetos de lujo sin uso y sin aplicación, esparcidos aquí y allí, en el más completo desorden, todo se resentirá del abandono; abierta la puerta á los abusos, las pérdidas serán frecuentes, los manjares escasos y de mala calidad, estarán revelando la miseria con que los criados los disponen, consumiendo en su provecho la mayor parte del presupuesto que les está asignado; y de los moradores de una casa de esta especie,

puede con toda propiedad decirse que son «pobres en medio de las riquezas.»

La consecuencia de la falta de economía, en una casa en que abundan los recursos, es el desórden; en una casa en que son escasos, es la miseria. Y la miseria, cuando Dios la envía, es un fuego de purificación; cuando el hombre la ocasiona, es un potro de tormento.

Nada hay que afecte tanto el corazón de un hombre, como la miseria; nada que lastime tanto su espíritu, como la presencia de esta calamidad.

Cuando se ha entronizado en su hogar, éste se le hace odioso, se aleja de él lo más que le es posible, y las humillaciones con que la sociedad abate la miseria, las recrudecen las humillaciones á que en su propio hogar lo sujetan: la presencia de tantas necesidades no satisfechas, la multiplicación de tantas amarguras no aliviadas, las exigencias de tantos compromisos no cumplidos, las recriminaciones de tantos deberes abandonados.

El grito de angustia que del centro de su familia se levanta, hiere sus oídos y despedaza su corazón: su llegada á la casa, no produce,

como otras veces, en el ánimo de los suyos, la alegría de un bien que se aguarda, sino el dolor que causa una esperanza que se desvanece.

El amor languidece, pues no queda lugar para sus manifestaciones, que son su elemento; y al fijar los ojos en el objeto amado, cuya presencia debía producir un consuelo, no se consigue más que aumentar los sufrimientos.

Si en este estado no ha intervenido la voluntad humana, el hombre y la mujer son dos víctimas de la justicia ó dos objetos de la misericordia divina; si es por el contrario debido á uno de los dos, éste hace el papel de verdugo, y en este caso, la angustia del culpable no se puede describir, porque se apoya en los remordimientos.

La mujer que se halla penetrada de su misión, debe evitar este mal á toda costa, para que, si por la voluntad de Dios le sobreviene, pueda, con la tranquilidad de su conciencia y los recursos de su virtud, disminuir los padecimientos de su esposo, hacerle sacar de ellos todas las ventajas morales de que son susceptibles, y alejarlo de la desesperacion, derra-

mando en su espíritu el consuelo por medio de esta angelical y divina palabra: espera!

Es tanto más necesario que la mujer por sí misma procure arraigar en su corazón esta virtud, cuanto que su esposo no puede inculcársela: su vanidad y su amor no se lo permiten.

Otras virtudes puede adquirirlas á su lado, en la segunda educación que de él recibe: ésta debe tenerla de antemano: ella constituye su dote.

El capital del hombre que no tiene bienes de fortuna, solamente se adquiere con el trabajo; y sea cual fuere su procedencia, solamente se conserva con la economía.

Los deberes que en este sentido tienen los dos esposos asignados, están perfectamente definidos: el hombre tiene el deber de adquirir: la mujer tiene el deber de conservar.

Que no lo pierda de vista la mujer: el despilfarro engendra siempre la miseria; la economía es el principio de la abundancia.





LOS PASATIEMPOS.

— 38 —

SI fuera posible que la pasión que inunda el alma de la mujer en los momentos en que se une al hombre que su corazón ha elegido, durara toda la vida, nada le faltaría para que su dicha fuera completa; pero ésta pasa más ó ménos pronto, y el corazón que parecía sucumbir á la influencia de tantas impresiones fuertes, poco á poco comienza á restablecer el reposo de la vida, y entra al fin á la vida del reposo.

El amor de su marido se conserva en pié, pero ya no tiene por base la ilusión que se ha desvanecido: ahora se apoya en la estimación que crece todos los días.

El hombre se acercó á su amada por la accion poderosa de la simpatía, y hoy se mantiene á su lado por la accion irresistible del cariño; la habia amado graciosa y bella, y hoy la ama inteligente y virtuosa; habia admirado con éxtasis sus perfecciones, y hoy ama con idolatría sus cualidades; habia amado con frenesí á su prometida, y hoy adora con reflexion á su esposa.

Es verdad, como dice el abate Gerard, que el hombre no ama ya á su esposa con aquel amor ardiente y apasionado que abrigó primero: el amor reposado y tranquilo con que la seguirá eternamente amando, descansa sobre un cimiento más sólido: aquel pendia de un gusto pasajero y podia perecer; éste se halla ligado á las cualidades del espíritu y del corazon, y durará como ellas: aquel no estaba al arbitrio de la mujer el evitar perderlo; éste sí está en su mano el conservarlo: el primero podia el hombre veleidoso pasarlo á otra; el segundo no puede ser más que de ella: el uno tenia su origen en la casualidad; el otro tiene su ramificacion en el alma: el del amante, en fin, estaba sujeto á las murmuraciones del

mundo; el del esposo ha merecido las bendiciones del Cielo.

Entrando ya al curso natural de la vida, sistemada la marcha de la casa, asignados su puesto y sus quehaceres á todos los habitantes de ella, vencidas, en fin, las dificultades de los primeros dias, el trabajo de la mujer como jefe de la casa, está reducido á la vigilancia, y durante la ausencia de su esposo, necesita buscar un entretenimiento en que ocupar las horas de su descanso.

El primero que desde luego se presenta á la mujer, es la lectura; y los libros que se encuentran más á su alcance, son las novelas.

Esta clase de lectura es solicitada con avidez por las jóvenes: su imaginacion, ardiente por naturaleza, encuentra en ella un alimento abundante con que se nutre, y un campo vastísimo en que se deleita y se extasia; su pensamiento, poco acostumbrado á reflexiones sólidas, se amolda fácilmente á las variadas y frívolas escenas que sucesivamente va encontrando; su corazon, sensible por excelencia, encuentra episodios que tan vigorosamente excitan su sensibilidad; y su alma, orgullosa

con el amor que la inunda, se regocija al ver pintado con tan vivos colores el sentimiento que forma su ventura.

Pero ¡ay! que entre aquellos alimentos que deleitan la vista, se oculta el veneno que produce la muerte; la imaginación se extravía en el abismo de aquella inmensidad desconocida; la violenta excitación que pone en juego su exquisita sensibilidad, rompe sus más delicadas fibras, produciendo una llaga gangrenosa; el sentimiento delicado y tierno que embellece su alma, elevándola hasta la divinidad, se convierte en una sensación torpe y grosera que es capaz de degradarla hasta el envilecimiento.

La lectura de novelas introduce en el corazón de la mujer el germen de un mal cuyas consecuencias no pueden concebirse: comienzan por arrebatarlo, haciéndolo latir al impulso de emociones desconocidas; lo subyugan con la magia seductora del arte; bajo el antifaz de una virtud que cautiva, presentan disfrazado un vicio que descubierto sería rechazado con horror, y encubierto acaba por hacerse agradable; el malvado se llega á hacer

interesante, y los falsos raciocinios puestos en sus labios, cubren con un barniz de justificación sus depravados intentos: con la mayor habilidad se encadena la atención en una intriga vergonzosa; y como los interesados en ella se han hecho simpáticos, la voluntad desea para ellos el triunfo, y este deseo se arraiga profundamente en el corazón, ántes de que la cabeza tenga tiempo de calificarlo y la conciencia pueda hacer oír su voz para maldecirlo.

Hay otro mal muy grande en la lectura de novelas, en que acaso no se ha fijado la atención.

Uno de los conocimientos más necesarios para conducirse con acierto en el mundo, es el conocimiento del hombre, que para adquirirlo prácticamente no alcanza, ni con mucho, la existencia; y el que, si para el hombre cuyo género de vida tiene tantos medios, es harto difícil, para la mujer cuyo género de vida presenta tantas dificultades, es enteramente imposible.

La lectura tiene hasta cierto límite la facultad de presentarnos al hombre tal como es: la lectura de novelas tiene la felonía de hacer

aparecer al hombre como nunca ha sido y como no será jamás.

La inexperta jóven que tiene la fatalidad de entregarse á esta lectura, se forma, por decirlo así, una sociedad quimérica de los séres imaginarios que sus novelas le presentan en sus ficticios personajes, elevados al rango de semi-dioses; su vanidad la lleva —sin pretenderlo— hasta identificarse con la figura más prominente de toda la turba de deidades, y se eleva, y se eleva en sus tertulias artificiales, y se aísla, y se aísla con sus tertulianos imaginarios; y cuando cierra el libro, que tan á lo vivo le pinta la ilusion, cae en la más desconsoladora realidad, todos los hombres le parecen pequeños, y ella á todos les parece fastidiosa y les llega á ser insoportable.

Rousseau, al tratar de la lectura de novelas, ha sentado una máxima que no por ser muy alarmante deja de ser muy cierta: «una jóven virtuosa — dice — jamás ha leído novelas.»

El abate Gerard — ántes citado — se expresa en este sentido: «Es menester guardar ante todas cosas el corazon, y las novelas, por decentes que se supongan, lo seducen y lo ar-

rastran: ablandan desde luego el alma y la enervan; le quitan aquella rigidez de principios y aquel carácter de vigor y de firmeza que acompañan y que sostienen á la virtud; despues inspiran á un corazon jóven una sensibilidad vaga é incierta; le hacen experimentar necesidades ficticias, y que seguramente no tenia; le hacen suspirar sin que sepa bien por qué; este corazon enternecido más y más, desfallece y no ama todavía; pero procura amar, y no aguarda más que un objeto para fijarse; un dulce y seductor delirio le apega á objetos imaginarios á falta de un objeto real: el objeto se presenta, y sin más eleccion el corazon se determina.

«Encantado por lo que experimenta, prevenido por las imágenes que se le han trazado ya del amor, se reprocha todo el tiempo que ha pasado sin conocerlo. La imaginacion se inflama, todas las pasiones se encienden, los sentidos mismos adquieren una actividad peligrosa y precoz, y el espíritu se hace culpable despues de la lectura de esos libros.»

«De aquí—agrega—esa mezcla que en ellas se nota de sentimientos falsamente heroicos

y de situaciones verdaderamente críticas para las costumbres y para la virtud; de aquí esas expresiones decentes que cubren ideas poco castas; esas imágenes vivas y rápidas que des-arreglan la imaginación, todavía menos por lo que representan que por lo que dejan adivinar; esas descripciones sencillas que hacen deslizar lentamente el vicio en el alma y el fuego en las venas.»

Lo que principalmente debe procurarse en la lectura, es instruirse, y con la lectura de novelas ésto no puede realizarse.

Las novelas divierten, pero no instruyen; y en fuerza de alimentar el gusto por lo agradable, lo inhabilitan para lo útil.

En la lectura debe buscarse la instrucción, y en las novelas sólo se encuentra el entretenimiento; y el que lee para instruirse, logra, á la vez, entretenerse; miéntras que el que lee para entretenerse, no logrará jamas instruirse.

Otra clase de entretenimiento, tan frecuente como la lectura y mucho más peligroso, lo constituyen los espectáculos: y una de las causas que más vigorosamente exaltan este peligro, es la generalidad con que están admitidos,

y muchas veces las exigencias con que la sociedad empuja á ellos.

El baile, el teatro y la tertulia, son las tres fuentes principales en que el corazón ciegamente se precipita á beber el veneno que da muerte á la virtud, y los tres poderosos recursos que emplea el mundo para combatir el alma.

El resultado obtenido por la reflexión constante, por las lecturas útiles, por los consejos prudentes, por el trabajo sostenido mucho tiempo, se pierde en una de esas noches de vértigo, de delirio y de desórden, en que el virus sutilísimo del vicio se inocular y por decirlo así, se asimila á la vida del alma, por todos los sentidos que sostienen las funciones de relacion en la vida del cuerpo.

Todos los vicios, todas las licencias, todas las seducciones, todas las faltas, todas las intrigas, todos los peligros, han recibido, de antemano, la más franca y expresiva invitacion: á la virtud, al pudor, al recato, á la decencia y al decoro, se tiene cuidado de negarles el billete de entrada.

Allí se vive de otro modo: lo que condena

el hogar, autoriza el baile; lo que reprueba la razon, admite el uso; lo que en la casa ofende, en el salon lisonjea; lo que nos causa horror ante nuestros propios ojos, nos deleita á la vista de los demás.

La luz de la reflexion se eclipsa ante la luz de las bugías; la voz de la conciencia se apaga con la armonía de la música; los descompasados latidos del corazon, se pierden bajo las cadenciosas notas del compas, el choque de las copas y el murmullo de la alegría; el pensamiento de la perdicion no puede fijarlo el cerebro excitado por la embriaguez, y la ténue nube que vela el espíritu cuando se falta al deber, se rasga y se disipa con el huracan del wals en que se precipita la planta.

Allí todos los sentidos están en accion, pues á cada uno de ellos se ha asignado un importante papel: los ojos chispeantes se deslumbran con el torrente de luz que inunda aquel lago de felicidad, dejando aparecer las irisadas ráfagas en que se descompone al atravesar la trasparente y quebrada superficie de millares de prismas; los ojos sensuales se deleitan con los cintilantes visos de los diamantes que des-

parraman los más vistosos y deslumbrantes colores sobre los animados fondos en que se proyectan; los ojos apasionados se desvanecen al fijarse en los ebúrneos cuellos de tantas beldades, en sus carmíneos labios que dejan escapar las más seductoras sonrisas, en sus alabastrinos senos que voluptuosamente se agitan al impulso de la más deliciosa fatiga y de las más incitantes emociones.

Los corazones laten sin que se pueda definir su sentimiento; y la música, deslizándose por los oídos, se encarga de descifrar estas sensaciones y de excitar los deseos que de ellas se desprenden.

Entre sus irresistibles armonías vibra una nota entusiasta, que cual chispa eléctrica rasga aquella atmósfera caliente, toca todos los oídos, anima todos los semblantes, afecta todos los corazones y enajena todos los espíritus; la mujer, por naturaleza y por temperamento impresionable, siente vibrar en su corazón la fibra del poder, á cuya acción nada resiste; de un solo golpe examina todos sus elementos de guerra, que los forman su hermosura, sus gracias, sus encantos, sus atractivos, sus innu-

merables recursos, y ya no piensa más que en luchar, porque ya no anhela más que vencer. Vence todos los obstáculos, salta por encima de todas las consideraciones, huella sin piedad todos los deberes, rompe sin excepcion todos los lazos, y á esa nota que cual el grito de «abajo caretas» hace caer el antifaz del disimulo, aquella mujer, ansiosa de triunfar en su derrota, se lanza en los brazos del hombre que quizá lleva mucho tiempo de correr tras ella con el depravado espíritu de seducción: con la armonía de la música se mezcla la armonía de la palabra; y la dulzura de las frases, y el atrevimiento de las ideas, y la belleza de las imágenes, y la vehemencia del discurso, y el calor de la improvisacion, y la excitacion del sentimiento, y la presencia de los espectáculos amorosos que sin recatarse se presentan, y la apasionada presion del brazo que la sostiene, y tantos otros recursos del momento, halagan su vanidad hasta el desvanecimiento, exaltan su pasion hasta el delirio, perturban su mente hasta la locura, elevan su entusiasmo hasta el frenesí, subyugan su razon hasta el embrutecimiento, nublan sus ojos

hasta la ceguera, y empujan su inocencia al fondo del crimen, como en alta mar se empuja un cadáver al fondo del abismo.

En este instante suena una nota tierna; y aquel corazón, preparado con tanto artificio, se inunda de ternura, y siente los efectos de la pasión que ya lo domina.....

Se oye una nota amorosa, y el alma dulcemente enamorada, languidece entre los narcóticos efluvios que la rodean y que la embriagan.....

Hiere los oídos una nota marcial, y la pasión reprimida rompe los diques que la contienen, y se desborda; salta á los ojos, se desprende en la corriente interrumpida de un suspiro, se posa lánguidamente en los labios, y el crimen se anuncia con el chasquido confuso y vago de un ósculo lascivo.

Entretanto el gusto se ha cautivado por el refinamiento del arte; el olfato ha recibido su contingente de exquisitos perfumes, y el tacto, como ariete irresistible, ha roto el muro.....

Después de ésto, puede creerse que permanecen en pié el pudor de la jóven, la fidelidad de la Esposa, la circunspección de la Madre,

la virtud, en fin, de la mujer? Que no se nos acuse de exageracion ni de ascetismo, pues no hacemos más que copiar un cuadro del natural con pálidos colores.*

En el teatro, los peligros, aunque ménos próximos, no por ésto son ménos inminentes: preparada la pieza que debe representarse, para cautivar el gusto de la multitud, ella basta para halagar sus más vergonzosas pasiones: los males señalados en las novelas, encuentran allí su representacion.

Amores ilícitos, intrigas criminales, pasiones vergonzosas, toda la parte miserable de la humanidad, se presenta con un matiz que engaña, con un atavío que cautiva, con un poder que subyuga, con un aparato que seduce, con un conjunto que encanta.

Si el poeta ha concentrado todos sus recursos en la composicion, el actor agota todos los suyos en el desempeño.

Los actores, cuya pericia en fingir constituye su talento; cuya licencia en las costumbres

* Al bosquejar este cuadro, no sostengo que siempre sucede lo que está pintado en él: hablo de la posibilidad de que suceda, y en ella consiste el peligro.

llega á serles familiar; cuya falta de ocupaciones útiles les permite dedicarse de una manera absoluta á ocupaciones frívolas; cuyas ocasiones frecuentes, haciéndoles en determinadas circunstancias sentir á solas lo que fingen ante el público, los ponen en aptitud de fingir en el escenario lo que sienten tras de bastidores; que cuentan con la emulacion de la concurrencia, con el prestigio de las luces, con las galas del traje, con la magia de la declamacion, con las gesticulaciones del arte, con la expresion de la fisonomía, tienen los medios necesarios para penetrar al corazon, excitar en él las pasiones, exaltar prodigiosamente la imaginacion, romper el freno de la moral y por lo ménos hacer bambolear el trono de la virtud, si no se derrumba por completo.

En las tertulias, aunque en menor escala, se presentan análogos inconvenientes: el lujo, los adornos, la facilidad de ostentar los dones del talento, de la habilidad, de la inspiracion; el vehículo que se presenta á las simpatías para penetrar á los corazones, el concurso de personas de ambos sexos, etc., todo conspira á hacer faltar á los deberes.

La envidia ocupa un lugar muy preferente: un adorno más elegante, un vestido más lujoso, una joya más rica, excitan la codicia de las mujeres que no los poseen, les causan un vivo disgusto y derraman la hiel en el espíritu: la esposa prudente y económica, se torna en exigente y despilfarrada; sacrifica la paz de su marido á la realizacion de sus deseos, y el alimento de sus hijos á la satisfaccion de su ansiedad.

En las tertulias llamadas «días de campo,» en que se pretende hacer alarde de una sencillez que no existe, las ocasiones son más frecuentes, las circunstancias más propicias, la intimidad más estrecha, las licencias más toleradas, y las caídas, por consiguiente, más inevitables.

Ademas, en todos estos entretenimientos, presiden de lleno los enemigos irreconciliables del alma: allí el *demonio* dirige todos los acontecimientos con su infernal poder: el *mundo* hace ostentacion de sus recursos tan numerosos como eficaces; la *carne* se engalana con todo el esplendor de sus encantos, y toda la magnificencia de sus atractivos: y esta consi-

deracion basta por sí sola, para que el corazon verdaderamente cristiano, condene los espectáculos con toda la reprobacion de sus más terribles anatemas.

Que se recuerde, si no, el dia primero de la vida de la gracia.

En aquel dia solemne, el recién nacido, manchado con el baldon de la primera culpa, es conducido á la fuente bautismal del mismo modo que el paralítico de la escritura á la piscina probática; y así como Jesucristo preguntó á éste: «quieres sanar?» su Ministro pregunta á aquel: «quieres ser bautizado?»

Y hasta que los padrinos han contestado: «Sí quiero,» y hasta que han contraído el compromiso sagrado de hacer obrar á su ahijado en armonía con ese deseo manifestado tan espontáneamente, y hasta que el Sacerdote se cerciora de esta manifestacion, hasta entonces se resuelve á invocar á la Santísima Trinidad en favor del bautizado, porque hasta entonces cree poder administrar el Sacramento augusto del Bautismo.

En aquel dia solemne, el cristiano hizo voto de renunciar al demonio, á sus obras y á sus

pompas, y sus votos fueron recogidos por Jesucristo.

En aquel día solemne manifestó sus deseos de entrar al seno de la Iglesia Católica, y su voluntad atrajo sobre él el Sacramento.

En aquel día solemne declaró creer todo lo que cree la Iglesia, reprobó todo lo que la Iglesia reprueba, adorar todo lo que la Iglesia adora, y sus palabras fueron consignadas en el libro de la vida.

Cuando la muerte venga á señalar su último día, y el alma se presente ante su Juez, se abrirá este libro: y entónces ¡ay de aquel que no haya respetado sus votos! ¡ay de aquel que no haya ratificado sus deseos! ¡ay de aquel que no haya cumplido su palabra! «Más le valdria á este tal no haber nacido!»

En el centro del hogar, en la felicidad del esposo, en el trato de la familia, en la educación de los hijos, en el socorro de los necesitados, en los ejercicios de Caridad, en la práctica de la virtud, en la tranquilidad de la conciencia, se encuentran los verdaderos goces del alma, los que están acompañados de una dulce satisfaccion, los que no están seguidos

LOS PASATIEMPOS.

103

del hastío que es la consecuencia inmediata de los placeres del mundo.

No se trata de excluir con ésto ciertos desahogos necesarios para el espíritu, ciertos placeres solicitados por el corazón, ciertas distracciones indispensables para la salud; es por el contrario conveniente, alejarse un poco del centro de los deberes, para encontrarlos, al volver á ellos, más dulces y más gratos: se deben procurar entretenimientos, sociedad, paseos, lecturas y desahogos, pero léjos de ese torbellino del mundo en que la virtud padece, la moral es atacada, y no puede quedar en pié la inocencia.





LA MATERNIDAD.



HEMOS llegado al punto culminante de la vida de la mujer: á la altura en que despojada de todas las imperfecciones de la humanidad, se presenta espléndidamente ataviada con todos los encantos de la diosa; al templo en que penetramos con respeto á tributarle el homenaje de nuestros afectos; al santuario en que nos acercamos con veneracion á depositar el dulcísimo recuerdo del amor extraordinario y sublime, que formó las primicias de nuestra alma; al ídolo de nuestro culto, al altar de nuestra creencia, á la imagen de nuestra adoracion.....

Hasta aquí hemos estado en la tierra; ahora vamos á trasportarnos al cielo: hasta aquí hemos trasladado al papel nuestras ideas; ahora vamos á trasmitirle nuestros sentimientos: hasta aquí las palabras que se han deslizado de nuestra pluma fueron formadas en la mente; ahora vamos á consignar las que han brotado del alma: hasta aquí hemos abierto los ojos para examinar á la mujer; ahora vamos á abrir el corazon para contemplar á la Madre!...

¡A la Madre! á esa mujer, que arrodillada al pié de los altares, ataviada con la virtud de su corazon y con la gracia del Sacramento, imploró las bendiciones del cielo para santificar su amoroso seno, ese depósito en que se formó nuestra existencia!

¡A la Madre! á ese modelo de abnegacion y de ternura que sin conocernos nos ha amado, y que en los instantes supremos en que al darnos la vida exponia la suya, nos ha dado el complemento de la existencia poniendo en nuestra frente sus castos labios, é imprimiendo en ella su primer beso, que cual una aureola de felicidad se marca y se siente durante toda la vida!

LA MATERNIDAD.

107

¡A la Madre! á ese ángel de bondad que velando la cuna en que dormimos el primer sueño, nos salvó de todas las vicisitudes que rodean los primeros días de la existencia!

¡A la Madre! á ese manantial inagotable de ternura que levantándonos en sus preciosos brazos para acercarnos á su dulce seno, nos dió por alimento su sangre pura, preparada por la naturaleza, convertida en sabrosísima leche, como Jesucristo nos diera la suya, preparada por su misterioso amor, convertida en sabrosísimo vino!

¡A la Madre! á esa deidad que consagrándose exclusivamente á nosotros, en los días en que su ternura nos es tan necesaria, nos forma un temperamento sano, sustrayéndonos á las influencias nocivas de un alimento extraño y mercenario!

¡A la Madre! á ese genio benéfico que recibe la primera mirada de nuestros ojos, la primera sonrisa de nuestros labios, el primer latido de nuestro corazón, la primera caricia de nuestras manos, el primer destello de nuestra inteligencia, la primera lágrima de nuestro

infortunio, y en una palabra, todas las privaciones de nuestra vida!

¡A la Madre! á ese mártir que por conservar nuestra salud se rodea de todas las privaciones, se expone á todas las penas, acepta todos los sacrificios y sólo en nuestra felicidad encuentra su delicia!...

La Madre es la primera mujer á quien saludamos en el mundo: ella nos espera á las puertas de la vida y nos ayuda á dar los primeros pasos: ella adivina nuestros dolores y se apresura diligente á calmarlos; nuestras necesidades, y acude solícita á satisfacerlas; nuestros deseos, y ni un instante se detiene en cumplirlos: ella nos hace juntar las manos y levantarlas al cielo en actitud suplicante: ella forma nuestro corazon grabando en él los preceptos santos de la Moral cristiana: ella nos inspira el gusto por la virtud y reprime las manifestaciones de nuestros malos instintos: ella nos consuela en nuestra tribulacion, y con sus bendiciones nos salva en los peligros de la vida: ella autoriza nuestros castos amores, nos conduce á los altares, nos entrega al objeto de nuestro cariño, desprendiéndose del corazon

al desprenderse de nosotros, ocultando sus lágrimas para no amargar nuestra ventura, y después de haber sido nuestra Madre se convierte en la Madre de nuestros hijos: ella es en fin, nuestra Providencia en el mundo, nuestro amparo en la vida, nuestro Dios en la tierra!

La maternidad es un santuario al que penetra la mujer con todo el esplendor de una diosa; un trono en el que se coloca con toda la magestad de una reina; un tormento al que se abraza con toda la abnegación de un mártir.

La maternidad viene á hacer efectivas en la mujer las promesas de Jesucristo; á fecundar su seno con las bendiciones de la Iglesia; á realizar los deseos expresados en las sublimes y poéticas plegarias del Sacerdote al darle las bendiciones nupciales; á conservar viva en el corazón de su esposo la llama pura del amor conyugal; á afirmar en el suyo la virtud que debe transmitir con la leche de su seno al hijo de sus entrañas; á establecer un nuevo lazo de unión entre dos corazones identificados en el mismo afecto; á elevar su amor de hija hasta

la altura que le corresponde, por el conocimiento que le da de la inmensa deuda de gratitud, de respeto y de cariño que tiene contraída con su Madre; á embellecer su alma, realizando las virtudes que la han adornado, ó á purificarla destruyendo los vicios que la han envilecido. . . .

Por mala que sea una mujer, no puede ser una mala Madre: pues si los preceptos de la Religión no la han obligado á ser una mujer casta; si las prescripciones de la moral no la han impelido á ser una Esposa fiel, la presencia de su hijo basta para hacer de ella una excelente Madre: si pudo manchar su conducta con una falta que sólo debió afectar á su conciencia, no puede mancharla con un crimen que se va á reflejar sobre la frente candorosa y pura de su hijo, en la que vé brillar la aureola de amor que le colocó en su primer beso: si pudo abandonar sus deberes cuando marchaba sola por la vida, no puede alejarse de ellos cuando su hijo la sigue sin desviarse: si pudo una vez profanar su seno, cuando solamente era el depósito del honor de un hombre, no puede profanarlo desde que ha sido el

LA MATERNIDAD.

III

depósito de un sér formado á imágen y semejanza de Dios.

La maternidad debe ser la tumba de los vicios y las imperfecciones de la mujer, porque es el pedestal de su grandeza, de su poder y de su gloria.

Madres disipadas que formais una excepcion de esta ley que es general, porque es la del deber! que quereis perpetuar en vuestra existencia las frivolidades de la juventud, y arrojaís de vuestra frente esa corona que no sois dignas de llevar porque no sois capaces de sostener! que la responsabilidad que teneis contraída ante vuestra conciencia, ante vuestro Esposo y ante la Sociedad, la declinaís en una mujer desconocida, mercenaria, y tal vez culpable, para entregaros sin restriccion á vuestros reprobados placeres! que negais el jugo de vuestro seno al sér que se ha formado en vuestras entrañas! que consentís en que la naturaleza naciente de vuestro hijo se inocule con una leche elaborada en una naturaleza corrompida por la enfermedad ó viciada por la incontinencia! que renunciaís á las caricias y á los afectos de este hijo desgraciado, que

inocentemente consagra unos y otras á una mujer, acaso una prostituta, que cree cumplir sólo con amamantarlo, pues cree que este alimento es lo único que os ha vendido! que siendo Madres á medias, exponéis al hijo de vuestro amor á identificarse con el hijo del crimen! Volved sobre vuestros pasos, ved que si os alejais de vuestro hijo, el esposo se alejará de vosotras; ved que si buscáis vuestros placeres léjos del deber, el esposo léjos del deber buscará tambien los suyos; ved que si sois una Madre indolente, no teneis derecho de ser una esposa considerada!

Volved sobre vuestros pasos, y procurad borrar estos primeros extravíos con las lágrimas del arrepentimiento.

Amantes ó esposas que estais llamadas á ser Madres, penetraos de la sublimidad de esta palabra, de la alta significacion que tiene, de los sagrados deberes que impone, y de los heroicos sacrificios á que obliga! Penetraos del esplendor, de la magestad y de la abnegacion con que se debe entrar á la maternidad; penetraos de que entre vuestros más sagrados é ineludibles deberes está el formar el cora-

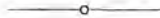
zon de los hijos; persuadíos de que en vuestras manos está su suerte y en vuestra conducta su ejemplo; preparaos para llenar vuestra delicada misión, y trabajad para evitar los remordimientos que torturan el alma de las que no saben cumplirla.

Mujeres, en general, que no sois Madres, pensad en que podeis llegar á serlo, y embelleced vuestra alma para que reciba esta santificación; preparad vuestro espíritu para que esté pronto á comprender sus deberes; purificad vuestro corazón para que palpite á impulsos de este placer; disponed vuestra frente para que ciña esta corona; tened presente que vuestra felicidad está pendiente del cariño de un esposo, y que detrás del amor que os ofrece un amante, está el amor que os impondrá el hijo, y que vuestro deber, vuestras aspiraciones y vuestra misión, están encerrados en la maternidad.





LA EDUCACION.



SI la maternidad es la parte más noble de la vida de la mujer, la educacion de los hijos es el complemento de la maternidad.

A medida que las tinieblas que rodean la cuna del infante, se van disipando, los elementos que comienzan á aparecer en la organizacion del niño, lo van disponiendo; y la Madre, que como el Angel de la vida ha cubierto con sus cuidados aquella cuna, como el Angel de la guarda no deja de vigilar ni un solo instante de aquella existencia: y preparada con esa ciencia infusa, privilegio exclusivo de la Madre, que le permite adivinar los sentimien-

tos nacientes y las ideas embrionarias de su hijo, comienza la penosa y difícil, á la vez que natural y agradable tarea de la educacion.

La Madre, y sólo la Madre, puede penetrar á ese abismo que constituye la vida moral del hombre futuro; ella, y sólo ella, puede leer en ese corazon, cuyos latidos solamente al suyo se trasmiten, los buenos instintos que debe impulsar para convertirlos en virtudes, y los instintos malos que debe apresurarse á destruir para no dejar que se conviertan en vicios; ella, y sólo ella, puede ver lucir los primeros y pálidos destellos de una inteligencia naciente, que debe cultivar con ese tacto exquisito que sólo ella tiene, para no activarla mucho, haciéndola perecer de fatiga, ni suspender su desarrollo dejándola perecer por falta de accion; ella, y sólo ella, sabe decidir si esos gestos confusos y esos sonidos inarticulados que arrojan unos labios acabados de abrirse, son la expresion de una necesidad que se debe satisfacer, ó de un capricho que se debe reprimir: ella, y sólo ella, puede emprender con acierto la primera educacion, y por ésto á ella y sólo á ella le está encomendada.

La educacion, tomando esta palabra en su sentido más lato, comienza cuando nace el niño, y no termina sino cuando muere el hombre; y todavía son más amplios estos límites, que á primera vista parecen los extremos: pues muchas veces el feto se resiente de las enfermedades ó emociones de la Madre, y muchas veces tambien se evoca una memoria querida para presentar un ejemplo, ó se acude á un sepulcro venerado para solicitar un consejo.

Cuántas veces viene á influir de una manera decisiva en la educacion de un jóven, una leccion de ultratumba!

La educacion debe comprender el desarrollo físico, á la vez que el perfeccionamiento moral. En los primeros dias de la existencia se atiende á estos dos objetos, simultáneamente: pues así como la leche que del seno de la Madre corre por los labios del hijo, y desparramándose por todo su organismo asimila en él los principios vitales que contiene, así tambien los sentimientos morales, que, por explicarnos de este modo, corren disueltos en este primer alimento del cuerpo, se desparraman en todo el espíritu para asimilarse en el alma.

Es admirable, en efecto, la relacion tan íntima que existe entre la marcha general del sistema físico y el sistema moral del individuo: una emocion fuerte de susto, de cólera, de dolor ó de alegría, activando la secrecion de ciertos humores, hace que éstos se mezclen á la sangre, y se deslicen al traves de las glándulas que secretan la leche, envenenándola ó corrompiéndola; y es muy frecuente el caso de que las Madres, obedeciendo á un instinto ciego, cuya causa tal vez ignoran, se apresuran á quitar el pecho de los labios de su hijo, cuando son víctimas de estas impresiones; ni más ni ménos como lo hace el que en el momento de caer extiende las manos — sin comprender la razon mecánica de este movimiento — para buscar un apoyo que lo detenga, ó para libertar, por lo ménos, de los efectos del golpe, la parte más noble y delicada del cuerpo.

La naturaleza, tan sábia y tan admirable en sus prodigiosas manifestaciones, con esa inteligencia secreta y previsoras que no comprendemos, pero que no podemos ménos de admirar, relaciona las propiedades particulares de la leche de la Madre, con el desarrollo progre-

sivo y las necesidades consiguientes del hijo.

En los primeros dias en que las funciones comienzan á iniciarse, y el organismo contiene aún humores viciosos ó nocivos, que es necesario expulsar, la leche es más serosa, más clara, ménos alimenticia y más purgante; y á medida que el crecimiento va depurando el organismo y activando las funciones, la leche va espesándose y siendo más nutritiva.

Relacionando estos efectos fisiológicos con los morales, se comprende sin esfuerzo que siendo el instinto de la conservacion el primer signo de las facultades animales, el niño busca naturalmente el pecho que lo nutre; en fuerza de buscarlo, y encontrarlo siempre dispuesto á satisfacer su necesidad, llega á amarlo; y ántes de que sus labios puedan abrirse para articular el sagrado nombre de Madre, ya su corazon alimenta el gérmen del cariño dulcísimo de hijo; y este sentimiento, que no puede trasformarse en ideas, ni traducirse en palabras, se manifiesta en caricias, en suspiros y en sonrisas.

Dichosa la Madre que puede recoger estas primicias del corazon del hijo!

Dichoso el hijo á quien una mujer extraña no ha defraudado tan pura ofrenda, digna solamente de ofrecerse á la Madre!

Dichosa la familia que reconoce en su formacion tan santo origen!

Dichosa la Sociedad que está constituida por familias formadas de este modo!

Dichosos los pueblos que se encuentran representados por estas Sociedades!

Dichosa, en fin, la humanidad, si en todos sus elementos de formacion se llenara debida y concienzudamente la mision sacrosanta de la Madre!

Con las reflexiones que naturalmente se desprenden de estos principios generales, examinaremos — aunque muy ligeramente — los inconvenientes que resultan de que esta primera alimentacion, que la naturaleza ha confiado á la Madre, sea encomendada á una nodriza.

Si la leche que el niño mama ha de formar su sangre primitiva, cuán difícil es que una mujer desconocida, tan diferente en costumbres, en educacion, en género de vida, etc., etc., pueda asegurar al niño que amamanta

un alimento conveniente, un temperamento sano y una salud perfecta! Y qué clase de sentimientos van á constituir sus fundamentos morales, cuando nacen de una moral dudosa!

El estado particular, y áun pudiera decirse la composicion química de la leche de una nodriza, puede ser la conveniente al estado particular del niño para quien se solicita? Y aun cuando sea así, será fácil — por no decir posible — identificar las demas circunstancias para que las sábias relaciones que establece la naturaleza no queden destruidas?

Qué espectáculo tan repugnante presenta á la vista, y qué reflexiones tan desconsoladoras á la consideracion, una de esas mujeres que, habiendo nacido, y vegetado, y desarrolládose en fin, en el abandono y en la abyeccion que caracterizan su clase, ha burlado la vigilancia de la Madre cuyo hijo se le ha encomendado, y se entrega desvergonzadamente á esos ilegítimos amores de que nuestras calles son diariamente el teatro!

Si el niño se inquieta, y llora, y por consiguiente le estorba y llama la atencion de los que están cerca, esa mujer-monstruo apela

al recurso más espedito que se le presenta para contenerlo y acallararlo, dándole de mamar: y mientras el miserable inocente saborea aquel alimento comprado con oro, éste se calienta, y se emponzoña, y se corrompe, merced á la excitacion lasciva con que la incontinencia solapada de esos criminales amores, sostiene sus toscos placeres! . . .

Qué hace en esos instantes la Madre de este infeliz niño que está elaborando su muerte? ¡Ay! acaso consagrada á su tocador se prepara y se atavia para deslumbrar en los salones! Para estas mujeres debería buscarse otro nombre que reemplazara en ellas el nombre que profanan!

Además de ésto, el niño que tiene en el seno de su nodriza el abrigo y el alimento que no encuentra en el de su Madre, llega á familiarizarse con aquella hasta el extremo de rehusar acercarse á ésta; y hé aquí roto el lazo de union que debería ser el más íntimo de la vida, y que mantiene firme y sin menoscabo el pájaro que alegra con sus armoniosos trinos el bosque, y la fiera que ensordece con sus descompasados rugidos las montañas.

Oh monstruosidad! lo que respeta la sangrienta garra de la pantera, es roto por la delicada mano de la Madre!

Creemos haber dicho que los hijos son y han sido siempre considerados como un lazo de union en el Matrimonio; y en efecto, cuando la ilusion pasa, y en el matrimonio no han concurrido las circunstancias que en su lugar se han apuntado, éste corre el riesgo de perderse, porque entónces el amor se debilita, el hogar fastidia, la vida íntima cansa, la carga pesa, los deberes abruman, la razon se ofusca y los sentimientos se embotan: el hombre, alejado de su mujer, insensiblemente se acerca á la infidelidad, y desgraciado de él si no hay una mano que lo detenga, entre tantas que lo precipitan!

La presencia del hijo acude al socorro de su Padre, y éste se detiene á la orilla del precipicio.

Al acercarse á su hijo se acerca á la Madre, se acerca á su hogar, se acerca á su deber: su amor de Padre hace renacer su amor de Esposo; ve á su mujer que sostiene en su blando regazo al fruto de su mutuo amor, y la encuen-

tra bella, virtuosa, pura, casta, amable como siempre; la admira con un nuevo atractivo, recuerda sus primeras impresiones, vuelve sobre sus pasos y se restituye al objeto á quien le entregaron en un dia inolvidable sus más solemnes juramentos!

Pero continuando con la educacion física, es necesario fijarse de antemano en la mision que tiene reservada el hombre, y ponerlo en aptitud de vencer todos los obstáculos y familiarizarse con todas las contrariedades que se le puedan presentar para cumplirla.

El hombre es el habitante de todos los climas, de todas las alturas, de todas las zonas, de todas las latitudes, de todo el mundo. Debe pues acostumbrársele á sufrir, sin que su salud se resienta, el frio y el calor, el sol y la lluvia, los vientos y las heladas; hacer á pié largas travesías, montar á caballo, conducir un caruaje, manejar las armas, nadar, trepar, correr y todo aquello á que puede verse alguna vez obligado: debiendo ser en todo tiempo el protector de la mujer, deben cultivarse sus fuerzas por una fatiga prudentemente calculada; acostumbrarlo á los ejercicios gimnásticos que dan

fuerza, agilidad y salud, y adiestrarlo en las útiles tareas del campo.

Pero todas estas ventajas, léjos de contribuir á su honra y darle prestigio, no harán más que ponerlo al nivel de los brutos si no son guiadas por un espíritu recto, por una moral sin tacha y un corazon generoso y bien formado; y la consecucion de estas cualidades, es el objeto de la educacion moral.

Si la educacion física debe comenzarse en el instante del nacimiento del niño, la educacion moral no debe retardarse ni un solo momento: desde que el cuerpo tiene el sello de la vida, el alma debe ser el objeto de las más diligentes atenciones y de los más solícitos cuidados; y esas manifestaciones tan imperfectas, confusas y vagas de las facultades morales, están revelando la necesidad de una mano que las perfeccione, las desenvuelva y las dirija, ó lo que es lo mismo, de un sér superior que las eduque.

Hay una preocupacion desgraciadamente muy generalizada, que hace retardar la educacion moral hasta que el niño está en disposicion de comprender con cierto grado de cla-

ridad lo que se le enseña: y esta preocupacion, que tanto cuadra con el corazon sensible, el extraordinario cariño y la inmensa ternura de la Madre, hace en el alma estragos muchas veces irremediabiles.

El Abate Gerard la combate con una terminante interrogacion, que envuelve todos los argumentos que en su contra pudieran aducirse.

«Bajo el vano pretexto de que un niño no es racional—dice—¿se aguardará para enseñarle á que lo sea, la edad en que ya debe serlo?»

Las facultades del niño, que se inician desde que nace, no se regularizan sino poco á poco y por grados: y no adelantan sino por esa especie de imitacion que los hace hablar el mismo idioma. Así es que para utilizar esta tendencia imitativa, basta presentarle modelos perfectos, procurando alejar siempre de su vista todo lo que pueda causarle una impresion peligrosa.

El cariño que naturalmente siente hácia su Madre, segun lo demostrado ántes, debe insensiblemente identificarse con el respeto que debe tenerle y con el cariño al bien, base de

las buenas inclinaciones, y del cual es consecuencia inmediata el horror al mal, que es el principio de todos los defectos.

Dado este primer paso y obtenido este primer resultado, él debe servir, por sí solo, para levantar el edificio de toda la educación; pues bastará decirle: esto es malo, para alejarlo ó alejar de su espíritu un objeto ó un deseo; y esto es bueno, para acercarlo á él con toda la fuerza de su voluntad.

En la primera edad son muy frecuentes esos caprichos que revelan una voluntad voluble, un espíritu vacilante y un carácter que aún no se ha fijado; estas circunstancias hacen desear al niño algo imposible, difícil ó inconveniente, y manifestar este deseo con cierto imperio. Si se le satisface desde luego, se alimenta en él la pasión del orgullo; si después de contrariarlo insiste y se le obsequia, se le hace más dulce el triunfo; si de nuevo se le contraría, tal vez grita y llora, y se inquieta: dejadle enhorabuena, vigila sus manifestaciones para reprimirlas, y castígalas ¡oh Madres! esos arranques de ira, que hacen infeliz al hombre de cuyo corazón llegan á apoderarse.

Pero la primera necesidad, el primer trabajo, los primeros esfuerzos para formar el corazón y el espíritu, se deben encaminar á poner en la inteligencia la idea de Dios, y en el corazón el gérmen del sentimiento religioso.

Presentarle á Dios como el autor de su vida, como el conservador de la vida de sus Padres, como el Sér Omnipotente que puede realizar sus deseos, como el dueño absoluto y el criador del Sol á cuyos rayos vivificadores calma el frio que lo hace sufrir; de la luz que lo hace percibir los objetos que le rodean; de las estrellas que cual hermosos brillantes deleitan su imaginacion y cautivan su vista; del relámpago que le hiere haciéndole sentir más vivamente la impresion de la oscuridad; del rayo que rasga la nube y retumbando en el espacio se hace escuchar con horror y con miedo; del hogar en que se halla al abrigo de esa calamidad bajo la custodia de unos Padres que lo aman porque es bueno, y dócil y obediente.... hé aquí los medios más eficaces para conseguir tan felices resultados.

Nuestra educacion religiosa se resiente de los medios poco calculados y áun pudiéramos

decir indiscretos, que se emplean para fomentarla.

Es una buena práctica, que no se puede poner en duda, dar á Dios las gracias por los beneficios recibidos de su mano, é invocar su nombre en el momento de levantarse y de acostarse: pero es necesario, para que esta práctica sea agradable, ligarla al sentimiento y encadenar á ella la voluntad.

Muchas veces hemos visto que un niño, cediendo á la fatiga de sus juegos y á las exigencias de su edad, se entrega al sueño en las primeras horas de la noche; un poco más tarde se acerca á él su ama, lo despierta, le exige que rece, y áun apela á castigos para vencer su repugnancia: de esta manera le hace aborrecer lo que debía adorar.

Otras veces se le aleja de un paseo, se le priva de un juguete, se retarda su alimento, se le contraría, en fin, de un modo ú otro para exhortarlo á una práctica religiosa á la que siempre ha de procurarse el concurso de la voluntad; y por este camino el trabajo resulta contraproducente.

Por el contrario, debe procurarse identifi-

car los deberes religiosos del niño con sus necesidades y sus gustos: si siente la necesidad del hambre, inducirle á que pida á Dios el alimento, y despues de haberlo satisfecho, excitarlo á que dé á Dios las debidas gracias; engendrar en él al mismo tiempo los sentimientos de caridad, llamando su atencion con esta desconsoladora realidad: otros niños no tienen pan!

Cuando el frio le haga sentir el rigor de la intemperie, y el cansancio la necesidad del sueño, hacerlo penetrarse de que en Dios está el remedio, y decirle al proporcionárselo: otros niños no tienen lecho! otros niños no tienen abrigo!

Estas impresiones de compasion, causadas en su mente por la imágen del mal, preparan su corazon para hacerle gustar los placeres del bien.

Su tierna imaginacion favorece para que su espíritu se penetre de la dulzura del uno y los horrores del otro, en esos cuentos infantiles en que se pueden reunir tan bellas máximas y tan útiles preceptos; y habiendo logrado relacionar sus gustos con los de su Madre, ha-

cerle desear todo lo bueno y desechar todo lo malo.

Una de las cosas que más conviene conservar en todo su vigor, es la autoridad; y por ésto la Madre debe tener mucho cuidado al ejercerla para no desprestigiarla.

Antes de dar una órden, debe examinar si es útil, si es necesaria, y si al que tiene que obedecerla no le hacen falta las fuerzas necesarias para cumplirla; trabajar disimuladamente por encaminar el gusto del niño hácia el objeto de ella, y una vez dada, no desistir por ningun motivo, aunque el corazon se haga pedazos.

Con esta mezcla de moderacion y firmeza, la Madre logrará conciliar el amor de sus hijos con el respeto; y éstos verán la autoridad paterna como un apoyo grato, y no como un yugo molesto.

Al mismo tiempo debe dejarse al niño toda la libertad necesaria para que manifieste sus buenos ó malos instintos, y hacerle comprender que las restricciones que se le imponen son debidas á que no sabe hacer un uso moderado de su albedrío: de otra manera no se

puede descubrir el mal que está oculto; y no pudiendo tampoco corregirse, tomará creces, seguirá solapadamente desarrollándose y hará una terrible explosion, cuando no sea posible contenerlo.

Para encadenar el corazon y el espíritu del niño á los sentimientos generosos y á las ideas elevadas, es un medio eficaz, cuando su razon ha comenzado á desarrollarse, hacerle escuchar la conversacion de hombres virtuosos, prudentes, ilustrados y de talento.

El hombre que reuniendo estas cualidades, posee ademas la de una buena conversacion, cautiva y deleita, á la vez que aconseja é instruye; con sus autorizados discursos, cualquier asunto es en sus labios un manantial de doctrina que arrebatara la atencion, ilustra el espíritu y afecta más ó ménos los sentimientos.

El hecho al parecer más insignificante lo describe con tal claridad, lo amplifica con tal acierto, lo pinta con tan vivos colores, lo hermosea con tan bellas imágenes, lo adorna con tan ricas galas, lo examina con tan sano criterio, lo analiza con tan recto juicio y con tanta variedad de conocimientos, que interesando

vivamente á los que tienen la fortuna de escucharlo, excita á voluntad sus sentimientos y sus ideas, encaminándolos por donde le place y arraigándolos más profundamente en el corazon y en el alma.

Y el niño que ve la virtud bajo un aspecto tan seductor, no puede ser indiferente á sus encantos; que contempla el vicio con su espantosa deformidad, no puede dejar de sentir horror por él, y de ratificarse en la resolucion de no seguir nunca sus caminos: su palpitante curiosidad se apodera de los principios y conocimientos expuestos con tanta naturalidad como precision para la completa inteligencia de alguna especie; y en su naciente memoria guarda, juntamente con éstos, un caudal de voces propias, escogidas y adecuadas, que le sirven de mucho en sus primeros raciocinios, y más tarde constituyen un auxiliar poderoso en sus grandes trabajos intelectuales.

Si despues de ésto, la Madre tiene el cuidado de comentar esa conversacion, discutirla y examinarla juntamente con el niño, éste sacará grandes ventajas, pues la semilla que ha recibido no se pierde, sino al contra-

rio, germina, vegeta, florece y fructifica, merced á los trabajos posteriores de la acertada mano encargada de su cultivo.

Concluida esta primera educacion, y preparado el cimiento en que se ha de levantar el edificio, la mujer debe estar orgullosa; la esposa debe quedar satisfecha; la Madre debe sentir conmoverse de placer sus entrañas, porque ha prestado un servicio importante á su Patria dándole un ciudadano honrado; porque ha correspondido á las esperanzas de su esposo, dándole un hijo tierno; porque ha asegurado la paz de su familia aumentándola con un miembro virtuoso; porque ha llenado, en fin, debidamente su noble, difícil y delicada mision en la vida.

Despues de ésto, el hijo siempre reconoce en su Madre al sér querido á cuyo nombre sus ojos se cubren de lágrimas; á cuyo recuerdo palpita su corazon de ternura; á cuyo amor cree firmemente y espera en la felicidad: al sér querido que le llevó en su seno, que le alimentó con su sangre, que le rodeó de precauciones y de cuidados, que le procuró la salud con sus sacrificios, que despertó su intelligen-

cia con sus luces, que formó su corazón con sus doctrinas, que le hizo virtuoso con su ejemplo. . . .

La Madre á su vez, es el depósito sagrado de los más profundos afectos del hijo: es su confidente, es su consejera, es su amiga, es su consuelo, es su felicidad, es su Madre!

Ella recibe las revelaciones de su espíritu agitado; ella conoce los secretos de su corazón conmovido; ella con una abnegación que no tiene límites, «enjuga la primera lágrima de fuego que hace asomar á sus párpados un amor que no es el suyo;» ella lo conduce á los altares; ella lo desprende de sus brazos para entregarlo en los brazos de su esposa; ella lo sigue auxiliando con sus consejos y con sus cuidados; ella recibe en sus manos el fruto de su amor puro, casto, noble y sublime; ella se constituye, en fin, la Madre del nuevo ser nacido bajo tan benéfico nombre, la Madre del hijo de su ternura, del hijo de su amor, del hijo de su Hijo.

Este placer, que es uno de los últimos que el corazón de la mujer experimenta, viene á endulzarle las amarguras de toda su vida, y

á indemnizarle todas las penas que le causó la educacion. Entónces su hijo, convertido en Padre, comprende todo lo que debe á la autora de sus días: entónces puede, en su ternura y en su amor, presentarle su gratitud, acrisolada por la conviccion, como una ofrenda digna de tan alto sacrificio; y entónces la Madre, viendo fructificar en sí las bendiciones de la Iglesia, contemplando una familia sostenida por la virtud, y asegurada de que ésta se ha de conservar ilesa por las generaciones en que se sucedan sus descendientes, despues de levantar la mano para bendecir á los hijos de sus hijos, como Sarah para bendecir á los hijos de Isaac, como Rebeca para bendecir á los hijos de Jacob, puede retirarse tranquila y satisfecha é inclinar la frente para entregar el alma á Dios; para dormir en paz el sueño de los justos; para recibir la palma conquistada con sus virtudes; para ceñir en el cielo la corona de la inmortalidad!





LA INFIDELIDAD.

— 32 —

No siempre en el camino de la vida es lícito al hombre recorrer sendas floridas por entre las frescas y perfumadas rosas de los vergeles; más de una vez se ve en la necesidad de detenerse, sintiendo hundirse su planta en los tostados arenales de los desiertos.

No siempre su vista puede deleitarse siguiendo el vuelo magestuoso y sereno del águila que se cierne en las nubes; alguna vez tiene que retirarla con desagrado, al ver los torpes é irregulares movimientos del inmundado reptil que tiene por habitación el asqueroso lodo de los pantanos.

No siempre se le ve agitarse lleno de alegría en los círculos en que se manifiesta la vida; frecuentemente se le encuentra abatido por el dolor en las regiones de la muerte.

Tal es la triste condicion de la miserable humanidad!

La flor que nos encanta con su hermosura, que nos cautiva con sus colores, que nos embriaga con su perfume, extiende debajo de su purísimo nectario un tallo de espinas. La luz que desparrama sobre todo el universo sus brillantes rayos, distribuyendo en él la belleza, los colores, las formas, la animacion y la vida, envuelta en su bellissimo manto de escarlata, y obedeciendo una ley inmutable, se oculta inflexible en el Ocaso, dejando presa de las tinieblas, del temor, y del espanto, el hemisferio que ha llenado con sus resplandores; el purísimo azul del firmamento que, como un dosel de zafiro cubre el trono de la poética reina de las noches, que entre un cortejo de diamantes recorre magnífica y melancólica su invariable camino, se pierde tras el ceniciento manto de la tempestad, que extendiéndose imponente y aterradora rasga las nubes con sus relámpa-

gos, retumba en el espacio con sus truenos, inunda la tierra con sus corrientes, desgaja el roble con sus descargas, conmueve el mundo con sus manifestaciones, y hace estremecer en su inmóvil asiento á las montañas!

Pero no formará una excepción de esta ley general de la naturaleza, la mujer, que es la más completa de sus perfecciones, y que constituye su obra maestra?

La mujer ¡ay! tiene también sus diversas facetas, y afecta nuestra consideración en muy diferente sentido; y según que su alma es el santuario de la virtud, ó que su corazón ha llegado á ser la madriguera del vicio, se eleva y se sublima hasta confundirse con los ángeles en una altura en que no pueden alcanzarla nuestros ojos, ó se rebaja y se envilece hasta desaparecer en el fango que nos cuidamos de no pisar para que no se manche nuestra planta.

Triste, aunque forzosa, es la transición á que nos vemos obligados; pero debemos esquivarla por egoísmo ó por cobardía? Para no lastimar nuestro gusto, hemos de dejar de cumplir con un deber? Por no sufrir el vértigo

que causan los abismos, hemos de extender sobre ellos una alfombra de flores, que nos haga, al pisarla, precipitarnos á la muerte?

Horrible transición! Hemos contemplado á la mujer divinizada por la virtud; vamos á contemplarla degradada por el crimen: la hemos visto como el custodio de nuestro honor, como el depósito de nuestra felicidad, como el ángel tutelar de nuestra vida; vamos ahora á verla como el padron de nuestra ignominia, como la causa de nuestra desgracia, como el verdugo de nuestro suplicio, como el instrumento de nuestra muerte: la hemos examinado en el altar de la divinidad; vamos á examinarla en la crápula de la prostitucion. Allí le hemos tributado el homenaje de nuestra admiracion y nuestro respeto; aquí tenemos que establecer un abismo entre su abyeccion y nuestros derechos: allí hemos regocijado nuestra alma al ver en ella la mitad de nuestra existencia; aquí tenemos que torturar nuestros sentidos ante la horripilante imágen de la degradacion de nuestra especie: allí hemos temido profanarla tocando su planta con el incienso de nuestra adoracion; aquí con su im-

puro contacto, tememos manchar la saliva de nuestro desprecio, al arrojarla sobre su envidiosa frente!...

Pero no está en nuestra mano retroceder: el que recoge los codiciados diamantes que han de acrecentar su fortuna, tiene que mancharse con el cieno de las aguas, y tropezar con el cascajo de los ríos; el que explota los metales preciosos que sostienen la riqueza del mundo, tiene que vagar entre los peligros y las tinieblas, respirando una atmósfera escasa, sofocante y viciada; y el que se dedica á observar la naturaleza, tiene que estudiar á los monstruos.

A nosotros tiene que sucedernos lo mismo.

Hemos recorrido, aunque á grandes rasgos, la historia de la mujer, alumbradós por la luz refulgente de la virtud. Hemos visto á la niña llenando de consuelo los últimos días del autor de los suyos; y sosteniendo su convulsa mano, que firme le sirvió de sosten cuando tocó las puertas de la vida, acompañarlo hasta las puertas de la muerte: hemos visto á la joven ataviada con todas las galas de la hermosura, de la juventud y del amor, derramando

flores sobre el camino de su amado, encendiendo sus ilusiones, alimentando sus esperanzas, realizando sus ensueños de felicidad, de amor y de ventura: la hemos visto con sus galas nupciales, repetirle sus juramentos, tenderle la mano, y volar con él, ebria de amor y radiante de felicidad, á implorar la proteccion de Dios y entregársele para siempre en los altares: hemos visto á la mujer endulzando la vida de su Esposo, sosteniendo su creencia, aumentando sus alegrías, consolando sus penas, alentándolo en su infortunio y atrayendo sobre él las bendiciones del cielo: hemos visto á la Madre formando en la virtud, en la Religion y en la piedad, el corazon de sus hijos: hemos visto á la abuela, adornando su frente con la blanca corona de su respetable ancianidad, levantar en sus manos á los hijos de sus hijos, y entonando el cántico de Simeon, poner su vida á disposicion del autor de ella, al sentir satisfechos sus deseos: hemos visto su alma volar á la mansion de los justos, á recibir su merecida recompensa, á empuñar la palma de la castidad, á rodearse de la aureola de la virtud, á ceñir la corona del martirio, á

LA INFIDELIDAD.

143

arrodillarse ante el trono de Dios, y rogar más de cerca por sus hijos: hemos visto, en fin, todo el hermoso cuadro que cautiva la vista y enajena el alma, que nos ofrece la mujer embellecida por la virtud; y nada despues de ésto puede ser más desconsolador, que fijar los ojos en la mujer manchada por la infidelidad.

Al huir de su alma la virtud, parece haber huido de su corazon la alegría; la ternura de su esposo viene á pesar como plomo fundido sobre su conciencia; y ésta, revelándose contra las manifestaciones de un cariño que ya no merece, le grita sin cesar con la terrible voz del remordimiento que la acosa y la persigue con la imágen horrenda de su primera culpa, como el Señor gritaba en el Paraíso al primer culpable: Mujer, dónde estás? Dónde está esa virtud que formaba la base de tus atractivos, y que llevaste en dote á tu esposo, á quien tan vilmente la has defraudado?

Dónde está el título que te daba derecho á las consideraciones de la Sociedad, que en un día, entónces tan feliz, como ahora terrible, te saludó respetuosamente con el nombre de Señora?

Dónde está el depósito sagrado del honor de tu marido, que recibiste el memorable día en que al firmar, insensata, el testimonio de tu felicidad, firmaste, infeliz, la sentencia de tu condenacion?

Dónde están esos juramentos solemnes que pronunciaste ante el Ministro de la Religion que te llama hoy á juicio, que Dios mismo recogió de tus impuros labios, y que violaste sacrílega, en un instante de vértigo, en que dejaste consumirse la virtud en ese fuego adúltero que arde en tus entrañas?

Dónde está ese sí, representacion torcida de tu voluble voluntad, con que traidoramente te ligaste á un hombre cuya honra has mancillado, cuya felicidad has destruido, cuyas esperanzas has burlado, cuyos malos instintos has puesto en vigor, y á quien empujando hasta la desesperacion has convertido y vas á convertir en tu verdugo; en cuya vida vas á poner la deshonra de su familia, en cuyo espíritu vas á hacer brotar la más horrible de las dudas, y de cuyo corazon vas á arrancar el amor de sus hijos?

Qué respondes ¡oh mujer! á estas severas

interpelaciones? Qué responderás cuando en el día de tu tribulación te pida Dios cuenta de los propósitos que dejaste consignados en el infalible libro de la vida, y que Él mismo abrirá ante tu espantada vista?

No esperes que te diga entónces lo que á la adúltera del evangelio: «Ve en paz;» porque pasada la época del merecimiento, se entra á la época del castigo, y pasada la de la misericordia, se entra sin remision á la de la justicia!

Pero detengámonos á considerar tan grave crimen en sus relaciones puramente sociales, y veremos cómo se expresa Rousseau en este sentido:

«No sólo el interes de los esposos sino también la causa comun de todos los hombres, exige que no se altere la pureza del matrimonio.

«Siempre que se unen dos esposos por vínculo tan solemne, interviene tácitamente una obligacion de toda la especie humana, de respetar este vínculo sagrado, y de honrar en ellos la union conyugal: y ésto es, á mi entender, una razon muy fuerte contra los matrimonios clandestinos, que por no presentar

ningun signo de esta union, arriesgan á corazones inocentes á encenderse en un fuego adúltero.

«El público es, en cierto modo, garante de una convencion que ha pasado en su presencia: y se puede decir que el honor de una mujer pudorosa está bajo la proteccion de todas las personas honradas.

Así, pues, el que se atreve á corromperla, peca en primer lugar haciéndola pecar, y participando siempre de los crímenes que hace cometer: peca tambien directamente, porque viola la fe pública y sagrada del Matrimonio, sin la que nada puede subsistir en el orden legítimo de las cosas humanas.... Habrá en el mundo un hombre honrado que no se horrorice de cambiar un niño por otro como una nodriza? Y el crimen es menor, cambiándolo en el seno de la Madre?»

«La rigidez de los deberes matrimoniales concernientes á los dos sexos, no es ni puede ser la misma. Cuando la mujer se queja demasiado de la injusta desigualdad que el hombre introduce en ellos, hace mal; esta desigualdad no es una institucion humana, ó por lo ménos

no es obra de las preocupaciones: lo es de la razón.

«Aquel de los dos á quien la naturaleza encargó el depósito de los hijos, debe responder de ellos al otro.

«Sin duda que no es lícito á ninguno quebrantar su fe; y todo marido infiel que priva á su mujer del único precio de los deberes austeros de su sexo, es un hombre injusto; pero la mujer infiel hace más: disuelve la familia, rompe todos los lazos de la naturaleza, dando al hombre hijos que no son suyos; hace traición á unos y á otros, y á la infidelidad añade la perfidia.

«Tengo dificultad en hallar algun desorden y algun crimen que no esté unido á éste.

«Si hay en el mundo una situación verdaderamente horrorosa, es la de un desgraciado padre, que sin confianza en su mujer, no se atreve á entregarse á los afectos más dulces de su corazón; que al abrazar á su hijo, duda si abraza al hijo ajeno, al monumento de su deshonra, al usurpador de los bienes de sus propios hijos.

«En qué se convierte la familia, sino en una

reunion de enemigos secretos, armados el uno contra el otro por una mujer culpable, que los compele á fingir que se aman entre sí?

«Importa, pues, no solamente que la mujer sea fiel, sino que sea así reputada por su marido, por sus parientes, por toda la sociedad; importa que sea modesta, circunspecta, recatada; y que así en su propia conciencia como en la opinion de los otros, descanse el testimonio de su virtud.

«Si es importante que un padre ame á sus hijos, tambien lo es que estime á la madre de ellos.

«Hé aquí las razones que colocan el bien parecer en el número de las obligaciones de las mujeres, y las hacen el honor y la reputacion, no ménos indispensables que la castidad.

«De este principio dimana, á más de la diferencia moral de ambos sexos, un motivo nuevo de obligacion y de conveniencia, que prescribe con especialidad á las mujeres, atender con más circunspeccion á su conducta, á sus maneras y á su porte.

«Sostener con vaguedad que los dos sexos son iguales, y que tienen los mismos deberes,

LA INFIDELIDAD.

149

es perderse en vanas declamaciones; es no decir nada, mientras no se conteste á esto.»

Para presentar el adulterio con toda la deformidad que le es propia, y examinarlo bajo el punto de vista que le corresponde por su naturaleza, basta considerarlo con relacion al matrimonio, como el reverso de la fidelidad que constituye la esencia de este vínculo sagrado, y el constante sosten del amor: del amor casto, del amor puro, del amor honesto, del amor cristiano, del verdadero amor.

El amor, en efecto, establece una union eterna entre dos corazones virtuosos; el adulterio establece una union pasajera entre dos corazones corrompidos: el amor se levanta sobre el pedestal de su propia grandeza, y ante la muda contemplacion de la sociedad respetuosa, atrae sobre sí las bendiciones que derrama el cielo sobre la virtud; el adulterio se abate bajo la losa de su degradacion, y ocultándose hasta de las sombras que vagan en sus tenebrosos abismos, atrae sobre sí las maldiciones fulminadas contra el crimen: el amor hace aparecer y sostiene cuando la ilusion desaparece, una estimacion siempre creciente; el adulterio,

cuando desaparece la ilusión, hace brotar el desprecio de entre sus escombros: el amor hace sentir en la vida que lo alimenta, la dulce y bienhechora paz del alma; el adulterio hace pesar sobre la conciencia que le ha dado cabida, el amargo torcedor del remordimiento: el amor sostiene una vida libre de turbación y de inquietudes; el adulterio la llena de agitación y de sobresaltos: el amor ve nacer con alegría los frutos de su legítima unión; el adulterio siente con espanto desarrollarse la vida de los frutos de su unión criminal: el amor exalta hasta la divinidad la ternura de la Madre; el adulterio embota hasta la insensibilidad tan dulce sentimiento: el amor hace de los hijos el depósito de las más consoladoras esperanzas; el adulterio los presenta como la realización viviente de los más congojosos temores: el amor los constituye herederos de la hacienda de los padres; el adulterio los deshereda como usurpadores de los bienes de la familia: el amor es el elixir de la vida de ésta; el adulterio es un tósigo que le causa la muerte: el amor en sus honestas manifestaciones está siempre acompañado de la lealtad; el adulte-

rio, en sus maquinaciones tenebrosas, hace siempre presidir la felonía: el amor, en fin, es la fuerza ascensional que eleva el alma hasta el cielo; el adulterio es el lazo terrible que la encadena al abismo.

Es indudable, sin embargo, que para crearse una situación tan penosa, como lo es la de la mujer infiel, se necesita haber roto el freno de la Religión que retiene siempre al hombre dentro de los límites de los deberes: haber sacudido la moral que encamina sus pasos y guía su conducta con sus severas, prudentes y sabias prescripciones: que se haya perdido en el corazón el sentimiento de las primeras afecciones, en la mente la memoria de los primeros recuerdos, en el alma la conciencia de los primeros deberes, en la naturaleza la sujeción á sus primeras é inmutables leyes: es necesario que la seducción haya triunfado en una lucha descubierta y arrogante, provocada y no combatida: es necesario que no se haya fijado la elección conforme á las reglas ántes establecidas: es necesario que la voluntad intervenga en un arranque de pasión y de delirio.

Dominar todas las situaciones, combatir to-

das las asechanzas, embotar sus dardos envenenados, consultar siempre la moral, tener constantemente al alcance los recursos poderosísimos que la Religión nos ofrece, gustar desde el principio la dulzura que se halla en el cumplimiento del deber, y en la práctica de la virtud: hé aquí el medio de no caer en la horrible y espantosa sima de ese abismo sin fondo.

Es preciso confesarlo: á pesar de la exageracion de la licencia; á pesar de la relajacion de las costumbres; á pesar del desarrollo de la inmoralidad; á pesar del excepticismo con que tan generalmente se ha sustituido la creencia, para que la mujer se pierda es necesario que quiera perderse: pues la virtud, el honor, la dignidad y la circunspeccion, son siempre respetados; y si hay algun libertino que se permita atacarlos, hay muchos hombres honrados que le hagan sentir el peso de su osadía.

La mujer, para no caer, tiene, además de sus propios recursos, el apoyo de toda la sociedad honrada: la mujer que ha caído necesita para levantarse vencer el peso de su propia deshonra, y el peso que agregan, el desprecio de la

LA INFIDELIDAD.

153

sociedad honrada, y las excitaciones de la sociedad corrompida.

Que no abandone la mujer su puesto de reina, para descender al de esclava, y que no pierda de vista que mientras todos los hombres tienen la obligación de defenderla cuando es buena, todos se consideran con el derecho de burlarla cuando es mala. Que escoja entre el bien y el mal, entre la virtud y el crimen, entre la vida ó la muerte.





LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO.



EN estos últimos tiempos en que un infernal estímulo ha hecho desbordarse las más torpes pasiones, se ha tratado de autorizar por la ley el vicio aterrador del adulterio.

Dos veces se ha presentado en el seno de la Representación Nacional el monstruoso proyecto de romper los lazos indisolubles que constituyen el Matrimonio, y en estas dos veces nos ha cabido la honra de combatir esta monstruosidad en el terreno del periodismo.

Como este pensamiento reaparece; como sus prosélitos van aumentando en el terreno de la inmoralidad; como él está íntimamente

ligado con el asunto que en el capítulo anterior hemos examinado, no creemos fuera de propósito reproducir hoy algo de lo que dijimos el año de 1867 en «La Revista Universal,» y el de 1883 en «El Minero Mexicano;» tanto ménos, cuanto que en esas reflexiones se discuten las ideas que sirven de fundamento á los partidarios de la atentatoria innovacion.

«Al tomar la pluma para tratar una cuestion que jamás creimos tener delante de los ojos, hemos vacilado, creyendo que tal vez somos víctimas de una pesadilla; y lo que suponemos una realidad, no sea más que el efecto de un sueño que se presenta con claridad á nuestra imaginacion, que acaso está afectada por la más violenta calentura.

«Lo estamos viendo, y apenas nos atrevemos á creer que en el continente americano, una parte del cual acaba de sostener una guerra de gigantes para conquistar el pensamiento laudable de la libertad de los esclavos, la parte vecina, que parece ser imitadora de la primera, encienda la chispa de una revolucion social

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 157

extraordinaria, para conquistar el pensamiento reprobado de la esclavitud de la mujer; que en el último tercio del siglo diez y nueve, cuando se pregona el progreso y el adelanto, y se marcha hácia la civilizacion, se retroceda de una manera tan visible, hasta colocarse en la época de la barbarie; que cuando se trata de restablecer la paz y el orden, para fundar sobre estas bases la union de nuestro país tan desquiciado, se críen nuevos elementos de confusion y anarquía, arrojando el gérmen de desunion en las familias; que la representacion nacional, que por su mision y su naturaleza, es depositaria de las esperanzas y la tranquilidad del pueblo, haya dejado escapar de su seno ese grito terrible que ha conmovido tan profundamente á la sociedad, engendrando en ella los más serios temores y poniéndola en la más afflictiva alarma; que se haya manchado, en fin, con un borron tan asqueroso, el Congreso de la Union de 1867!

«No hay duda: el Congreso se ha manchado, comprometiendo su circunspeccion y su buen nombre, con el solo hecho de admitir el atentatorio, el bárbaro, el incalificable pensa-

miento de disolubilidad del Matrimonio, que en todo tiempo será, para su sacrílego autor, un padron inextinguible de ignominia!

«El proyecto presentado á la Cámara sobre disolubilidad del Matrimonio, que ha colocado sobre ella un sambenito de degradacion y de escarnio, que cuerdamente se ha apresurado á quitarle la Comision de Justicia con su dictámen presentado ya á la Cámara, establecerá en nuestros anales una éra terrible é inolvidable: tan terrible como esas plagas que diezman con una peste á los pueblos; tan inolvidable como el cataclismo que conmovió al mundo con la espantosa inundacion del diluvio. Este proyecto seria ridiculo si no fuera tan grave; excitaria la risa de la burla, si no excitara las inquietudes del temor; seria digno de la irrision del público, si no hubiera surgido del cerebro de un representante del Pueblo; aun éste mismo lo observaria con la curiosidad de una cosa nunca vista, si no produjera el desquiciamiento de una nacion; podria considerarse como una aberracion de la inteligencia, si no constituyera un verdadero escándalo en los anales del mundo!

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 159

«Ni la revolucion francesa con todos sus horrores, con todas sus exigencias, con todas sus miserias, con todas sus exageraciones, con todas sus extravagancias; que fué la tribuna de donde brotaron las ideas más avanzadas y desorganizadoras, de la cual son una torpe parodia todas las revoluciones; que levantó la guillotina para separar el pensamiento de los instrumentos que deberian ejecutar sus concepciones; que holló audaz y torpe los principios más reguladores, suplantándolos á las máximas más disolventes; que invadió los templos para derrocar á la divinidad de los altares, encumbrando en ellos á una miserable prostituta, en que su frenética y mezquina razon estaba personificada: ni esa revolucion, repetimos, que buscaba, para saciarse, lo más digno y lo más sagrado, se atrevió al Matrimonio; á esa institucion de tantos siglos, en la que se han estrellado las olas de las pasiones de todos los tiempos; á esa institucion maravillosa por la cual el más puro de los afectos del corazon es elevado al más santo de los sacramentos de la Iglesia; que constituye una de las partes esenciales de nuestra creencia,

y que hoy una mano impía pretende destruir, para levantar de sus escombros el pedestal en que se eleve el más degradante de los crímenes, en el lugar en que hoy se encuentra la más noble de las virtudes.

« Esa sublime institución de Jesucristo, que forma el lazo que liga á los miembros de una familia, que es la base sobre la que ésta se levanta, que incesantemente renueva los afectos de los esposos entre sí y de los hijos respecto de los padres, que robustece el amor en la familia; ese gérmen de bienes, de felicidad y de armonía, y que un labio torpe y sacrílego se permite designarlo con el despreciativo nombre de « *el llamado sacramento,* » existe en todo el mundo, fuerte, grande, resplandeciente é inmutable, sin que sus bases hayan podido minarse por ese trabajo de zapa con que el crimen ataca sin tregua á la virtud.

« La sociedad de México está conmovida y justamente alarmada: el honor de la mujer, esa joya que tan hermosa la hace aparecer ante sus padres, y ante su amante, y ante su esposo, y ante sus hijos, y ante todo el mundo, vendrá por tierra en un solo momento; la más

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 161

dulce de sus libertades se convertirá en la más amarga de las esclavitudes; los hijos, que en todo tiempo han sido una bendición del cielo y un consuelo en la tierra, llegarán á considerarse como una maldición y como un tormento; el sagrado, dulce y apetecible hogar, se convertirá en una casa de prostitucion; la falta de garantías inspirará una natural desconfianza, de la que resultará el más completo aislamiento; los derechos, pisoteados por las mismas leyes, harán sospechar á los hombres de los hombres, á los amigos de los amigos, y hasta á los padres de los hijos; no habrá paz, ni familia, ni sociedad, y el caos vendrá á convertir á nuestro pueblo en una horda de salvajes caracterizados por sus necesidades animales y sus brutales instintos.

«El sinnúmero de absurdos, de imposturas, de sofismas, de equivocaciones y de contrapincipios que constituyen el discurso que sirve de fundamento al proyecto, forma su refutación más adecuada; y como la materia es tan grave, tan delicada y tan trascendental, nos proponemos hacer un análisis detallado de ella, examinando separadamente el proyecto

de ley y las razones en que se funda, limitándonos por ahora á estas observaciones generales, que desarrollaremos á su vez competentemente.

I

«En nuestro artículo de fondo publicado el sábado último, hicimos algunas reflexiones generales sobre el proyecto presentado á la Cámara, que trata de la disolubilidad del Matrimonio, y ofrecimos hacer un análisis detallado de cada uno de los artículos del mencionado proyecto, así como de las razones en que se fundó su autor para apoyarlo.

«Próxima á abrirse la discusion de materia tan grave, tan importante y tan delicada, nos apresuramos á cumplir nuestra palabra empeñada, comenzando hoy el análisis ofrecido, en el cual, nos vemos en la triste necesidad de abandonar por un momento la pluma de católicos y emitir nuestro juicio como pudiera hacerlo un ateo.

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 163

«No es nuestra la culpa el proceder de esta *al* manera: la base que pudiéramos formar de principios religiosos é ideas cristianas, seria inútil para el excepticismo y la incredulidad; y en la consecucion de nuestro objeto, no presentaremos la cuestion bajo el principal de sus aspectos solamente, y la consideraremos en sus fases secundarias.

«No hay Dios, ni sacramento, ni gracia; y bajo esta base artificial que nos lastima, que á su debido tiempo harémos caer por su propio peso, y que no nos combatirán el excepticismo ni la duda, vamos á examinar el proyecto en cuestion bajo el punto de vista social, fisiológico, animal si se quiere, y de la propia conveniencia, para deducir nuestro juicio.

«Dice el art. 1º: «Siendo el Matrimonio un contrato convencional, es perfectamente disoluble por la mutua voluntad de los cónyuges. Se deroga por tanto el art. 4º de la ley de 23 de Julio de 1859, en la parte que declara que el Matrimonio es indisoluble, y que sólo la muerte de uno de los esposos es el medio natural de disolverlo.»

«Vamos por partes: El fundamento de este

artículo, está representado por este principio, en el que no hemos hecho otra cosa que reemplazar el gerundio, sujetándonos en todo á las prescripciones más severas de la gramática: EL MATRIMONIO ES UN CONTRATO CONVENCIONAL.

«Admitimos sin restriccion este principio en su origen y en sus consecuencias. Si el Matrimonio es un *contrato*, debe envolver por este solo hecho todas las restricciones que afectan naturalmente á todo contrato; y siendo *un contrato convencional*, debe sujetarse á todas las condiciones fijadas en este convenio.

«Todo contrato se hace con algun objeto, y el objeto del Matrimonio es la reproduccion de la especie y la conservacion de la sociedad; pero la reproduccion de la especie humana no se debe entender como la reproduccion de la especie animal: tiene una acepcion más lata, más complicada y más trascendental, y por consiguiente, tambien es más lato, más trascendental y más complicado el objeto que se lleva al establecerse este contrato.

«Todo contrato convencional, obliga hasta que se han satisfecho todas las condiciones

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 165

estipuladas al celebrarlo; y siendo una de ellas, y acaso la principal, la indisolubilidad del vínculo, sin la cual tal vez el contrato no se verificaria, es inconcuso que no puede disolverse sin infringir las restricciones que envuelve este *contrato convencional*.

«Pero desechando esta consecuencia, que aunque se desprende del sentido literal de las palabras, nos distrae en nuestros racionios, anticipando un resultado á que no queremos llegar todavía, admitirémos por un momento que es disoluble, pero fijarémos ántes el momento en que se puede disolver.

«Hemos dicho que el objeto con que se establece el contrato llamado Matrimonio, es la reproduccion de la especie, la cual no debe limitarse á la generacion, como se verifica entre los animales: su objeto es la formacion de hombres útiles á la sociedad, los que no se pueden considerar como tales sino cuando han terminado su educacion, tanto en la parte moral, esto es, en sus relaciones consigo mismos, con los séres que les dieron la vida, con la sociedad á que pertenecen y con el país en que han nacido, como en la parte física, esto es,

cuando tienen una profesion, un arte, un oficio ú otro medio cualquiera de subsistir independientemente y de formar una familia.

«Esto nunca se nos podrá negar racionalmente, si se reflexiona en que la pantera amamanta á sus cachorros y la víbora de cascabel se traga á sus hijos, hasta que por sí mismos pueden masticar el alimento y ponerse al abrigo de los peligros.

«¿Y cuánto tiempo tarda la completa educacion de un jóven, ó lo que es lo mismo, cuánto tiempo debe trascurrir para llenar el objeto propuesto al celebrar dicho contrato?

«No creemos exagerado el decir que lo ménos se necesitan veinte años. Que se consulte, si se duda, á los jóvenes que están al fin de su carrera, ó á los que la comienzan en la Escuela Preparatoria, que la terminarán ocho ó diez años más tarde.

«Resulta, pues, que el Matrimonio, suponiéndolo disoluble, no puede disolverse sino hasta despues de veinte años, que es el período de la educacion; y como este período se renueva con el nacimiento de cada hijo, resulta que el Matrimonio no se puede disolver

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 167

sino hasta que el último de los hijos está ya formado.

«Y en este caso, qué objeto tendrá la innovación que se propone?»

«Nos colocaremos un instante en el terreno de la fisiología. Si no estamos equivocados, dos son las causas principales que impiden la generación: la vejez y la enfermedad.

«De lo primero resulta, según esto, que el Matrimonio no puede disolverse sino hasta veinte años después que la mujer no puede concebir, y entonces claro es que no tiene objeto un segundo contrato, y por consiguiente, la innovación no tiene objeto ni utilidad; y aunque lo tuviese, ¿podría esta mujer contraer segundas nupcias y proporcionarse en ellas un nuevo amparo?»

«De lo segundo resulta una injusticia notoria á que debía oponerse la ley con toda su fuerza, pues es una acción verdaderamente incalificable, abandonar á una mujer enferma, esto es, cuando más necesita el cuidado y la protección del que acaso es causa de su enfermedad, y que debe ser el apoyo de su desgracia.

«Convendrémos, sin embargo, en que se pueda establecer un segundo contrato: el hombre ya viejo, si no tiene recursos, ni ha tenido hijas, ó éstas se han casado, ¿quién le acompañará en sus últimos dias? ¿quién le tributará los últimos auxilios? ¿quién recogerá su último aliento? ¿quién cerrará para siempre sus ojos?

«La condicion fijada por el proyecto para la disolubilidad del contrato, es «*la mutua voluntad de los cónyuges.*»

«De esta condicion, requerida como indispensable, vemos surgir nuevas y graves dificultades.

«Supongamos como más probable el caso de que sea el hombre el que inicie la separacion: la mujer que se ha unido á este hombre, bajo el concepto de que la union era de por vida, cuya consideracion la decidió á abandonar á su familia, y por decirlo así á abdicar sus derechos, lo hizo por una de estas dos razones: ó por amor ó por conveniencia. Si por lo primero, no es posible que el afecto de la mujer quede destruido en un momento dado, por el desden del hombre. Si por lo segundo,

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 169

las razones se encuentran entónces más reforzadas, pues la mujer no busca su conveniencia solamente, ni llora su propio abandono: busca, como Madre, la conveniencia de sus hijos; teme, como mujer, el abandono de los inocentes frutos de sus entrañas; sabe que tendrá mayores dificultades para contraer un segundo enlace, y se opone con todas sus fuerzas á la indicada separacion; no da su aquiescencia; falta la *mutua voluntad*, y la union continúa, pero de una manera harto desfavorable: la mujer desconfiando del marido, éste exasperando á la mujer para arrancarle su consentimiento, y los tormentos más crueles vendrán á reemplazar á los goces más puros.

«Y los hijos? esos hombres futuros, esa sociedad naciente, que comienza á crecer y á desarrollarse, que cuando ven al padre salir de su casa ó ausentarse del lugar de su residencia, lloran amargamente, y empiezan á resentir los sinsabores de la vida, cómo verán una separacion absoluta, perdurable é indefinida? Cómo las hijas sentirán romperse el corazón al ver salir bañada en llanto, cual otra Agar, á su adorada Madre, cuyo lugar en la

familia lo ocupará una mujer extraña, que en vez de las caricias tiernas de la Madre, les prodigará las reconvenciones ásperas de la madrastra? Cómo echarán de menos á los queridos hermanos que las acompañaban en sus juegos, en sus trabajos, en sus distracciones y en sus penas? Cuánto se resfriará su cariño hácia el hombre que causa su amargura? Cómo podrán amar, obedecer y respetar á su Padre?

«Si llevamos adelante nuestras reflexiones, quién sabe dónde iremos á parar. Si se llevara á cabo semejante proyecto, quedarían rotos los vínculos de la familia, que son el núcleo de la sociedad; ésta, por razon natural, quedaria destruida; y el desórden, y la confusion, y el caos, vendrian á reemplazar á nuestra sociedad, á nuestras familias, á nuestras instituciones y á nuestros afectos.

«Si no abrigáramos la lisonjera esperanza de que el proyecto en cuestion será desechado, no nos quedaria más remedio que emigrar para siempre de nuestra tierra adorada, despues de hacer sobre la tumba de nuestros Padres los más ardientes votos por la muerte de nuestros hermanos y de nuestros hijos.

II

«Otra condicion fija el art. 2º del proyecto que nos ocupa, para que el Matrimonio pueda disolverse; y es que el marido asegure la manutencion de los hijos. El mencionado artículo dice: «para que el Matrimonio se disuelva es preciso que el marido haya asegurado ántes la manutencion de los hijos, si los hubiere, hasta que entren á la mayor edad.»

«Nada es tan sencillo, dice sabiamente la Comision de justicia en su dictámen, como escribir esta condicion sobre el papel ó sobre la pizarra; pero nada es al mismo tiempo tan irrealizable en la práctica.

«En efecto, ¿cómo podrá el marido asegurar la manutencion de los hijos, y cómo podrá él mismo estar seguro de que cumplirá con este compromiso? Si el hombre es rico, si puede fincar una cantidad competente para emplear los réditos en el objeto mencionado, si sus recursos le alcanzan para cubrir sus compromi-

sos y satisfacer sus necesidades, habrá probabilidades, y nada más que probabilidades, de que se sujetará á la restriccion fijada por el artículo que nos ocupa; pero si el hombre es pobre, si no puede disponer de la cantidad más pequeña, si sus recursos apénas le bastan para llenar las más imperiosas de sus exigencias, si sólo vive de su trabajo, si como suele decirse, va con el día, ¿en qué podrá fundarse semejante seguridad?

«El sentido comun dice por si solo que no hay, en este caso, ni siquiera probabilidades: si el hombre se separa solamente con la parte de la familia que le corresponde, aumenta sus necesidades, tiene forzosamente que pagar dos casas, que surtir dos mesas, que conservar doble número de criados, que sostener, en suma, dos familias: si además de ésto, contrae un nuevo enlace y forma una segunda familia, estos inconvenientes se presentan en mayor escala, y por razon natural sucederá que concentrando sus escasos recursos en la familia con quien vive, dejará en el abandono á la familia de quien se encuentra separado, y cuyas necesidades ni aun conoce porque no las mira.

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 173

«El hombre, además, en su vida cosmopolita y vagabunda, tendrá frecuentemente necesidad de cambiar el punto de su residencia, y llevando consigo á una familia, se alejará de la otra aumentando las dificultades de auxiliarla.

«Y qué ¿ las necesidades que tiene el hombre, y los cuidados que demanda el hijo, y la proteccion que debe impartir el padre, son puramente animales, para que sólo se hable de la manutencion?

«Y la educacion? y los deberes? y las lecciones que se inculcan con el ejemplo?

«Examinemos un poco la generacion humana, bajo este punto de vista considerada, y comparémosla con la de los animales salvajes.

«¿Qué hacen el leon, y la hiena, y el águila, y los animales más feroces? Mantienen consigo á sus hijos hasta que cada uno de éstos es un sér perfecto, y no se alejan de ellos sino hasta que ya no tienen necesidad de auxilio extraño.

«Y ¿qué hace el hombre que se ampara en la ley á que nos referimos? Abandonar al hijo cuando necesita de tantos cuidados, y en los casos más frecuentes, cuando no nace todavía!

«¡ Ah! el espíritu retrocede horrorizado ante la contemplacion de esta verdad: *esta ley bastará para poner á los hombres en un lugar inferior al de los animales.*

«Y si no ha habido hijos? ¿Y si la mujer así abandonada no entra en segundas nupcias? ¿Será justo que una mujer que se ha separado de los seres más queridos de su corazón, y que ha abdicado todos sus derechos por el único que el matrimonio le concede, quede abandonada á su debilidad y á su miseria, ó atendida á la caridad del que fué su marido y que ya no tiene la más ligera obligacion, ó á la conmiseracion de sus parientes que tampoco tienen ninguna?

«Razon tuvimos, al asentar cuando tratamos por primera vez de este asunto, que envuelve la más amarga esclavitud de la mujer.

«Otro inconveniente, y muy grande, se presenta respecto de los hijos. Puede suceder, y en efecto sucede casi siempre, que los jóvenes que se dedican á una carrera científica ó literaria, entran á la mayor edad ántes de concluir sus estudios; y como la obligacion del padre respecto de los hijos, cesa en el momen-

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 175

to en que éstos cumplen la mayor edad, no pudiendo por sí mismos continuar su carrera, porque necesitan proporcionarse su subsistencia, abandonarán aquella y dejarán perder los elementos con que pudieran labrar su porvenir y ser útiles á la sociedad, á su patria y á su familia.

« Pero aun prescindiendo de estas consideraciones, es incuestionable que en virtud del artículo á que aludimos, la ley en cuestion solamente puede servir para los ricos, y como es tan difícil marcar la línea de separacion entre éstos y los pobres, resulta naturalmente la mayor confusion, el mayor desórden, el caos más espantoso y más completo.

« El artículo 3º es un acopio de inconvenientes, de inexactitudes, de contraprincipios, de absurdos, de despropósitos, etc., etc., tan grande y tan escandaloso, que apenas se concibe cómo pudo inventarse; y nos vemos precisados á detenernos un poco para poner en órden las ideas que en contra de este artículo sentimos brotar en tropel, como se detienen los transeuntes en una calle cuando pasa por ella un huracan formando remolino.

«Dice el art. 3º: «Al separarse los cónyuges, si hubiere hijos, los varones quedarán al lado de la madre, y las hijas al lado del padre; á no ser que por mutuo consentimiento, y con la anuencia del juez competente, se arregle otra cosa, ó que la mala conducta de alguno de los esposos lo inhabilite para encargarse del porvenir de los hijos; lo que declarará el mismo juez, previa la comprobacion necesaria.»

«La primera parte de este artículo es una parodia de lo que está prevenido en el divorcio, tal como en la actualidad se practica, y en el cual está sabiamente dispuesto, que los hombres, que son los que deben servir de apoyo á la mujer, queden al lado de la madre para prestarle á su debido tiempo los auxilios que necesite; miéntras que las hijas, que por la debilidad propia de su sexo no pueden quedar abandonadas, permanezcan al lado del padre, que es el que tiene la obligacion de trabajar para aquellas. Pero si ésto está bien establecido cuando la separacion sólo es aparente porque el vínculo no queda roto, constituye el mayor de los absurdos en el caso en que los cónyuges pueden casarse de nuevo,

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 177

pues entónces faltará á los hijos la sombra del padre ó de la madre, segun el caso, indispensable para la educacion completa, benéfica y fructuosa.

«El *mutuo consentimiento* que en determinados casos debe resolver *otra cosa*, nos llena de asombro: ¿qué padre, y ménos aún, qué madre dará su consentimiento para que un extraño (pues no son otra cosa los cónyuges despues de la separacion) le arrebatte de su seno á los séres más queridos de su corazon, á las prendas adoradas de su alma, á los frutos, en fin, de sus entrañas?»

«Si hay un padre ó una madre que consienta en ésto, no puede ser más que un criminal, y entónces no puede haberse casado sino con miras torcidas, con fines siniestros y con indignas intenciones; y entónces nada más sencillo que esforzarse en tener «*mala conducta*» para quedar «*inhabilitado de encargarse del porvenir de los hijos,*» y desembarazarse de esa carga; y entónces nada más natural que lanzarse á una vida de prostitucion y de escándalo, cuando falta el freno y el respeto de los hijos....»

«¿Y si los dos esposos son malos? ¿y si los dos han tomado mutua revancha en sus mutuas faltas? ¿y si los dos están inhabilitados para encargarse del porvenir de los hijos? ¿y si éstos no pueden quedar con ninguno de ellos, qué sucederá entónces?

«Desgraciados hijos que desde ántes de nacer son la causa del temor y la inquietud de los autores de sus días, quienes habiéndose unido impulsados simplemente por la concupiscencia, los maldecirán en su nacimiento, al persuadirse que deben estar al lado de uno ú otro, segun el sexo que les pertenezca!

«Aquel de los esposos á quien corresponda quedar con el hijo, en el deseo de conservar la parte de libertad que la presencia de éste puede quitarle, ó por lo ménos restringirle, empleará para con él malos tratamientos, á fin de tener una razon poderosa para desembarazarse de la pesada carga que hasta hoy ha sido una importante ayuda para aligerar el peso del matrimonio.

«Desgraciados hijos, repetimos, que están expuestos al abandono de sus mismos padres! Desgraciada sociedad que se viera minada

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 179

por tan monstruosa innovacion! Pero más desgraciado el hombre que ha concebido semejante pensamiento, y que ha tenido bastante audacia para emitirlo y para iniciarlo! Su nombre es ya conocido y execrado por la generacion contemporánea; y la posteridad, avanzando en sus apreciaciones, en la imparcialidad de sus juicios acabará de hacerle justicia!

III

«Dice el art. 4º: «Concluido el juicio de separacion, y expedida que sea por el juez la doble certificacion correspondiente, quedan los interesados hábiles para contraer segundo matrimonio, con solo la restriccion de que haya trascurrido un año de la separacion.»

«Nada concebimos más terrible que un juicio entre dos personas que por razon natural, por su propio decoro y en cumplimiento de su más delicada mision y de sus más sagrados deberes, deberian vivir en la más halagadora armonfa: este juicio, aunque tuviera por

origen la buena fe, no dejaría nunca de ser un acto inconveniente, inmoral y escandaloso: los seres que consagrados uno á otro viven en una union tan íntima, tan estrecha, y por decirlo así, tan privada, no pueden, sin incurrir en un escándalo, presentarse en los tribunales, ponerse en pié en la presencia de un hombre extraño, y extender ante su vista el cuadro de familia que, cual la propia conciencia, debería permanecer oculto en lo más recóndito del hogar doméstico. Indudablemente semejante juicio no puede ménos que resultar escandaloso, inmoral, impolítico é inconveniente: él constituye el proceso de los esposos, quienes en la consecucion de su objeto, dejan consignadas de una manera indeleble sus propias faltas, su mala conducta, sus perversas intenciones, y pierden el prestigio, la reputacion, la honra y hasta el único patrimonio que se puede dejar á los hijos: el patrimonio inestimable de un nombre sin mancha.

«Extraño es, ciertamente, el modo con que los esposos cumplen con los solemnes compromisos contraídos el dia en que celebraron

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 181

el contrato, y cuyos compromisos se hallan consignados en el art. 15 de la ley de 23 de Julio de 1859!

«Y si, como es probable, en esos juicios preside la mala fe de los que los motivan, ¡cuántas faltas descubiertas, cuántos deslices sacados á luz, elevados al rango de crímenes! ¡cuántas calumnias improvisadas para reforzar un pretexto que no puede constituir una razon! ¡cuánto lodo arrojado á la cara, á la reputacion y al nombre! ¡cuánto baldon para una inocente familia que comienza á vivir por su desgracia!

«Y no se diga que erigimos fantasmas para amedrentarnos ante su vista; que nos quejamos de un mal puramente imaginario, que nos perdemos en consideraciones puramente especulativas. Reflexionemos ligeramente sobre lo que puede verificarse en la práctica.

«Sigamos en nuestra hipótesis de que la mujer se ha unido al hombre por amor ó por conveniencia, y véamos de qué manera obran estos afectos, considerados en su relacion con los hijos, en el momento de la sustanciacion del juicio.

« Es incuestionable que el afecto más puro, más acendrado, más inmenso de cuantos puede sentir el corazón humano, es la ternura maternal: este afecto divino, sublima á la mujer hasta sacarla de su esfera humana, y á sus vigorosos impulsos la hace capaz de todo, en toda la acepción de la palabra.

« Una Madre se encuentra ante un juez; y en el momento en que éste va á pronunciar su terrible fallo, aquella mujer no ve su sonrojo del presente, su abandono del porvenir, su desgracia de toda la vida: una sola idea quema su cerebro, una sola vista se extiende ante sus ojos, un solo sentimiento conmueve todas las fibras de su corazón: el bárbaro, el cruel, el monstruoso artículo 3º le va á arrebatarse á sus adoradas hijas! Aquella desgraciada deja de ser Mujer para ser sólo Madre, y sólo ve á sus hijas, y sólo piensa en sus hijas, y sólo siente por sus hijas. Busca el modo de libertarlas, de retenerlas consigo, de conservarlas á su lado, y la inexorable ley sólo le señala un medio, sólo le permite un recurso. El mismo art. 3º, que indica la separación de los hijos, ese escándalo que hace tan

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 183

odiosa la esclavitud, y que ha constituido una de las armas más poderosas para combatirla y aniquilarla, ese mismo artículo dice: que esta separacion no tendrá lugar cuando «*la mala conducta de alguno de los esposos lo inhabilite para encargarse del porvenir de los hijos.*» Y siendo éste el único medio que se le presenta á la Madre, la Madre se apodera de él como lo haria de una ascua.

«Exaltada la mujer por la más fuerte al mismo tiempo que por la más justificable de las pasiones, recrimina á su marido para presentarlo como inhábil, y lo ataca con la misma fuerza, con el mismo arrojo, con el mismo denuedo con que la gallina se lanza sobre el halcon para salvar á sus polluelos.

«Examinemos ahora lo que hará la mujer consultando la conveniencia de sus hijos.

«Es más que probable que si el hombre contrae un nuevo enlace, abandonará á la familia de quien se separa, á fin de consagrarse á la familia que va á formar, y concentrando en ésta sus recursos, retirará su proteccion á los hijos del primer enlace. Qué hacer para evitar este mal tan seguro como inmediato?

« El artículo 6º le presenta el medio. Dicho artículo dice: « En los casos de divorcio que marca la ley de 23 de Julio de 1859, aquel de los cónyuges que lo haya motivado, no puede contraer segundo matrimonio.»

« No tenemos necesidad de examinar estas causas: basta leer con alguna atención el artículo 21 de la ley á que este artículo se refiere, para ver brotar los absurdos que envuelve el presente; pero no lo hemos citado con el objeto de examinarlo, y no nos divagaremos en ésto.

« Es claro que si el hombre queda inhabilitado para contraer nuevo enlace, habrá más facilidad de que atienda á la manutencion de los hijos; siendo él la causa del divorcio, quedará naturalmente inhabilitado; luego bien puede la mujer acusar y aun calumniar á su marido con este segundo objeto.

« La circunstancia consignada en este artículo, de que los cónyuges quedan habilitados para un segundo enlace, la hemos venido considerando desde el principio, pues es la innovación que encierra la ley, puesto que el divorcio sin este escándalo siempre ha existido.

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 185

«Este artículo está en abierta pugna con las costumbres, con el orden, con la conveniencia y con todo lo que es bueno: la generación que resulte de estos enlaces provisionales y transitorios, estará formada de hombres sin educación, sin principios, sin familia y aun sin nombre; de hombres que no saben de dónde vienen ni lo que son; de hombres desconocidos é ignorados, que no inspiran ni aprecio, ni confianza, ni garantías; de hombres, en fin, que son miembros podridos de la sociedad de que forman parte. ¿Y qué servicio puede esperar la sociedad de tales hombres?

«Nada extraño será, por otra parte, que éstos, alejados de sus hermanas desde niños, ya hombres, se encuentren á éstas, en el camino de la vida, y simpaticen, y se amen, y se unan por un vínculo reprobado por la ley, por la conveniencia y hasta por el buen sentido.

«No acabaríamos nunca si fuéramos á enumerar todos los males que resultarían de llevar á cabo esta idea loca, desorganizadora, monstruosa y bárbara.

«Y con qué fin se restringe la libertad de un nuevo enlace, dejando trascurrir un año

despues de la separacion? ¿Será porque éste es el período que se necesita para la concepción, el desarrollo y el nacimiento del hijo?

«Mal cuadra esta restriccion al lado de tan completo libertinaje: el hombre preferiria sin duda aumentar la asignacion hecha á la mujer para «*la manutencion de los hijos,*» aceptando el supuesto de que el hijo que naciera más ó ménos tarde sea hombre, que es el caso en que debe quedar con la Madre, y recogién-dola si es mujer, en el instante de su nacimiento, confiándola al cuidado de manos mercenarias é indolentes, ó á la caridad de las casas de asilo.

«En el camino por que vamos marchando, no es posible dar un paso sin tropezar con un absurdo, con una dificultad, con un error; y al encontrar rotos los vínculos de los individuos, de las familias y de las sociedades, no podemos ménos que cubrirnos el rostro con ambas manos, avergonzados de pertenecer á una época que se ha manchado con una aberracion semejante.

IV

«Cuando se camina por una senda erizada de tropiezos, de dificultades y de escollos, es absolutamente indispensable detenerse á cada paso; y en el llamado proyecto de ley que estamos examinando, vemos brotar los absurdos, los errores y los inconvenientes, no diremos de cada artículo, sino de cada palabra.

«El proyecto á que nos referimos, tiene que conmover á la sociedad de la manera más profunda; y para que ninguna parte de la sociedad deje de participar de esta conmocion, y para que toda ella sufra las consecuencias de este cataclismo, y para que ni una pequeña parte de la generacion contemporánea, ó como pudiéramos decir, *de la fauna actual*, deje de resentirse de calamidad tan espantosa, se concede á esta ley un privilegio exclusivo; se le imprime un defecto que no puede ocultarse tras del sofisma con que se pretende encubrir-

lo, se le comunica un efecto retroactivo, que niega la justicia, que prohíbe la Constitución y que rechaza el buen sentido.

« En efecto, dice el art. 5º: « Esta ley ampara no sólo á los matrimonios que se consumen en lo de adelante, sino á todos los que se hayan efectuado ántes de la promulgacion de la presente ley, siempre que ambos cónyuges quieran espontáneamente recurrir á ella. »

« Preciso es cambiar la verdadera acepcion de las palabras, para designar con el nombre de *amparo* á los efectos desorganizadores de esta disposicion salvaje.

« *Amparo* es el precepto que obliga al padre á recoger al hijo á quien habia torpemente abandonado; y no la disposicion que autoriza al padre para dejar abandonado á su hijo: *amparo* es el precepto que obliga al marido á cumplir con los compromisos solemnes que contrajo con la mujer al hacerla *suya*; y no la disposicion que lo deja en libertad para pisotear sus compromisos, repudiando á la desgraciada víctima que llena de abnegacion se le ha entregado: *amparo* es el precepto que sujeta al hombre á ser el sosten y el conservador de

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 189

la familia que ha formado; y no la disposicion que le da los medios de relegarla á la orfandad y á la miseria: *amparo* en fin, es la ley santa que sostiene la indisolubilidad del matrimonio, con la aprobacion unánime de todo el mundo; pero nunca la disposicion estúpida que la sujeta á las mutaciones del capricho, y que sólo puede tener su origen en un corazon pervertido y en un cerebro desorganizado.

« La circunstancia de que esta ley (la llamaremos así á falta de otra palabra con que designarla) pueda surtir sus efectos sobre los matrimonios efectuados hace veinte y treinta años y aun medio siglo, le da un carácter de escándalo que aisladamente bastaria para desprestigiarla.

« En efecto, admitiendo como lo hemos hecho hasta aquí, que el matrimonio no es otra cosa que *un contrato convencional*, como lo es una venta, una asociacion mercantil ó una empresa industrial cualquiera, ¿ no es un absurdo de los más palpables, y un error de los más crasos, pretender echar por tierra una de las bases de este contrato, y uno de los requisitos de este convenio ?

«No es una verdad palpable, como lo hemos manifestado ya, que si la mujer se entrega á un hombre, confiándole su porvenir, es en la inteligencia, y bajo el supuesto, y con la condicion *sine qua non* de que este enlace es de por vida, y que su porvenir lo ha de sostener constantemente?

«¿No quita esta disposicion abominable, toda garantía en que la miserable mujer pueda fundar su tranquilidad?

«¿No es ésto, como ya lo hemos repetido, relegarla á la esclavitud más odiosa, á la condicion más miserable y al estado más infeliz?

«¿No es ésto romper los lazos que ligan á nuestra sociedad de hoy, y sobre los que se eleva nuestra sociedad de mañana?

«¿No constituye un efecto retroactivo, aunque este vicioso carácter le sea negado en el llamado discurso que sirve de apoyo al llamado proyecto de ley?

«¿No es éste el talisman maléfico que convierte á una sociedad ya constituida en una tribu salvaje desorganizada?

«¿Y es ésto lo que á despecho del idioma, de la moral, de la conveniencia y del buen

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 191

sentido, se designa con el nombre de adelanto, y se inicia como atributo del progreso, y se pregona como elemento de civilización?

«Razon nos sobra, en vista de ésto, para exclamar con el orador romano: ¡En qué país estamos! ¡En qué tiempos vivimos! ¡A qué condicion hemos llegado!

«Respecto de la espontaneidad de ambos cónyuges, hemos demostrado ya la imposibilidad de su existencia. Esta espontaneidad no es más que un pretexto tras del cual se encubre hipócritamente la más odiosa de las tiranías, la más cruel de las arbitrariedades, la más reprobada de las esclavitudes!

«El art. 6º lo hemos citado ya; y aunque pudiéramos decir mucho sobre él, lo mismo que sobre todos los artículos del proyecto-monstruo, que ha dado origen á estas ligeras observaciones, creemos que éstas bastan para poner de bulto los inmensos males que resultarían de aprobarlo.

«Por otra parte, la opinion pública y el sentimiento general están descubiertos; y todos los mexicanos, desde el experto funcionario que ha consumido su vida en el estudio del

corazon, en el exámen de las leyes y en los secretos de la política, hasta el inculto proletario que no sabe leer, han levantado un grito de reprobacion contra ese aborto de la inteligencia, que hará una época en la historia de sus aberraciones, y que en todo tiempo será una prueba palpitante que hará ver de lo que son capaces las pasiones exaltadas, y el extremo á que es conducido el hombre que ni sabe sujetar sus extravíos á su razon, ni ha sabido conservar sus principios.

«Examinada la cuestion bajo sus aspectos secundarios, echemos una rápida ojeada sobre el principal de sus aspectos.

«En vista de los errores, de los absurdos y de las monstruosidades que se desprenden de las consideraciones que hemos apuntado, ¿habrá quien niegue la sabiduría de Jesucristo, la sublimidad del Sacramento, los maravillosos efectos de la Gracia?

«¿Habrá entendimientos tan obcecados y corazones tan perversos, que no den acceso á uno de los argumentos más fuertes en favor del Cristianismo?

«¿Que se resistan á confesar que el Matri-

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 193

monio es el principio organizador de las familias, el núcleo de la formación de las sociedades, el germen de felicidad de las naciones?

«Si el Cristianismo no estuviera reforzado por sus tradiciones, por sus preceptos, por sus apóstoles, por sus milagros, por sus confesores, por sus mártires, por sus penitentes, etc., etc., bastaría el Matrimonio para sostenerlo contra las oleadas de todas las pasiones, contra los impulsos de todas las tempestades, contra los ataques de todos los siglos!

«La más imperiosa de las necesidades de la naturaleza, engendrando el más puro de los afectos del corazón! El más puro de los afectos del corazón, elevado al rango del más santo de los Sacramentos de la Iglesia! El más santo de los Sacramentos de la Iglesia, produciendo el efecto grande, noble, maravilloso y sublime, de poner á la criatura en contacto con su Creador; de ligarla á Él por esa cadena misteriosa y fuerte cuyos primeros eslabones están en el corazón del hombre, y los últimos van á perderse en el trono de Dios; de remontar una mezquina y miserable existen-

cia, hasta la altura poderosa y sublime de la inmortalidad!

«El Matrimonio subsistirá siempre llenando el mundo, y entre nosotros será siempre el ídolo de nuestros afectos, de nuestra veneración y de nuestra creencia, como el medio único de perpetuar la especie, de formar la sociedad y de reconstituir nuestro pueblo; como el primer elemento de felicidad, de civilización y de progreso; como la representación fiel y exacta de la unión íntima que existe entre Jesucristo y la Iglesia universal ó católica, mal que le pese á la crasa ignorancia de los que pretenden lo contrario, impulsados por sus miras reprobadas, innobles, particulares, escandalosas, y aconsejados por las pasiones, por la perversidad y por el ateísmo.»



El atentatorio, criminal y nefando pensamiento que con tanto impudor fué concebido y con tanta justicia desechado en el tercer Congreso Constitucional, renaciendo de sus cen-

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 195

zas como el ave de la fábula, volvió á presentarse en el undécimo.

En esta vez, como en aquella, nos cupo la honra de combatirlo; pues la circunstancia de encontrarnos en el terreno del periodismo, hizo que el autor de la iniciativa que lo revivió, pidiera nuestra humilde opinion, que á grandes rasgos y con toda lealtad nos apresuramos á darle.

« Hemos leído — dijimos — dicha iniciativa con toda la atencion que le corresponde; y si la índole de nuestro periódico lo permitiera, desarrollariamos las ideas que forman el resultado de esta lectura, y que son completamente desfavorables á la mencionada iniciativa.

« Pero no pudiendo extendernos sobre cuestiones de esta naturaleza, para cuya solucion carecemos de conocimientos especiales, nos limitaremos á exponer los fundamentos principales de nuestro disentimiento.

« Bajo tres aspectos está examinada la cuestion en el folleto que tenemos sobre nuestra mesa:

« 1º En sus relaciones con los principios católicos.

«2º En las que tiene con el derecho civil.

«3º En las que debe tener con la razon, con la filosofia y con la moral.

«Desentendiéndonos en esta rápida exposicion, del segundo aspecto, para cuyo exámen nuestra incompetencia es notoria, consideraremos el punto en sus relaciones con los principios católicos, y en sus relaciones con la Sociedad.

«Estamos muy léjos de ser especialistas en las Letras Sagradas; pero á pesar de ésto, encontramos en las citas consignadas en el folleto, un sentido arbitrario, una interpretacion torcida y una aplicacion viciosa; y al lado de ésto, omisiones notabilísimas de todos los pasajes que declaran indisoluble el matrimonio.

«Nosotros que hémos debido la existencia, y visto mecerse nuestra cuna, y desarrollarse nuestra razon, y formarse nuestro espíritu, al amor y bajo la union bendita y sagrada de unos Padres virtuosísimos, á quienes sólo pudo separar el golpe de la muerte; que bajo la influencia de una educacion eminentemente católica, formada al calor dulcísimo del hogar de una familia, nos hemos unido *para siem-*

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 197

pre, en presencia de Dios y de la Sociedad á nuestras santas Esposas, en cuyo amor está la base de nuestra ventura; que como vástagos de una generacion que va pasando, queremos dejar á la generacion que va apareciendo, la herencia preciosa de este divino talisman de bienes; que como católicos veneramos la divinidad del Sacramento, y como creyentes deseamos vivir envueltos en la consoladora *tiranía** de nuestra suavísima Religion, protestamos contra esa iniciativa atentatoria, que dando acceso al libertinaje sobre el seno de la Religion, contagia á la familia con esa infeccion purulenta de que hasta aquí se ha precavido, y de que en lo sucesivo no podrá librarse.

«En sus relaciones sociales, recordando que «no hay nacion sin Sociedad, ni Sociedad sin familia, ni familia sin Matrimonio,» destruido éste, por el impremeditado golpe que se le ha dirigido, faltará la piedra angular del edificio.

«Si hoy el hombre incauto se abstiene de ligarse á una mujer digna, por la indisolubilidad del lazo que la garantiza y la defiende,

* Palabra empleada en el Folleto.

mañana el libertino, en cuyas manos está la destruccion de ese lazo, no vacilará en tender sus redes á cualquiera jóven que halague sus sentidos, seguro de que podrá abandonarla cuando se lo indiquen su veleidad ó su capricho.

«No cabe duda que el adulterio es un robo, en que se arrebatata al cónyuge ofendido, felicidad, honra, afectos y en una palabra, todo lo que constituye su posesion; y bajo este aspecto, la parte del artículo primero que autoriza al adúltero á casarse con su cómplice, puede en términos generales expresarse por esta monstruosidad: el ladron puede hacerse dueño del objeto robado, del que la Ley lo pone en propiedad; pudiendo, en consecuencia, disfrutarlo y poseerlo, en presencia de la Sociedad, de la Justicia, de las autoridades y del primitivo dueño, por el citado robo expropiado.

«Puede un adúltero volver sobre sus pasos, atraído por las lágrimas, por las virtudes y los sufrimientos de la Esposa ofendida; por el amor entrañable de los hijos, por el calor apacible del hogar ó por la fria indiferencia

LA DISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. 199

de su cómplice; y el recuerdo imperecedero de sus primeras impresiones, lo volverá á la senda abandonada de sus primeros deberes; pero cuando patrocinado por la ley rompe todos los lazos, mata todos los afectos, olvida todos los recuerdos y consuma una nueva union, los males del adulterio, que hasta hoy han podido curarse ó disminuirse, estarán elevados á una potencia incalculable.

«Y por otra parte, qué garantías pueden dar estas uniones, que en vez de tener por base la virtud, se fundan en el crimen? Qué valor pueden tener los juramentos y las protestas hechas por unos labios engañosos, que juraron y prometieron lo que no han sabido cumplir? Qué estabilidad pueden tener esos lazos que se forman por la misma causa que los ha destruido?....

«Interminables son las consideraciones que se desprenden de las tan ligeramente apuntadas, y no pudiéndolas seguir, las damos por concluidas, esperando que la discusion que va á provocar el dictámen relativo, en la Cámara de Diputados, haga trizas en los peldaños de ese respetable cuerpo, un pensamiento

inmoral, atentatorio, inconveniente y absurdo, que hiere en lo más sagrado la creencia de la mayoría de la Nación, que ha sembrado la alarma en las familias, y que si llegara á expedirse seria el trabajo de zapa que haria caer en escombros nuestra desquiciada Sociedad.»





CONSEJOS.



DESPUES de los grandes deberes que tiene que llenar la mujer en su vida, ligeramente bosquejados en las páginas que anteceden; despues de haber tocado los resortes más poderosos del corazon, y las fibras más delicadas del sentimiento; despues de haber recorrido la mision de la mujer desde la niñez hasta la doble maternidad, por explicarnos de este modo; despues de haberla acompañado en un rápido é incompleto exámen desde la cuna hasta el sepulcro; despues de haber tributado el homenaje de nuestras lágrimas á ciertas épocas privilegiadas de su car-

ra; despues de haber alumbrado con la luz de una recta filosofía su clara inteligencia; despues de haber considerado el Matrimonio como el principio de una nueva vida, como el estado para que la mujer parece haber sido creada, como el centro en que se encuentran concentrados sus más delicados deberes, vamos á concluir, condensando en cuanto sea posible los pensamientos emitidos, llamando la atencion sobre los que más conviene no perder de vista, al emprender la marcha por la desconocida senda del Matrimonio.

Ellos servirán como los postes de un camino que hacen conocer al inexperto viajero que no se ha extraviado, y le alientan á continuar su marcha para llegar cuanto ántes al término desconocido de su viaje; pero delante de este último trabajo nos detenemos y con gusto cedemos el puesto á un autor eminente, que varias veces hemos citado, y con cuyos pensamientos cerraremos como con una llave de oro este incorrecto é insignificante trabajo.

Penetraos, jóvenes tiernas, cuyo próximo y deseado enlace contemplais en perspectiva, de las profundas reflexiones que el abate Ge-

rard pone en los labios de un ayo ilustrado y respetable, que dirige la palabra á dos jóvenes desposados, momentos ántes de recibir la bendicion nupcial.

Estos sabios consejos, bastan, como él mismo dice, para cimentar en ambos esposos la duracion del amor, de la inocencia y de la felicidad.

«Vuestras almas — les dijo — son muy tiernas y muy bellas, para que yo crea necesario insistir en la fidelidad que os debeis el uno al otro en el compromiso que vais á contraer; ademas de que, al autorizado Ministro de nuestros altares corresponde haceros comprender bien toda la santidad y toda la importancia del nudo sagrado con que vais á enlazaros.

«Él os dirá hasta qué punto de grandeza y de dignidad ha elevado la Religion este vínculo, esta convencion tan respetable ya por solo las leyes de la naturaleza: pero á la cual, una vez introducida la depravacion de las costumbres, sólo la Religion tiene fuerza para darle respetabilidad.

«Él os manifestará la sociedad toda entera,

descansando tranquilamente sobre la fe de un pacto tan santo; y el olvido de los deberes que ella impone, trayendo consigo todos los males, y el olvido de todas las demas obligaciones.

«Él os manifestará un Dios, defensor de los derechos de la naturaleza y de la Religion, igualmente interesado en vengar á una y á otra con castigos terribles, reservados tarde ó temprano para quienes los hubiesen violado.

«Él os desenvolverá estas grandes verdades, que felizmente vuestro corazon os habrá dicho de antemano.

«Pero hay cosas muy interesantes todavía para vuestra felicidad, que él no os dirá tal vez. Las hay tambien que su prudencia ó la dignidad de su ministerio no le permitirán deciros llanamente, y que mi amistad, más franca sin ser ménos circunspecta, no me permite pasar en silencio.

«Mi edad, mi celo, vuestra amistad á mí, elevarán á vuestros ojos pormenores que parecerian minuciosos quizás á otros que no fuéis vosotros.

CONSEJOS.

205

«Para afianzar vuestra recíproca felicidad, debéis ante todo teneros una indulgencia mutua.

«Dotados ambos de un espíritu justo, de un amor dulce y agradable, de un carácter sencillo y tierno, de un corazón excelente, os convenís el uno al otro, y teneis en vosotros mismos grandes recursos para agradaros igualmente siempre. A pesar de ésto, ambos teneis también defectos, pues la miserable condición humana exige que nadie se halle completamente exento de ellos.

«De cualquier modo que os mireis ahora, vendrá día en que, cediendo el hechizo de las ilusiones á la reflexión, os vereis tales como sois; y enlazados para vivir siempre juntos, ese día no se hará esperar mucho tiempo. Os vereis, pues, con defectos é imperfecciones: prepararse para ésto, es el medio más seguro de no extrañarlo, y de no hallar en vuestra unión un error que pudiera alterar la dulzura de ella.

«Una vez conocidos vuestros defectos, es menester que los sobrelleveis recíprocamente.

«Esta ley, que es la de toda sociedad, lo es

más de una sociedad indisoluble por su naturaleza, y en la cual es tanto más necesario saberse aprovechar de su situación, cuanto es ménos racional y siempre ménos honesto pensar en cambiarla.

«La persuasión íntima de esta verdad comprobada por la experiencia de que todos los hombres tienen sus defectos, y de que nosotros tenemos los nuestros, es lo que hay más á propósito para hacernos indulgentes.

«Tolerad á los demas para merecer que os toleren: éste es el grito de la equidad, ésta es la ley de la naturaleza, y la que nos impone el interes de nuestra propia dicha.

«La razon os lo manda como regla, la prudencia os lo indica como consejo, la Religion os lo impone como deber; y la Religion, la razon y el amor, os formarán de ésto un placer.

«Es menester, pues, que sobre cada punto, el ménos afectado de los dos, y el más prudente por lo pronto, condescienda en cierto modo con el otro; que aquel no incite con una resistencia impertinente y una oposicion muy sensible é inoportuna la vivacidad de éste; que no emprenda contener un torrente

CONSEJOS.

207

impetuoso, sino que se contente con desviar su curso.

«El lenguaje de la razón es muy débil cuando la pasión se explica, y muchas veces no sirve más que para inflamarla.

«Ayudadle con prudentes consideraciones y con mucha suavidad, á que insensiblemente recobre su fuerza, y muy pronto la razón recobrará su imperio; y aquel de vosotros que hubiere sido vencido por un proceder tan noble, no hará más que vencer á su vez.

«A esta regla de conducta añadid otra que hará más raro el uso de la primera y ménos necesaria la aplicación de ésta. Imponeos como ley el mostraros siempre el uno al otro con demostraciones amables, como si se tratara de complaceros por la primera vez. Mucha violencia haría en verdad vuestra unión ménos dulce; pero mucho descuido destruiría la dicha.

«Una familiaridad mal entendida, perjudica la estimación; mucha libertad, daña el amor.

«Fácilmente se pierde un corazón de que se cree estar muy seguro; es menester para conservarlo, tanto cuidado como se tuvo para adquirirlo.

«Una jóven ya tiernamente querida, sin duda no necesita muchos adornos para ser bella á los ojos de su marido; mas para no dejar de serlo algun dia, necesita cierto cuidado de sí misma, estudiar los gustos de aquel á quien pretende agradar, y poner un cuidado esmerado en componerse con todos los adornos de una bella y noble sencillez, y con todos los primores de la decencia.

«La deferencia—dice Richardson—la igualdad de humor y la limpieza, son tres cadenas de que un corazon amante no se suelta jamas.»

«Por su parte, un marido que quiere ser amado, debe manifestarse siempre amable. Que nada exija, si es posible, por autoridad; que nada haga por capricho; que persuada lo que desea; que haga nacer disposiciones más conformes á su voluntad cuando se la contrarian; que deje para tiempo más favorable lo que se le niegue con demasiada obstinacion, y que tenga consideracion á un sexo débil, pero naturalmente bueno luego que nos halla indulgentes.

«El respeto, la sumision, el amor, son del número de sus principales deberes; pero el

CONSEJOS.

209

marido que lo exige como señor, se expone á carecer de ello. Una esposa es una compañera, una amiga y no una esclava; y vivir siempre con ella como un amante fiel, es el medio más seguro de ser siempre un feliz esposo.

«Es menester por tanto, que él tambien procure á esta compañera querida, diversiones y gustos; pero es menester—y ésta es la tercera regla—que sepa elegirlos bien. Una vida muy uniforme, un retiro continuo, ocupaciones penosas y poco variadas, podrian producir al fin el cansancio y el tedio en una mujer jóven; quitándola algunas veces de los trabajos y de los cuidados domésticos, se consigue que los halle más agradables. Hay, sin embargo, un medio que tomar con relacion á ella, entre una vida demasiado seria y gustos demasiado disipados.

«Si en medio de la corte, si en el tumulto de las ciudades, la entregais á diversiones de toda especie, á concurrencias relumbrantes y frívolas, á la ilusion de los espectáculos, á los bailes, á los juegos, á las risas y á las fiestas más rumbosas, muy pronto adquirirá el espíri-

tu de un mundo peligroso y fútil, el amor del lujo y de la molicie, el tono del día, los aires de la moda, el sentimiento y el fuego de las pasiones; adquirirá el insaciable deseo de ver y de ser vista, el furor de las vanas diversiones, el desprecio de sus deberes, el despego de su casa, y por lo ménos la indiferencia á su marido y á sus hijos.

«Quedareis admirado de una revolucion tan extraña; aun ella se admirará en ciertos momentos, y sin embargo, ligada, arrastrada por sus gustos depravados, ya no se sentirá bastante fuerte para buscar en el cumplimiento de sus primeros deberes el sentimiento de su primera felicidad.

«Para satisfacer su curiosidad, para contentarla y contentaros á vos mismo, la habreis paseado de objeto en objeto, de concurrencia en concurrencia, de placer en placer, y habreis dejado que se disipe su ternura y que se corrompan sus costumbres.

«Presentadle, pues, diversiones dignas de ella, y que la liguen más estrechamente á vos en vez de separarla; proporcionadle concurrencias dignas igualmente de ambos, donde

CONSEJOS.

211

se pueda veros juntos, donde ella no esté contenta mejor que con vos mismo, de las que se desprenda sin disgusto, á las que vuelva sin empeño, y que no las prefiera sobre su propia casa.

«Conducios de modo que su familia sea para ella el espectáculo más interesante, que su esposo sea siempre su sociedad más dulce, que su morada ordinaria no deje de parecerle amable. Reunidle allí lo que las diversiones lícitas tienen de más agradable y verdadero, lo que las virtudes tienen de más atractivo y más sólido, lo que hay menos fútil en las artes y en los talentos.

«No basta elegir vuestros placeres; es menester tambien evitar el abuso de ellos.

«Es muy frecuente deslizarse en el uso de los que son legítimos, aun de aquellos que nacen de la union tan dulce y tan santa que vais á contraer. Para no degradarlos, ennobleced su principio, respetad su fin, sabed respetaros á vosotros mismos en ellos. Haciéndolos más puros los hareis más constantes; y evitando el exceso, excusareis el disgusto: cubriéndolos con el velo de la prudencia, no lastima-

reis la pureza tan natural en las almas bien nacidas; aumentareis en el corazon de una esposa siempre casta, el sentimiento amable del pudor, muy léjos de disminuirlo; alimentareis en ella pensamientos siempre honestos; la dejareis provista de armas siempre listas contra los extravíos del corazon y los peligros de la seducción, y vos mismo pondreis las delicias del sentimiento, en vez de las delicias vergonzosas de una pasión desarreglada.

« Enamorados el uno del otro, tiernamente apegados á cuanto nazca de una union tan bella, no temereis ver que se multipliquen sus frutos, bajo los auspicios de una Providencia que al dároslos, se reserva por medio de vuestra confianza hacer que contribuyan á vuestra dicha.

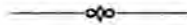
« No hareis injuria á la Sociedad, que, garantizando la alianza que celebrais en medio de ella, os pide por retribucion de lo que ha hecho por vosotros, otros vosotros mismos. No ultrajeis á la Religion, al amor y á la naturaleza: ultraje muy crecido entre todos, y para vergüenza de nuestro siglo, el más comun quizá. No correreis el riesgo de carecer algun día de

CONSEJOS.

213

herederos de vuestro nombre y de vuestras virtudes, por el temor de tener muchos. Seréis verdaderamente felices y siempre sereis dignos de serlo!»

CONCLUSION.



El asunto que tan ligeramente hemos tocado en las páginas que anteceden, es susceptible, por su extension y por su importancia, de un desarrollo capaz de llenar grandes volúmenes; pero lo poco que respecto de él hemos dicho, bastará, bien meditado, para dar la clave que abre las puertas de la felicidad, que impide desviarse de la senda del deber, que no deja resbalar la planta en el camino de la vida, extraviar el espíritu en el torbellino de las ideas, ni pervertir el corazón en la tempestad de las pasiones.

Los principios de la Religión, de la Moral y de la Filosofía, que son tan necesarios en todos los casos de la vida porque sin ellos se pierde un hombre, son absolutamente indispensables en el Matrimonio, porque sin ellos se pierde una familia.

La época actual hace más urgente la necesidad de estos principios, porque en ella los mares por que tiene que atravesar la nave de la familia están más agitados; los escollos son más numerosos; las tempestades son más desencadenadas; los naufragios son más frecuentes.

A hacer esta forzosa navegacion sin peligro, están encaminadas estas reflexiones: ojalá que al llegar al Puerto las tiernas jóvenes de la vigorosa generacion que nace, puedan recordar que de algo les ha servido la escasa luz encendida á las puertas de un hogar amado, un vástago ya envejecido de la caduca generacion que muere.



ÍNDICE

Prólogo	V
Carta-introducción	IX
La misión de la mujer	1
El sentimiento religioso	23
El amor y la virtud	33
El matrimonio	47
Los Celos	65
El Hogar	75
Los Pasatiempos	85
La maternidad	105
La educación	115
La infidelidad	137
La disolubilidad del matrimonio	155
Consejos	201
Conclusión	213
Erratas notadas	215

ERRATAS NOTADAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
8.....	última.....	frente.....	mente
10.....	7.....	éste.....	ésta
52.....	11.....	<i>nuestra</i>	<i>vuestra</i>
110.....	5.....	realizando ...	renzando
163.....	1.....	el proceder...	al proceder
206.....	6.....	persuacion ...	persuasion